

PUNTO DE PARTIDA

Año VI, número 38-39

Revista bimestral

Dirección: Eugenia Revueltas

Jefe de Redacción: Marco Antonio Campos

Colaboración especial: Juana Ma. Gutiérrez Haces

Dirección General de Difusión Cultural.

Correspondencia, colaboraciones, suscripciones y canje: Difusión Cultural, 10º piso de la Torre de Rectoría, UNAM, México, D. F., precio del ejemplar en la República Mexicana: \$5.00 M. N. Número doble \$10.00 M. N. Suscripción por seis números \$25.00 M. N. Números atrasados \$10.00 M. N. Números dobles atrasados \$20.00 M. N. Las colaboraciones deben entregarse escritas a máquina y doble espacio con una copia, en las oficinas de Difusión Cultural, Rectoría, 10º piso, de lunes a viernes de 10 a 12 hs. La maestra Eugenia Revueltas recibe martes, miércoles y viernes de 12 a 14 hs.

MX ISSN 0033-4367

Sumario

ENSAYO

- | | | |
|----------------------------|---|----------------------|
| Releyendo a Galdós | 3 | Edgar Llinás Álvarez |
| En busca del perro perdido | 9 | Jaya Krayevsky |

POESIA

- | | | |
|-----------------------|----|---------------------|
| Poemas | 14 | Roberto Castillo U. |
| Incongruencias dulces | 21 | Marco Aguirre |

TALLER DE LA UNIVERSIDAD DE SAN NICOLAS. MICHOACAN

- | | | |
|--------|----|--------------------|
| Poemas | 23 | Gustavo Chávez C. |
| Poemas | 23 | Gaspar Aguilera D. |
| Poemas | 24 | José Mendoza L. |

TALLER DE LA UNIVERSIDAD "JUAREZ". DURANGO

- | | | |
|----------------------------------|----|-------------------------|
| La luna en el papel | 26 | Evodio Escalante B. |
| De tablas maduras y otros poemas | 27 | Uriel Martínez |
| Soy y otros poemas | 30 | Angel Manuel Castrellón |

**CUENTOS PREMIADOS EN
EL 1er. CONCURSO DE CUENTO
DE LA UNIVERSIDAD
DE GUANAJUATO**

Rocas de fuego
Un viaje increíble

32 Hermelinda Acevedo
35 Guillermo F. Gallego U.

EL NAHUAL

Crítica
Como las lianas
1925

Suplemento de arte dramático
2
3 Ignacio C. Merino Lanzilotti
35 Manuel de la Rosa

CUENTO

Tecuciztécatl
La discusión
Viaje-paquete
La historia de mi vida
Dulces sueños
Los buenos y los malos
Entrevista al taller de cuento

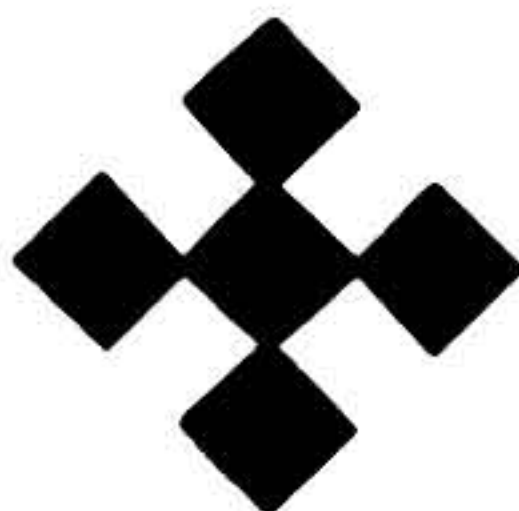
40 Roberto Mares
41 Roberto Mares
44 María Matienzo
46 Martín González
50 Luis Rodríguez
51 Miguel Angel López Vela
54 Jaime Avilés y Carlos Chimal

VIÑETAS

Viñetas (1ª mención en el concurso
de Punto de Partida)
Viñetas (2ª mención en el concurso
de Punto de Partida)

Manuel Flores Llerandi

José Alberto Ocampo



RELEYENDO A GALDOS

ENSAYO

Edgar Llinás Álvarez / Facultad de Filosofía y Letras

Para el latinoamericano de la segunda mitad del siglo XX, ¿qué interés tiene la lectura de Benito Pérez Galdós? Un autor como Galdós, que estudió minuciosamente una sociedad foránea, la sociedad española, sin preocuparse de América Latina, podría muy bien considerarse irrelevante para nosotros. Sin embargo, ésta sería una opinión errada. Pérez Galdós pertenece a una generación de intelectuales españoles que se preocuparon por tomar conciencia del pasado y por asimilarlo. Ahora bien, esta labor de reflexionar sobre el pasado y asimilarlo se nos presenta a los latinoamericanos como una necesidad perentoria. Como lo expresa Leopoldo Zea:

La cultura europea es nuestro más inmediato pasado; pero aún no hemos sido lo suficientemente capaces para asimilarlo y hacerlo nuestro. . . Pero este haber sido es garantía de que no tiene que volver a ser. A los americanos nos falta esta dimensión. Nuestro pasado está siempre presente, sin decidirse a ser auténtico pasado.¹

Vale pues estudiar a Pérez Galdós por dos razones: porque su acto de toma de conciencia del pasado para asimilarlo, así como su esfuerzo para examinar la sociedad de su tiempo, deben ser emprendidos en forma similar, aunque no idéntica, por nosotros los latinoamericanos; y porque él ha estudiado una sociedad que representa nuestro inmediato pasado y cualquier cosa que aprendamos de ella será algo que sabremos sobre nosotros mismos.

En el ensayo que sigue intentamos evaluar la obra galdosiana como documento histórico. Nos interesan sus tesis psicológicas y sociales más que las puramente estéticas. Veremos así que entre lo histórico, lo psicológico y lo social se encuentra en Galdós un equilibrio en el cual la historia sirve de fondo —algunas veces de base como en *Los Episodios Nacionales* y más específicamente en *Zaragoza*— mientras que lo psicológico y lo social se combinan en forma variable.

Tomemos, para empezar, el valor histórico de la obra galdosiana. Don Benito se llama historiador a sí mismo repetidas veces, como cuando dice en *Fortunata y Jacinta* que “es cosa muy cargante para el historiador verse obligado a hacer mención de muchos pormenores” que, aunque tienen su engranaje en la máquina de los acontecimientos, son nimiedades que “no por eso parecen dignas de que se las traiga a cuento en una relación verídica y grave”.² Pero en esta cita no sólo se llama historiador a sí mismo, sino que indica con claridad que hace uso del método histórico al seleccionar los hechos y los

¹ Leopoldo Zea, *América en la historia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1957), p. 152.

² Benito Pérez Galdós, *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1965), vol. 5, p. 249.

personajes que va a incluir en su relación. Y esta selección es el primer paso de la interpretación.

Walter T. Pattison nos dice que Galdós leyó a Thiers, a Michelet, Laurent y, en general, a los grandes historiadores de su siglo. Pero lo más importante es el uso que don Benito hizo de la historia. El creó lo que Unamuno vino a llamar la *infrahistoria*. El examinó los usos y costumbres de su tiempo y del tiempo que le precedió, estudió la evolución de esos usos y costumbres, y luego los integró en su obra literaria recreando, así, el proceso histórico-social. En *Los episodios nacionales* la historia es no solamente el fondo sino la base, y hasta el propósito, de la novelística. *Los episodios nacionales* son un gran esfuerzo por expresar en forma integral, cómo los hombres que vivieron los grandes hechos históricos de principios del siglo XIX, el sitio de Zaragoza para dar un ejemplo, sentían y actuaban.

Lo que siguió, Casaldüero lo expresa estupendamente:

Galdós no tardó en encontrar el tema de su obra: la sociedad española. No va a la historia para huir de la realidad y el presente; por el contrario, lo que quiere es buscar las raíces de su época en el próximo pasado. El pasado ha de servirle para comprender el presente; al mismo tiempo sentirá el pasado como tal y opuesto al presente.³

Ahora comienza el estudio socio-sicológico, y la historia ha de servirle de fondo para ese estudio.

Doña Perfecta, ese producto eclesiástico-social que dice Casaldüero "¿qué es si no un tipo sicológico profundamente español y, a la vez, profundamente universal?" Alrededor de ella gira toda la novela de *Doña Perfecta*, y ella personifica una sociedad, una cultura, una concepción de la vida. Y Doña Perfecta vive en Orbajosa, la creación social, el personaje sociológico, digámoslo así, correspondiente al personaje sicológico. Doña Perfecta tiene un significado independiente de Orbajosa, pero Orbajosa, en la novela, depende de Doña Perfecta.

El amigo Manso, por otra parte, es un estudio que sigue el método introspectivo. Manso, el protagonista de la obra, nos ofrece la concepción que tiene de sí mismo y del mundo que le rodea. Toda la trama de esta historia nos es presentada a través de sus ojos y desde su punto de vista. Pero lo más importante de la novela es la observación y la descripción que Manso hace de su personalidad, una personalidad que, aunque teórica, por su mucho brillo eclipsa las demás de la novela.

Al llegar a *Fortunata y Jacinta* Galdós ha adquirido un completo dominio sobre la técnica del realismo y del naturalismo, y aplica esa técnica conforme a sus propias necesidades y su concepción de la vida. Ahora él crea un mundo que, como el de Balzac, se desparrama sobre toda su creación literaria, que de esta forma adquiere unidad al mismo tiempo que un valor universal. Galdós está tan claramente influido por el realismo y el naturalismo, que incluso exhibe ciertas tendencias deterministas; en una ocasión, refiriéndose al regreso de Fortunata a la casa de su marido Maximiliano Rubín, don Benito nos dice que "como lo que debe suceder sucede, y no hay bromas con la realidad, las cosas vinieron y ocurrieron conforme a los deseos de don Evaristo González Feijoo".⁴ Y más tarde Fortunata, refiriéndose a Jacinta, dice que "ella es una mujer de mérito y yo soy una perdida. . . Pero yo tengo razón, y, perdida o no, la justicia está de mi parte, porque ella sería yo si estuviera en mi lugar".⁵ Que Galdós exhibe tendencias deterministas es un hecho innegable. Lo más importante, sin embargo, es que esas tendencias no llegan a anular la libertad individual ni los valores espirituales. Puede ser que mucho en la conducta de Fortunata esté determinado por las circunstancias en que nació y vivió, pero esas circunstancias no la incapacitan para escoger su propio camino, para hacer de su vida lo que ella quiere, que es, a fin de cuentas, llegar a ser mejor, llegar a ser como Jacinta. En otras palabras, el propósito de Fortunata es un propósito espiritual que ella escoge libremente.

De ahora en adelante la observación sicológica nunca desaparece de la obra de Galdós.

³ Joaquín Casaldüero, *Vida y obra de Galdós* (New York-Madrid: Las Américas Publishing Co.), p. 49.

⁴ Benito Pérez Galdós, *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1965), vol. 5, p. 332.

⁵ *Idem*, p. 384.

Pero el estudio social se hace más agudo y llega a adquirir matices de crítica. Su método puede resumirse en las palabras de Manuel Infante a su amigo Equis:

Es que yo no me aferro a las opiniones, ni tengo la estúpida vanidad de la consecuencia del juicio. Observo lealmente, rectifico cuando hay que rectificar, quito y pongo lo que me manda poner y quitar la realidad, descubriéndose por grados, y persigo la realidad objetiva, sacrificándole la subjetiva, que suele ser un falso ídolo fabricado por nuestro pensamiento para adorarse en efigie.⁶

Con estos principios emprende don Benito, en *Miau*, el examen de la burocracia madrileña y de esa desagradable enfermedad social, la empleomanía. En *La incógnita y Realidad* escudriña los secretos del alto mundo de la política. En *Nazarín* Galdós va a los bajos fondos e investiga el sentimiento místico y los orígenes de los movimientos religiosos en forma racional y haciendo uso de la experimentación literaria. En *Misericordia* emprende una investigación completa del proletariado, de la miseria, y lo ilumina con la caridad prístina y espontánea de Benigna. En cuanto a la crítica social, es abundante y no podríamos citar todos los casos en que se presenta. "Falta disciplina intelectual y moral", dice Manuel Infante. "Somos demasiado libres, pecamos de autónomos, y así no podemos crear nada estable. Para que las naciones marchen bien, es preciso que haya muchos que sacrifiquen sus ideas a las ideas de los demás, y aquí nadie se sacrifica: cada uno de nosotros cree saberlo todo."⁷

El proceso creativo en Galdós es una materia compleja. Como dice Walter T. Pattison refiriéndose a *Gloria y Marianela*, "many elements of these novels do not depend upon creative imagination but can be traced back to real-life people or places or again to literary sources".⁸ Lo mismo puede decirse de toda la obra de Galdós y, por extensión, de todos los grandes escritores contemporáneos de Galdós y anteriores a él. Podríamos decir lo mismo de Balzac, de Cervantes, de Chaucer. Pero no es el caso de hacer un estudio de literatura comparada. Sabemos, porque Galdós nos lo dice, que él fue con su libro de notas a escudriñar en los bajos fondos sociales, y que muchos de sus personajes, como Almudena, son composiciones que toman como modelo una persona real. Sabemos que Galdós estudió periódicos y revistas con el fin de determinar y aprender los procesos del cambio social. ¿Cuál es, entonces, el producto de la imaginación de Galdós? No basta con copiar un personaje. Un personaje debe tener una manera propia de ver y sentir las cosas, y un mundo propio donde moverse. Quizá nosotros hayamos conocido muchas Fortunatas y muchas Jacintas, pero a la Fortunata y Jacinta de Galdós no las hemos conocido sino una vez, en la novela de don Benito. Ese es el producto de la imaginación: el alma del personaje, y su manera de ver el mundo que lo rodea. Y aunque Galdós intenta trazar la línea divisoria entre lo real y lo imaginado —de ahí su interés en los sueños— encuentra que esa línea, mientras más se la examina, más sutil se hace.

Si aceptamos que Galdós hace uso de la imaginación, también tenemos que aceptar su uso del símbolo porque el símbolo es el lenguaje de la imaginación. El símbolo es muy característico en la obra de don Benito y adquiere, a veces, matices irónicos. Doña Perfecta ¿es ella perfecta? No. Ella es uno de esos que parecen buenos y no lo son. Y don Inocencio ¿no es él el prototipo de la malicia encubierta? Pero en otros casos el nombre expresa la virtud más característica del personaje, como en Manso cuyo nombre expresa lo que él es, o en el señor Equis cuyo nombre sugiere que el personaje es una entidad teórica. O en Benigna cuyo nombre trae a la mente los sentimientos de bondad que ella tan ampliamente posee.

La caridad es uno de los temas centrales en la obra galdosiana. Tomemos tres personajes para su estudio, Guillermina, Benigna y Nazarín. Guillermina y Nazarín son los dos extremos opuestos. Guillermina es el prototipo de la actividad, de la caridad militante, de la fundadora. Ella funda un hospicio como Santa Teresa fundaba monasterios, y en esa obra suya Guillermina centra toda su energía. Por aquí y por allí, a cada minuto, ella hace

⁶Idem, p. 719.

⁷Idem, p. 715.

⁸Walter T. Pattison, *Galdós and the Creative Process* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1954), p. 3.

algo por su hospicio. Es su obsesión y la inspiración de su vida. Nazarín, por otra parte, es el sacrificio personal y la sumisión pasiva. Cuando llega el momento de salvar a una niña enferma Nazarín dice que él no puede sino

pedir a Dios que devuelva su ser sano y hermoso a esta inocente niña, y ofrecerle mi salud, mi vida en la forma que quiera tomarlas; que a cambio del favor que de El impetramos, me dé a mí todas las calamidades, todos los reveses, todos los achaques y dolores que pueden afligir a la Humanidad sobre la Tierra. . . , que descargue sobre mí la miseria en su más horrible forma, la ceguera tristísima, la asquerosa lepra. . . , todo, todo sea para mí, a cambio que le devuelva la vida a este tierno y cándido ser.⁹

La caridad de Nazarín consiste en ofrecerse a sí mismo para el sacrificio. Y cuando llega el momento de hablar de los males sociales, él propone la pasividad como recurso. Guillermina habría propuesto la acción. Dice Nazarín:

El remedio del malestar social y de la lucha cada vez más enconada entre pobres y ricos, ¿cuál es? La pobreza, la renuncia de todo bien material. El remedio de las injusticias que envilecen el mundo, en medio de esos decantados progresos políticos, ¿cuál es? Pues el no luchar con la injusticia, el entregarse a la maldad humana como Cristo se entregó indefenso a sus enemigos. De la resignación absoluta ante el mal no puede menos de salir el bien, como de la mansedumbre sale al cabo la fuerza, como del amor de la pobreza tienen que salir el consuelo de todos y la igualdad ante los bienes de la naturaleza.¹⁰

Benigna es el término medio entre Nazarín y Guillermina, no en su valor personal o en la intensidad de su sentimiento caritativo, sino en su actitud. Ella hace, actúa, pero también cree que debe sacrificarse a sí misma para alcanzar la salvación de otros.

Pero si hay diferencias entre los tres también hay similitudes. En primer lugar ninguno de los tres se cree superior por sus virtudes caritativas. Por el contrario los tres se consideran merecedores de muy poco, y no confían en su derecho a recibir un premio. Y luego los tres practican la caridad sin discriminación. Para todos y a todos por igual. No importa que aquel que recibe sea un poderoso o un miserable, a él se le dará simplemente como a un ser humano que necesita ayuda y protección.

La técnica literaria de don Benito es, probablemente, uno de los temas más difíciles de estudiar debido a la variedad y extensión de la obra galdosiana. Tomemos, para nuestro propósito, tres obras: *La incógnita*, *Realidad* (novela) y *Realidad* (drama). Estas tres obras estudian el mismo fenómeno social utilizando tres formas literarias distintas, la de la novela epistolar en *La incógnita*, la de la novela dialogada en *Realidad* (novela), y la forma dramática en *Realidad* (drama). Los personajes esenciales de las tres obras son los mismos, y el argumento, la trama y el desenlace siguen las mismas líneas. El punto de partida de Galdós, el axioma en que basa su investigación, está magníficamente expresado en un discurso que pone en boca de Federico Viera en *Realidad* (novela), y luego en boca de Orozco en *Realidad* (drama). Cuando la conversación en que toma parte Federico se centra en un crimen vulgar en el cual se sugiere que personas respetables y de alta posición pueden haber tomado parte, Federico dice:

¿Quién podrá afirmarlo ni negarlo? Si los misterios de la conciencia individual rara vez se descubren a la mirada humana, también la sociedad tiene escondrijos y profundidades que nunca se ven, así como en el interior de las masas rocosas hay cavernas donde jamás ha entrado un rayo de luz. Pero de repente ocurre un cataclismo, una convulsión del terreno, un derrumbamiento, y la roca se parte, descubriendo el hueco que nadie hasta entonces había visto. . . En cuestión de enigmas sociales, yo no afirmo nada de lo que la malicia supone; pero tampoco lo niego sistemáticamente.¹¹

Esos escondrijos y profundidades de la sociedad son los que escudriña don Benito en estas tres obras que se desarrollan en un círculo altamente aristocrático y respetable.

⁹ Benito Pérez Galdós, *Obras completas* (Madrid: Aguilar, 1965), vol. 5, p. 1724.

¹⁰ *Idem*, p. 1727.

¹¹ *Idem*, p. 798. El mismo discurso aparece en boca de Orozco en *Realidad* (drama), vol. VI, p. 513.

¿Quién sospecharía que en tales círculos se ha formado un triángulo amoroso tan vulgar que incluso termina en suicidio? Tan común es, y tan vulgar, que uno pensaría que tal cosa no puede ocurrir en las altas capas sociales. Pero como dice Augusta en *Realidad* (drama), "la Humanidad siempre, siempre igual a sí misma. Ninguna época es mejor que otra. Cuanto más, varía un poco la forma o el estilo de la maldad. Pero lo de dentro crean ustedes que poco o nada varía".

En cuanto se refiere a la técnica propiamente dicha el punto esencial es el de la perspectiva que, por supuesto, depende de la forma literaria que el autor escoge. En *La incógnita* vemos la acción desde un solo punto de vista, desde el punto de vista de Manuel Infante. Sabemos lo que Infante piensa, y cómo ve su propia personalidad y la de los demás. Vemos cómo él se aproxima a la trama, y cómo ella se desenvuelve ante sus ojos. Pero ignoramos lo que los demás personajes piensan. En *Realidad* (novela) y *Realidad* (drama) nuestra perspectiva se amplía inmensamente. Vemos la acción desde tantos puntos de vista como personajes hay. Vemos cómo cada personaje se ve a sí mismo, cómo desempeña el papel que le corresponde, vemos lo que oculta y lo que deja saber. El uso de las expresiones entre paréntesis es extremadamente importante en estas dos obras. Esas expresiones nos muestran la intimidad de cada personaje, y el contraste entre lo que piensa y lo que dice. Luego en *Realidad* (drama) la acción es más rápida porque los diálogos son más cortos, y Galdós hace uso más directamente de trucos dramáticos para crear la atmósfera que él necesita, como cuando en el acto cuarto, escena VIII, Augusta lee casualmente la expresión *ossa arida, audite verbum Domini* ("huesos áridos, oíd la palabra del Señor"). Es el momento en que Federico Viera, el amante de Augusta, ha sugerido que va a suicidarse, y esa expresión cae como un signo de mal agüero en una atmósfera recargada.

La obra de Benito Pérez Galdós es extensísima y rica como campo de estudio. Nuestro trabajo, ante tal extensión, podría parecer un esbozo incompleto. Pero no nos proponíamos examinar toda su obra sino tan sólo demostrar su valor histórico y su interés para Latinoamérica, lo cual es un propósito más limitado y más adecuado a nuestras fuerzas.

"La esencia de lo humano, aquello por lo cual un hombre es hombre, es la historia",¹² ha dicho Leopoldo Zea, para luego añadir que "...es menester que nos comprendamos a sí mismos como pueblos concretos para después saber comprender a otros pueblos como nuestros semejantes".¹³ Nunca podremos comprendernos a nosotros mismos sin recurrir a nuestra historia, y Galdós nos ha dejado como herencia un monumento de investigación histórica.

¹² Leopoldo Zea, *América como conciencia* (México: Cuadernos Americanos, 1953), p. 38.

¹³ *Idem*, p. 25.



EN BUSCA DEL PERRO PERDIDO

Jaya Krayevsky / Facultad de Filosofía y Letras

Virginidad: El día que cumplí 7 años mis padres me regalaron un cachorro. Después de mirarlo mucho, y bien, descubrí con asombro que todo él era perro, y así le puse.

Cuando "Perro" murió, lloré al pensar que lo que había perdido no era recuperable, y no me equivoqué.

Lógica incipiente: Para que dejara de llorar me obsequiaron un Collie al que le puse Lassie.

Espíritu colonial: Un coche deportivo se encargó de Lassie. Aún recuerdo el gusto que me dio recibir a una linda French Poodle gris a la que llamé "Blackie".

Blackie murió al parir a "Xtremópotl"; una perrita enfermiza, celosa y agresiva con la que me llevé muy bien hasta que descubrí que su contacto me desencadenaba una serie de reacciones alérgicas debido a que su IRP afectaba notablemente mi PH, por lo que tuve que construirle una casita en el jardín para mantenerla alejada.

Un violento catarro mató a "Xtremópotl", no sin antes dejarme un extraordinario cachorro al que llamé "Apolo"

Apolo fue un perro muy especial; hermoso, inteligente, intuitivo; casi parecía una persona. A medida de que lo veía crecer, el placer de mirarlo iba en aumento. Me maravillaba la inventiva que desarrollaba en cada uno de sus juegos, la madurez que mostraba al resolver sus problemas. El tenerlo llegó a significar un verdadero goce espiritual.

Durante varios años nuestra amistad transcurrió felizmente, hasta que un día descubrí que mi admiración por Apolo había ido demasiado lejos, ya que, en ocasiones, en medio de una conversación seria se me escapaban pequeños e inteligentes ladridos a la vez que trataba de mover una cola inexistente.

Fue terrible tener que llevar a Apolo a la perrera municipal, pero peor hubiera sido que yo ingresara a un manicomio, por lo que el infeliz de Apolo se fue a la perrera con mirada rencorosa.

A pesar del dolor que me causó el perderlo, tengo que admitir que me sentí aliviada al ver que recuperaba mi propia voz.

El descubrimiento de Dios: Al morir mi tía Clara me dejó por herencia un desdentado San Bernardo que vivió mirando melancólicamente al cielo sin perderlo de vista un solo momento. Casi por imitación despegué los ojos del suelo para escudriñar en aquello que mantenía tan absorto a "Plácido". La verdad es que jamás descubrí nada digno de ser mencionado, aunque tengo que admitir que el aprender a mirar más allá de mi perspectiva fue una experiencia estimulante y prometedora.

Un buen día en el que miraba el cielo desde la ventana de mi recámara, vi con asombro cómo Plácido se elevaba por los aires hasta perderse en el infinito.

Jamás he tratado de explicarme este incidente, tampoco me importa saber si mis ojos son fiables o no, lo único que realmente sé, es que Plácido se elevó como si fuera un



enorme globo de gas, muy independientemente de mis posibles explicaciones, de mi suspicacia o de mi credulidad.

Debido a la magnífica impresión que me causó Plácido quise comprar otro San Bernardo, pero tomando en cuenta que cada cachorro costaba \$500.00, y que estaba dentro de lo posible el que se me volara uno cada mes, opté por comprar un animal con intereses más terrestres.

Fue entonces que tuve un Pastor Alemán, que no era alemán, al que llamé René.

El orgullo de ser perro: Es indudable que René ha sido el perro más cerebral que he tenido. Siempre tuve la impresión de que, sin importar lo que fuese, René sabía sobre las personas, las cosas, las situaciones, en fin, sobre el mundo en general, bastante más que yo. En ocasiones lo sorprendí mirándome despectivamente sin que jamás se lo tomara a mal, es más, en el fondo estaba de acuerdo con él aunque siempre traté de ocultar este sentimiento de inferioridad.

Me causó mucha pena enterrar a René después de aquel trágico accidente en el que perdió la vida, pero sucede que René acostumbraba verse todas las mañanas en el estanque para admirar su condición de perro, pero ese día evidentemente se empinó demasiado y como la cabeza le pesara más que el resto, se fue de bruces sin poder evitarlo.

René tuvo varios cachorros, soberbios todos ellos, pero por razones de espacio no pude conservarlos y los fui regalando en cuanto nacían. Cuando perdí a René, lamenté no haber conservado, por lo menos, un ejemplar.

Acondicionamiento histórico: Una vez que la experiencia me mostró que los falderos eran nocivos para mi salud, que el San Bernardo me había causado un enorme descrédito social debido a que todos mi amigos pensaron que la anécdota era inventada, además de que René y sus cachorros me habían despertado un terrible complejo de inferioridad, decidí actuar con cautela para no equivocarme más, por lo que consulté a un connotado veterinario que poseía una valiosa oraculadora transistorizada que determinó cuál era el perro que me convenía. Curiosamente eligió un Doberman Albino.

A pesar de buscarlo afanosamente no lo encontré, por lo que tuve que conformarme con un Doberman negro al que despectivamente llamé: "Herodes". Claro está que si hubiese sido albino le hubiera puesto "Gandhi", aunque si se piensa en el color. . . En fin, el caso es que el pobre de Herodes murió bajo las ruedas de un camión tratando de salvarme a un hijo.

Se inicia la crisis: Cuando perdí a Herodes me compré un Collie al que llamé Lassie. Principia Matemática: Si A se llama B

A se llama B

Enunciado analítico. Verdad matemática. Indiscutible paradigma. (Histeria masiva de los prestigiosos esperantomaniacos.)

Surge un método: Cuando Lassie huyó de mi casa en busca de comida, acepté gustosa a un enorme y fiero perro policía que se había quedado sin dueño (me aseguraron que su padre había sido perro de buena cepa). Casi me caigo de risa cuando lo bauticé con el nombre de "Fifi".



Cada vez que alguien llegaba a mi casa se iniciaba la siguiente rutina: —“¿Te importaría si meto a Fifi a la sala? Decir: —“¡Claro que no!”, al que menos, le costó un dedo. Sin embargo la buena educación hizo milagros; casi nadie objetó, pero casi nadie volvió.

Virginidad recuperada: En atención a las visitas mandé provisionalmente a Fifi para que cuidara la fábrica de mi esposo. A pesar de haber tomado esta dolorosa medida, las visitas no volvieron. Me había quedado sola.

Cansada de esperar inutilmente, me dirigí al consultorio de un veterinario descomputabilizado que me mostró gentilmente su mercancía. Elegí un Boxer recién nacido, me lo llevé a casa y fijé la atención participando.

Después de mirarlo mucho, y bien, descubrí con asombro que todo él era perro. A pesar de saber, sin lugar a dudas, que ese debía ser su nombre, sentí vergüenza de llamarlo así. Esta vergüenza me produjo malestar interior pero no había manera de retroceder; sólo se es virgen la primera vez.

La desilusión de no poder llamar a mi cachorro por su verdadero nombre me impulsó a devolverlo, por lo que regresé al consultorio en donde tuve la impresión de que el médico esperaba mi visita.

—Me imaginé que lo devolvería, me dijo sin mostrar enojo. Su caso no es el único. Créame que desde que llegaron los “Guaguás Transparentes” ya nadie quiere quebrarse la cabeza con los perros tradicionales. Dicen que los perros comunes y corrientes son poco fiables debido a que sus reacciones no son siempre las mismas, y por lo tanto la absoluta comprensión de estos animales es imposible. A veces, cuando los oigo hablar me pregunto si las reacciones de los amos son siempre iguales para que se les haya ocurrido pretender que los perros sean de una naturaleza diferente de la propia, en fin, todos tenemos el derecho a equivocarnos, sobre todo cuando tenemos miedo de no poseer la envidia necesaria para afrontar problemas complejos, y sí la ambición de ser considerados como personas excepcionalmente capaces. El caso es que ahora todos desean tener por mascota al guaguá Transparente ya que tiene la virtud de poder ser comprendido por sus amos debido a que todo está a la vista, además de que cada ejemplar va acompañado de un manual al que no llamaría complejo, aunque sí bastante complicado a pesar de su significado unívoco. Estas mascotas pueden hacerse y deshacerse cuantas veces se quiera con la seguridad de que quedarán iguales a sí mismas; en pocas palabras, no hay gran compromiso y sí entretienen la mente. Todos los que “son” tienen uno, añadió irónico mientras acariciaba dulcemente las orejas recién cortadas de “Perro.”

Le he puesto un buen nombre —pensé mientras regresaba con mi cachorro a casa—, aunque en el fondo sabía que mi determinación al llamarlo así no era pura, sino que estaba contaminada de agresividad ante el espectáculo del híbrido de moda, del famoso Guaguá, ése, hijo de los prestigiosos esperantomaniacos aquellos.

Desde hace algunos años Perro vive conmigo, también recuperé a Fifi y ambos cohabitan felizmente.

A veces me pregunto si les he puesto un buen nombre a mis perros. Fifi describe algo que en realidad no es, y Perro es un nombre genérico. A pesar de saberlo no puedo dar un

solo paso atrás, algo me dice que no es exactamente aclarando como se llega a la claridad. La intuición de lo denso persiste y promete. . .

Me siento sola, absurda, paralizada; miro el ayer con nostalgia y no encuentro el sentido de ser, del poder ser hoy. Mi juicio crítico se ha desarrollado y por lo tanto me impide ponerle "Densidad" a los futuros cachorros de Fifí, o "Virginidad Recuperada" a los de Perro. Sé muy bien que éstos no son nombres de animales. Me avergüenzo de sólo pensarlo.

A veces busco entre los nombres de mis antiguos perros, aquel que pudiera ser el adecuado, pero no logro encontrarlo: Blackie y Xtremópotl pertenecen a un pasado olvidado ya. Apolo, a pesar de que me inspira un respetuoso cariño, no tiene el nombre que los describe en su totalidad. Tampoco se podrían llamar Plácido, porque a pesar de que miran mucho al cielo tienen sus patas firmes en la tierra. El nombre de René me inspira miedo porque pienso que lleva implícito los elementos de su propia destrucción. Con respecto a Herodes, es evidente que, a pesar de que cumplió como Doberman, jamás fue el perro Albino que la "sabiduría irrefutable" me propuso un día. Pero sobre todo, sin lugar a dudas, sé que mis perros no podrían llamarse Lassie por la sencilla razón de que no son Collies.

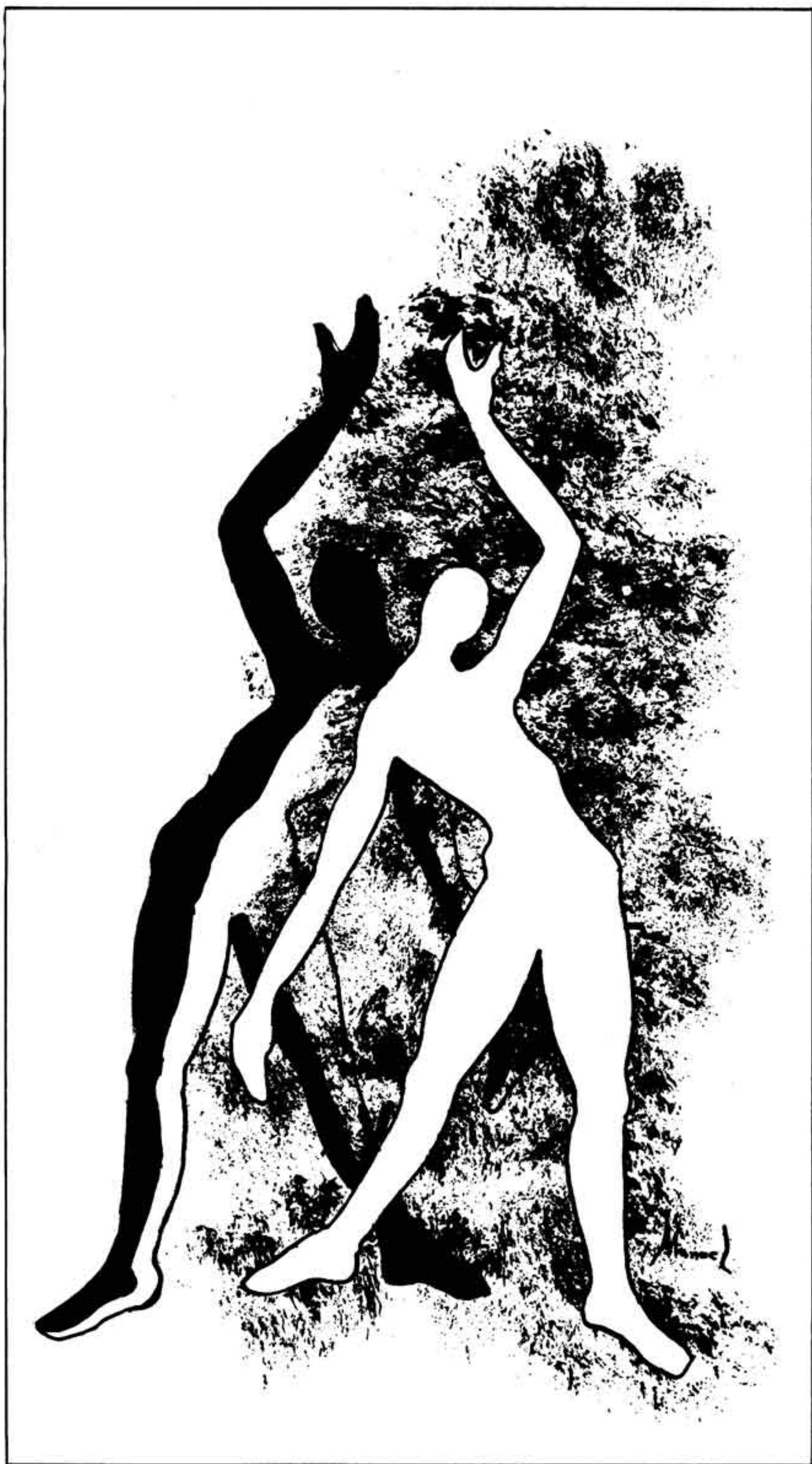
En las mejores casas de la cuadra se escuchan los fuertes ladridos de los Guagás Transparentes. Sus dueños, un poco simplistas a mi gusto, con gran respeto por el oficio adquirido los hacen y los deshacen mientras que los vendedores perfeccionan el método para poder lanzar al mercado nuevos modelos que mantendrán ocupados a los envanecidos dueños de estos especímenes, los cuales ya miden su inteligencia por la destreza con la que solucionan los enigmas sin misterio que les plantea el comercio.

Me siento feliz de haber elegido a Perro a pesar de las sonrisas burlonas de mis vecinos que piensan que voy a la zaga de mi tiempo. Para darles gusto, un día de estos pienso comprarme un Guaguá con la certeza de que aprenderé su mecanismo. Lo que sí creo difícil es que mis vecinos, a través de su manual, logren aprehender a Perro.

Tendré que dejarlo como está. Fifí y Perro son por lo menos de mi misma naturaleza y de alguna manera me expresan y me explican. Así se llamarán mientras pienso en un nombre adecuado para sus cachorros.

La salud de mis perros se ha convertido en una preocupación obsesiva, es por eso que los he rodeado de lo mejor. Por instructor tienen un artista, por médico, a un médico general (nada de especialistas limitados) y sus medicinas son preparadas con gran intuición y cuidado por un alquimista amigo mío.





POESIA



POEMAS

roberto castillo udiarte

CERCANIA 29

durante largo tiempo,
el silencio de su corazón
la hizo cómplice de mis tristezas
y de los cantos nocturnos;
mis palabras son testigos
de sus visitaciones incorpóreas
en la inmensidad de la noche,
largos diálogos
en el más callado de los silencios.

esta madrugada
la sentí muy cerca
—la anhelada esperanza
se vislumbró como una flor
bajo la luz matinal—,
y por eso
bajé al río con las manos limpias
y el corazón ansioso.
la busqué. . .

esta noche azul
vuelvo a sentir su proximidad,
y por eso
 la busco de nuevo,
y por eso,
mis manos van abriendo un camino
sin cansancio
y mi corazón
se abre como una flor,
lleno de canciones
para celebrar el amanecer.

DIECISIETE VERSOS

en tu ausencia,
el viento busca el vuelo de tu cabello
y el aroma de una flor busca tu respiración por el mundo
y la tarde es gotas de lluvia resbalando en mi ventana.

con tu presencia,
la lluvia se convierte en un arroyo que juega en el campo;
llegas con la música que alegra al corazón triste
y tienes la piel donde el ámbar gusta descansar,
eres la silueta donde el hombre reclina su mirada
y son tus manos el sitio donde las águilas prefieren reposar,
es tu espalda el lugar donde nacen las frágiles mariposas
y eres la noche con los murmullos de amor en los labios sedientos

hablas, y en tu voz se funden la dulzura y la melancolía,
y cada palabra tuya es la bella y horrible poesía;
eres la madrugada llena de tranquilidad y canciones,
eres el camino hacia el amanecer deseado
y son tus ojos donde el sol prefiere celebrar su nacimiento.

NOCTURNO 21

quieta, serena,
con cintura de luz y hermosura de luna,
con el aroma de las siete flores en la piel ámbar,
y reclinada en tu corazón joven y milenario,
haces emerger las palabras del fondo del silencio
y nombras la noche con los húmedos labios.
el tiempo estalla en luminoso silencio de estrella
y sientes el nacimiento del instante en la sangre,
sabes que la plenitud de la vida es cada momento;
en tus ojos descansa el paisaje nocturno,
y de tu boca, brotan aves que son perseguidas por ojos
calidoscópicos y manos inocentes,
aves inasibles que vuelan hacia el amanecer del mundo;
y así, tranquila,
recibes en las manos la mariposa nocturna
que voló a través de inmensos campos floridos,
la mariposa celeste que llegó sólo para posarse en ti;
y mi voz invisible es lenguaje de amor,
palabras que aguardaron durante siglos y siglos,
sólo para ser pronunciadas en esta noche.

CELESTE

son tus palabras, enormes naves de cristal que surcan los cielos;
son tus besos, dulces transparencias en la noche de lunas;
son tus manos inquietos planetas;
en tu cabello se amansan los huracanes cósmicos;
de tu sonrisa brotan luminosas estrellas;
en tus ojos está la inmensidad donde giran las galaxias;
tu respiración hace palpitar a los mundos;
es tu cintura tan frágil como el espacio;
son tus senos el origen de la vía láctea;
es tu amor más ardiente que mil soles juntos;
son tus caricias tan delicadas como la luz;
tu movimiento lleva a la tranquilidad cósmica;
es tu amor el que sostiene a mi universo.

LAS SIRENAS APRENDIERON DE TI

camino por la playa rumbo a ti
y la arena conserva las huellas recientes
de tu frágil cuerpo;
te nombro y vibran los jardines acuáticos
y vuelan las blancas gaviotas.

llego a ti
y quiero nombrarte con cada una de las palabras,
y beso tus oídos sensibles a la caricia
y en tus manos aparecen los peces huidizos,
y tu cabello indica a la brisa hacia dónde debe soplar;
y a nuestro beso
se unen mar y cielo
y una nave se acerca guiada por el sol.

el mar nos refleja la vida en un instante
y nuestras lágrimas de alegría son gotas marinas
—una gota del mar no es menos que una estrella—.

POEMA HOGAREÑO A P.V.

durante el día,
el sol en su cabello;
una sonrisa
y los niños en el colegio,
escribiendo cartas a las amigas,
arreglando las flores,
preparando comida,
cantando dulcemente.

aquí y allá,
por todas partes;
aquí y allá,
en todos los lugares,
atravesando los cuartos,
ocupando los huecos;
es testimonio de su presencia
el aroma de su cuerpo.

y por las noches,
preparando la cena
—siempre
con su alma en calma—,
acostando a los niños,
leyendo sus poemas
“danza de estrellas”,
¡ah, sus dulces conversaciones!

su cuerpo,
movimiento nocturno,
piel color ámbar, ojos tristes,
manos, palomas,
la voz dulce y distante,
y como inmensos ojos
sus pequeños pezones
— ¡simetría femenina! —.

INFATIGABLE

luchó por la felicidad
en los campos y en los ríos,
y desvió la intriga
que daña al amor verdadero.

mírame en el mar
profundo como tu mirada,
mírame en la tierra
que soy parte de ella;
luchó por ti,
porque eres la tranquilidad
para los días veloces
y las noches ruidosas,
porque tus palabras,
sencillas y complicadas,
ya son parte de mi universo verbal.

llevo la sonrisa que me diste
porque tu boca
es la fruta más deseada;
porque tu piel

es la seda y el satín,
porque tu piel
es lino y terciopelo,
porque tu piel
es tu piel.

lucho porque para mí
tu eres la más bella,
y porque tu cuerpo
es la tierra que amo.

PEREGRINA A O.H.

peregrina que caminas ligeramente sobre la hierba,
vienes del mar
y conoces los secretos azules de la profundidad,
vienes del bosque donde reina la tranquilidad,
vienes del río
que desemboca en la inmensidad de los cuerpos,
vienes del mundo del recuerdo,
pero en tus ojos
los instantes se plasman de belleza,
vienes del mundo del recuerdo
pero tu cabello vuela con dirección al campo de trigo;
tu cálido cuerpo como la tierra
consume los deseos crecidos en mí.

peregrina, velera sin puerto final,
triángulo de electricidad y dulzura,
yo sé que por las noches
guardas tu luz al otro lado del mundo,
y que tu cuerpo no pierde calor ni movimiento.

peregrina, hija de la tierra y el canto,
barro para alfareros de manos ámbar
e inspiración para el trovador enamorado.
peregrina, adiós.

VIAJE AL AMANECER

avanza la noche impulsada por el deseo;
en tus ojos
una mirada pregunta por el destino de los cuerpos;
en ansiedad

los besos buscan las profundas dulzuras,
y tus fresas-pezones
giran entre mis dedos, acompañados por el suave temblor
de la carne y las montañas;
el movimiento inunda las venas
y la luna se sumerge en un suspiro de amor.

el ámbar reposa sobre tu piel desnuda,
y despiertan sobre la almohada
los hilos dorados que dormían en tu cabello:
el sol ha entrado por la ventana.
te amo.

AYER DEJE UNA FLOR EN SU PUERTA

ES EL TIEMPO DE LAS FLORES
Y SE SORPRENDE LA NOCHE AL VERME CON ELLA.

a tus oídos llega la canción que gustabas escuchar por las noches;
los dedos tocan los pezones-botones
y en tus ojos se revelan imágenes que los dos formamos
siglos de instantes atrás;
los recuerdos van y vienen al corazón embriagado
y no quieres que esta noche ocupe un lugar en la galería
de la memoria,
no quieres que esta noche llegue al mundo nostálgico
donde un recuerdo es una lágrima.
tu deseo quiere soltarse de los hilos del tiempo de piedra
y quieres juntar cada uno de los instantes y convertirlos
en una estatua sin límites a la que le puedas llamar eternidad;
yo, voy arando tu cuerpo como al campo de siembra,
voy besando tus oídos recientes, dejando calor y canciones
a la puerta del deseo,
y tus brazos se agitan tratando de detener el tiempo
y no te das cuenta que el presente está en la sangre.

creías que un fantasma podía asustar las ansias,
supiste que el fantasma era mentira y sentiste ganas de llorar,
pero ni una lágrima brotó de los ojos esquivos.
estás de nuevo a mi lado
y una bocanada de luz ilumina tu rostro,
dices que me amas

—ayer no aceptabas el enamoramiento del corazón
y te enorgullecías de tu falsa actitud,
querías sumergir mis palabras en el olvido
y tratabas de esconder los deseos de tu cuerpo ámbar,
aun sabiendo que la noche y yo conocemos los secretos
de la soledad en que vives—.

hablas acerca de lo que no ha sucedido por culpa de mi indiferencia,
preguntas por la procedencia de los anillos que desconoces
y de las palabras que nunca te enseñé,
pero todas tus preguntas se disuelven en mi silencio.

PATRICIA

. . . y silenciosamente llega la noche,
y tú, ensimismada,
derribando la ecuación y elevando el sentimiento,
murmurando una canción,
reclinando la mirada en la lejanía, detrás de toda montaña
y todo mar,
llevando en tus manos la vibración de la vida inexplicable y
hermosa.

la noche es el canto del grillo y el deseo tocando a la puerta,
y tú, ensimismada,
hablando acerca del cardo y la flor,
del trozo de pan y la copa de vino sobre la mesa de cedro,
hablando acerca de la gente que platica en los cafés
mientras otros agonizan sobre el suelo,
hablando acerca del llanto del niño que vive en la pobreza injusta,
hablando acerca del espíritu que se atemoriza ante la inmensidad
del mar,
hablando acerca de la semilla que también es el universo
y de cómo hipnotiza el río que pasa pero que siempre es el mismo.
dices que toda la historia está contenida en el presente
y que el instante y la mariposa son bellezas efímeras,
y hablas de mil tonterías más como la ausencia y el olvido
y el amor y la mentira,
y sonríes sin prestar atención a la luz de la luna
que resbala suavemente por tu piel,
y sabes que es inútil buscar una respuesta al mundo sin sentido
que gira a tu alrededor,
y sabes que es inútil desentrañar con el silencio
las vivencias del corazón;
tras el misterio de todas las cosas
sonríe tremendamente un dios que es bondad y maldad
—tuya es la flor si tu corazón la acepta como es—.

la noche es oscuridad y transparencia;
beso tu boca silenciadora de mis palabras
y miro tus ojos que son espejos donde reconozco mi desnudez,
y me descubro en ti
y nos sumergimos en la noche
acopladora de ritmos corporales y astrales;
y acaso todo esto es sólo una mentira.

INCONGRUENCIAS DULCES

Marco Aguirre / Escuela Nacional de Arquitectura

*Esta tarde me gusta para huir
cabalgando en tu cintura
alzando las manos precarias,
de vacuolas.
Voy a romperme la camisa
hasta donde me asome el esqueleto.
Quiero robarme el universo entero
con todo y los colores
y hacer un prendedor con las marsopas
para plantártelo en los senos.
La otra mitad de la calle te la quedaste
pero me gusta que te quedes con mis cosas
porque me gustas tanto. . .
porque me encantas cuando cuentas que sueñas
guepardos comiendo cacatúas.
La próxima vez que cuente un cuento
te voy a internar en mis locuras
para que un día te acuerdes
de cuando los gorriones
volaban a la altura de tus párpados risueños
de cuando en tus pezones
se posaban las abejas inquietas
y de cuando por tus labios
corrían los mil quinientos corzos
del bosque de mi esquina.
Mañana quiero que conturbes
las conciencias dormidas
mientras yo conflagro
todas las cosas prostituidas
cuando concluyas tu tarea y yo la mía
te voy a invitar a una excursión
por las galaxias.
Septiembre y octubre ya se fueron
ocurrieron de noche
pero sé de un lugar
donde crecen bugambilias y palmas
y donde no hay relojes
donde no importa el tiempo
y jamás pasan coleópteros de gasolina.
Espera, se me escasea el colesterol
estoy empezando a perder mi dimensión habitual
cuando la pierda toda
te enseñaré a vivir
adentro de una pompa de jabón.*



TALLER DE LA UNIVERSIDAD DE SAN NICOLAS MICHOACAN

Gustavo Chávez C.

Entonces
tomo un libro
y empiezo a buscarte
 en cada letra
 en cada signo
así ando
durante sueños
durante actos
 entre los siglos
con un pensamiento límpido
 empapándome
 los ojos
Imagino
que con tu indiferencia
 te habrás ido lúbrica
 y alegre
a uno de esos espacios inhabitables
 que sólo tú conoces

Esta quietud
este reverberar
 de tus suspiros
hace que se anude
 mi existencia
 a ese cúmulo de edades
 que son tus pechos
 a esa negación del camino
 que es tu mirada
porque ya abandoné
muchos pares de zapatos
 y he aprendido
 a quererte
sin eclipses
ni estaciones

Gaspar Aguilera Díaz

NOSOTROS, aquí
estamos todos:
los que odian la luz,
los que revientan al menor roce del viento,
los que en cada estación cambian de zapatos,

los que en cada esquina esperan deshacerse de su sombra,
los que solos van hacia sus tumbas,
los que descubren en cada escupitajo el color de sus entrañas,
los que se acuestan y amanecen sin sabor en la boca,
los que se quieren tragar a dentelladas el crepúsculo,
los que almacenan la miel para el tiempo de lluvia,
los que queman sus poemas
para no contagiarse de la fiebre,
los que a diario se enferman un poco antes de las dos de la tarde,
los santos que se cobijan con los ojos de las putas,
los que mueren tarde
los que han nacido antes de tiempo:
este viernes de marzo todos me acompañan

INFIMO HOMENAJE A PICASSO

Las líneas van configurando
la existencia
volvemos a ser dos
ojo que mira y es mirado
gota yuxtapuesta
que lacera y se esfuma
gesto distorsionado
nunca opaco
colas que van anudando el universo
eternos puntos suspensivos
alaridos efímeros
silencio
graba la humilde mano
contra su propia mano
es otra vez el
silencio
quien pide la palabra

José Mendoza L.

La mujer
requiere más
más que sexo para guardar el mundo
más que pechos
y vientre
requiere más
Ternura es poco

caricias a discreción también
Requiere más
 que pubis
algo más trémulo que la cópula
más solemnemente gótico que sus clavículas
 Merece insinuación
y nostalgia de noria
Necesita edad suficiente
para que sepa contar sus lunas
sus reliquias mudas
y sus acres cultivables
 de endurecidas uvas
Yo sé que la mujer está inconclusa

Si un día
no estoy contigo
y necesitas lo que te di
lanza una cuerda por el espejo
 cierra los ojos
 abre la boca
y pon tu fin de semana debajo de la almohada.

Si un día
no quieres
que esté contigo
quita un fusible del ascensor
 riega las plantas
 lava la ropa
y ponte a surcir la rendija gris de tu pijama



TALLER DE LA UNIVERSIDAD JUAREZ DE DURANGO

LA LUNA EN EL PAPEL

Evodio Escalante Betancourt / Universidad Juárez de Durango

a un amigo lunático

I

percutor de la luna

 enfebrecido danzarán

 se cuece (sin cocerse)

una harina de imágenes que

no alcanzan a serlo

fantasmas desvestidos que buscan sus ropajes

hormigas que se adhieren al esqueleto blanco de la noche

un juego de golpes inaudibles pone tensa la atmósfera

la luna es el tambor

 un diente que se aprieta

la redondez de un párpado

que se soldó desde antes de los tiempos

para la protección del ojo originario

(si es que ha existido el ojo originario)

II

la luna ensaya sus movimientos de serpiente

canto y tamborileo de notas sobre un son

que fosforece en los parajes del silencio

apocalípticas chirimías

flautas que alaban descosidas

 la segunda venida de Vivaldi

el vientre agudo de la luz

el niño que sonrío como un ídolo marihuano

y encrespa su piel para imitar su propia danza

con la luna en las manos

III

matachín de otro espacio
 cuñado del gran brujo
en el molino hay sueño
en el castillo hay sueño
alfiles que cogen las horas de tangente
caballos veloces que saltan sobre su propia sombra
damas que muerden su misma voz herida
y levantan un canto desde el vientre
peones mineros que trabajan la sal de su esqueleto
un rey con manos cercenadas
metido en las tabletas de su enroque
(su mente loca por las ruinas)
pero en la esquina íntima del verbo
sobre la torre que en juegos llaman "el jabalí sentado"
rozas la hoja del tambor
 el plenilunio del espejo
la sal del hombre en forma de vahído
para que una harina de imágenes corra al desfiladero
y resucite el tiempo

(señales de este viaje)

DE TABLAS MADURAS Y OTROS POEMAS

Uriel Martínez / Universidad Juárez de Durango

para *virginia valdivieso*
Tu voz de alfiler que punza
y que se entierra.
Eduardo Hurtado

Sentado en la última primera fila
como niño colado a dentelladas
hechizado con tus camisas de cobra
 deslumbrantes

segismunda de las auroras
adornando tu cuello de collares
te vi en cien fábulas diferentes
 siempre virginia
arrastrándote en transmutaciones
 continuas
 bautizaste el escenario
ojival del espectador doblemente hechizado

y con las piernas y manos y codos
fabricados de antimonio
con escamas incrustadas
hube de nadar
en sillas de ruedas ahogada
hasta tocar tu cuerpo estañado en espejo verdadero

VIRGINIA PLURAL

virginia de las mil galerías
por donde corre el suero mágico
de un tranvía descarrilado
azorado después de todo
con alas batientes
emprendí la salida
por escaleras de incendio

EN CUALQUIER ESQUINA

En cualquier esquina
asoma asombrado el polvo.

Todo polvo resbala en todo espejo.

sin buscarlo
puedes encontrarlo
lastimando tus oídos.
encontraras el plomo
bañando los espejos.

Con asombro descubrirás
la lividez que viste tu retina
de un siniestro casi rojo.

Aglutinarás el vuelo de las águilas en líneas compactas

EN EL PABELLON DE LA OREJA

En el pabellón de la oreja
de todos los hombres
hay un alfiler enterrado
por donde se captan
las vibraciones de la noche.

En esa bocina estridente
donde el silencio punza
está instalado un perro
olfateando un camino.

Con el abanico de su rabo
juega a marcar el tiempo
indicando su paso sigiloso.

Todos los estruendos que anuncian el derrumbe de la aurora
hacen que se hinche hasta elevarse y desaparecer.

COMPLICIDAD COMPLICADA

Los niños de plastilina
perseguían una bruja
escalando los rayos del sol.

El sol se ocultó en una nube.

Los niños de plastilina
se vinieron abajo
riendo estrepitosamente.

Sin desanimarse.

Vigilaron atentamente
la difracción fantástica
en las paredes de vidrio
de los colores de la marihuana.

Pasado cierto tiempo se encontraron fuera.

Hastados de la aventura
se contemplaron
hasta que la U descrita por la mosca,
los hizo dormir.

Pronto se hundió el sol



SOY Y OTROS POEMAS

Angel Manuel Castellón / Universidad Juárez de Durango

Soy el marino náufrago
que ha perdido su mar
 en su agonía. . .

No conozco de islas
poco de tempestades
o de duelos en aguas
 de la pesca

Soy lo que tú quieras. . .
si tú quieres
 dizfrazarme de sal

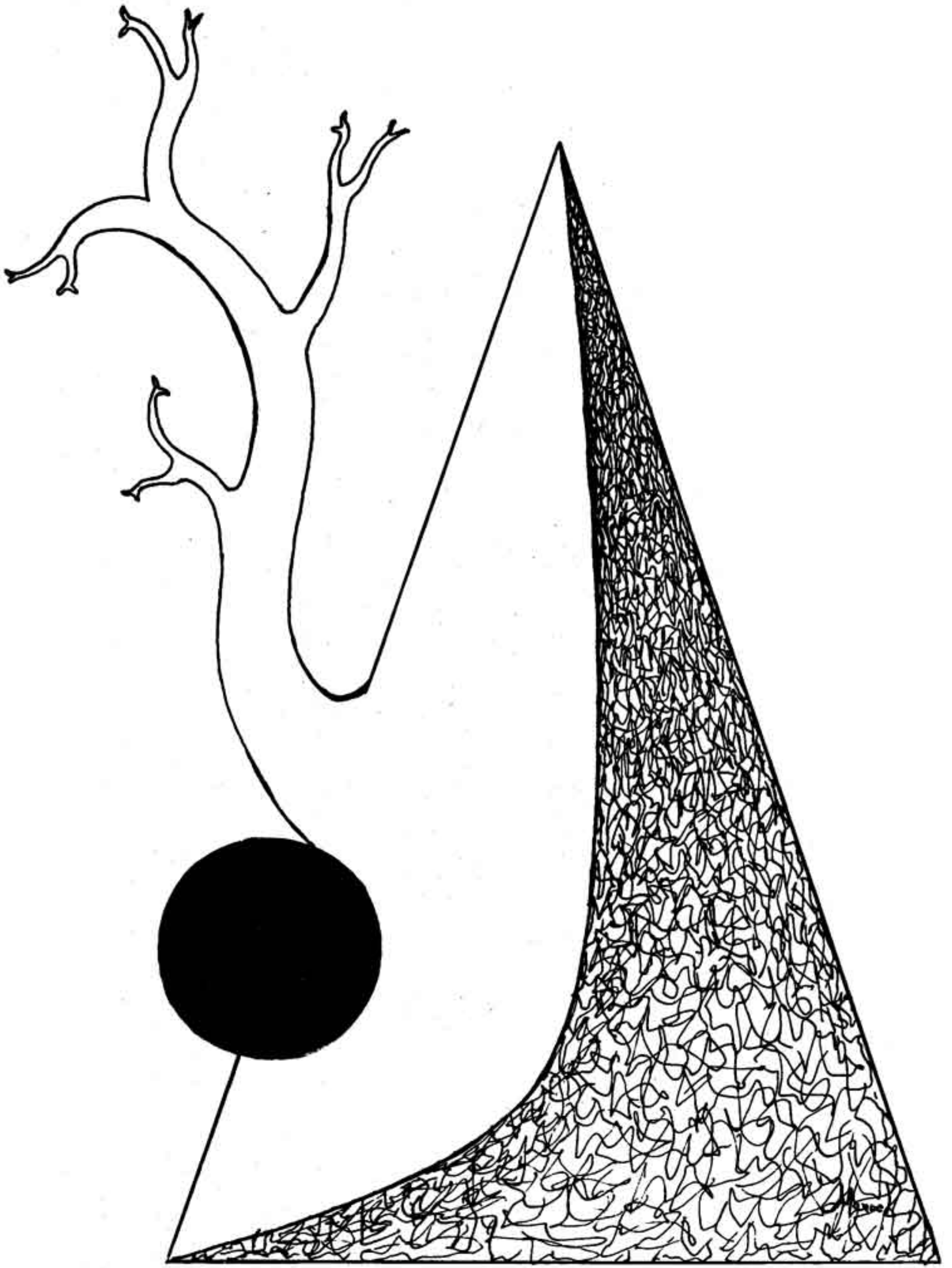
o de navío
doblegaré mis fuerzas
y entonces me tendrás
prisionero en tu grito de una hora
en reloj que no existe.

SUSPIRAR

Suspirar, estrecharse
desvelar el minuto de la lámpara
no comprender la paz de los cometas
¡ah, gentes que se ríen y multiplican
juntándose unos en su propio llanto!
¡oh, mi risa capaz de dar un ancla
para que no naufrague el universo!

POEMA

Noviembre. . .
y castellón aún vive
me pregunto
si no será ilusión
isla desierta
cuando arriban las naves
de idiomas y costumbres
 diferentes
Pero no se perfila
 su cuerpo de poeta
ni su máscara dice
lo de sus personajes.
Y me pregunto ahora
si es que castellón sabe
que un día hubo una tierra
que llevaba su nombre.
Es noviembre
y castellón aún vive
sin saberlo.



CUENTO PREMIADO EN EL PRIMER CONCURSO DE CUENTO
DE LA UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Primer lugar:

ROCAS DE FUEGO

Hermelinda Acevedo L / Universidad de Guanajuato

- Fíjate bien, es roja, ¿la ves?
- No, es verde, mira.
- Es que no pones cuidado cuando se transforma. Vamos a empezar. Ahí
- está, ¿la ves? Es roja.
- No, aunque esté muy lejos yo la veo verde.
- Pero antes es roja y es lo que quiero que veas. Empecemos de nuevo, espera. . . ¡Ahí está! ¿La ves? Es primero roja cuando aparece.

No sé por qué insistes en querer penetrar a ese gran recinto en el desierto. ¿Qué es lo que quieres encontrar? ¡Ah! ¿Completar en tu mente la última parte de aquel acto realizado hace tantos años, para poderte integrar nuevamente? Si así es, basta que penetres en ese lugar y al descubrir ese cadáver, casi esqueleto, te des cuenta que todo quedó terminado. . . cumplido, pero que tu sacrificio, que querías ofrendar conscientemente por todo un pueblo, tu gran pueblo, no fue suficiente para su integridad postrera. Pero anda, es necesario que llegues a donde tu ansiedad te conduce para que sea saciada con la integridad de tu recuerdo. Camina. . . penetra. . . dos pasillos a la derecha, ahora un descanso. . . ¿Recuerdas esa puerta clausurada de la izquierda? Bueno, no importa, sigue penetrando escaleras abajo a pesar de la oscuridad. Tal vez es aquel pasillo que se abre más al fondo. Sigue. . .

Piensa en esa parte de ti que te une a lo infinito, a lo santo, a lo sobrenatural. . . piensa, recuerda. . . debes lograr ese deseo que empezaste a realizar desde el principio de tu existencia cuando viste que había fuerzas superiores a ti. Piensa. . . concentra tu mente. Formula aquellas primeras ideas. . . ¿Recuerdas aquella luz fugaz en el espacio? ¿Cómo era? ¿Qué color tenía? ¿Rojo? ¿Verde? ¿Azul? ¿No era una luz brillante y fugaz? ¿Por qué te impresionó? ¿Recuerdas aquel volcán en erupción? Piensa, concéntrate. . . liga tus recuerdos. . .

¿Que recuerde? ¿Que te diga cómo es? Yo no sé si fui al infierno. No puedo precisarlo, pero casi lo podría asegurar y dicen que todavía se puede ver más. Había unos grandes carros muy pesados. Cuando una pequeña chispa roja cayó en algunos de ellos se produjeron enormes llamaradas que cubrieron casi todo el campamento. En el campo contrario había carros más pequeños con gruesos cañones de hierro por los que fuerzas diabólicas escupían descargas de fuego que caían en los hombres de nuestro bando con el que sólo estaban divididos por un angosto río en el que chapoteaban las balas

y los cuerpos cruentos de los hombres. Pronto se acercaron ambos bandos y se mezclaron. Ruidos estruendosos, cuerpos cubiertos de sangre tirados en el suelo, bombas, gritos, llantos, humo, confusión, llamaradas en los carros, todo era fuego. . . todo era sangre. . . todo era una sola llama roja. . .

- “Entonces la Muerte y el Hades fueron arrojados al estanque de fuego. En esto consiste la muerte segunda: El estanque de fuego. Y cuantos no fueron hallados escritos en el Libro de la Vida, fueron arrojados al estanque de fuego.”
- ¿Por qué te gusta tanto ese tipo de lecturas fastidiosas que sólo piensan en amenazar?

Abre esa puerta que te llama la atención. Sí, ábrela, penetra dentro. ¡Ahí está! ¿Lo observas? Anda, descúbrelo para que te integres por fin. Quitá esas vendas que cubren el rostro, pero a la vez empieza a recordar. Mira qué expresión de felicidad y satisfacción refleja a pesar del tiempo transcurrido. Pero sigue descubriéndolo, a la vez que especulas en tu memoria el momento en que se quedó suspendido aquel acto en el recuerdo. Observa los lienzos del pecho, presentan otro color, se deja notar un tono rosa marchito. ¡Pero mira! En la cintura el lienzo tiene un color rojizo casi negro. No, no te detengas, sigue contemplando y plasmando en tu mente ese acontecimiento que ya percibes vagamente. Sigue. . . concéntrate. . .

¡Fíjate cómo las fieras lo atacan! Una fiera le ha rozado con sus garras la mejilla derecha y ha trazado una delgada línea roja en el rostro, mientras que de la boca corre un hilillo de sangre. ¿Sabe defenderse verdad? ¡Este sí vale la pena! Mira ahora esa gran mancha roja en la pierna derecha. ¿La viste momentos antes que se viera roja? Presentaba un color rosáceo claro cuando la fiera desgarró la carne y después se puso roja. Observa bien, no pierdas la atención, para él cubrirse de rojo significa el honor más grande por su ideal. Además, él no es pasivo como los demás, él se defiende. Ya sólo le queda un brazo, el derecho y con éste se defiende con destreza; mira cómo trata de frenar a la fiera salvaje que se ha lanzado nuevamente sobre él. . . Ahora ya todo su rostro se cubrió de una espesa capa roja que llega hasta la espalda y cubre casi todo el pecho; no te distraigas, mira cómo hace valer él mismo su espectáculo. . . al final, sólo su recuerdo se cubrirá de gloria. . .

Hermanos, ellos también se cubrieron de honor en aquellas tierras de infieles. Igual que su Maestro murieron y pudieron cubrirse con el manto púrpura de la sangre inmolada. Esta sangre cubre de honor a nuestro México porque uno de sus hijos, el primero, de todos aquellos que se entregaron, se inmoló en aquellas tierras tan lejanas.

Mira cómo se acomodan todos los grupos en torno al gran monumento. Empieza la ceremonia. Dentro de poco entrarán las doncellas y los jóvenes ataviados todos con joyas, túnicas y mantos bordados en brillantes colores. Tocan los tambores, las flautas y los caracoles. Se acerca lo más solemne. Entran todos llevando en sus manos un pequeño vaso de barro del que sale esa aromática nube de humo blanco. Ve cómo el hombre que está allá arriba lo recibe y lo ofrece. Ahora los jóvenes se postran a un mismo tiempo y se tienden sobre esas largas mesas de piedra con el rostro y el cuerpo frente al sol. Mira, el hombre baja, lleva en sus manos una hoja larga muy brillante. . . Se acerca el primero. . . ¿ves ahora cómo dos hilos rojos, casi negros y cada

vez más gruesos corren por el cuerpo desnudo del joven? . . . Ahora un borbollón de sangre sale de la cavidad donde antes estaba el corazón y cubre todo el pecho. . .

Contempla el pecho, quita los lienzos, no tengas ya más temor a recibir el impacto del recuerdo en tu memoria. Observa ese cuerpo que te explica lo que pasó cuando perdiste el sentido al contemplar que de tu cuerpo brotaba aquella hermosa corriente roja. . . roja. . .

- ¿Ahora ves que es roja?
- ¿Roja? ¿Por qué roja? Yo no la veo roja y tú insistes en que es roja.
- Mira, pon atención nuevamente. . . es roja.
- ¿Roja?



UN VIAJE INCREIBLE

Guillermo F. Gallego U / Universidad de Guanajuato

El comandantísimo Carlos Sánchez se apresta a revisar su plan de vuelo sentado frente a su escritorio cuando la intermitencia de los foquillos rojos colocados encima de la puerta de su oficina llamó su atención. Algo marchaba mal en la nave, y él, investido por el más alto grado militar, debía afrontar esa nueva responsabilidad representada por el instantáneo enciende-apaga, de los pequeños filamentos.

Nos hallábamos en una etapa más del esfuerzo efectuado por ETUPCEE (Estados Terrícolas Unidos para Conquistar el Espacio Exterior).

Apresuradamente el comandantísimo Sánchez caminaba hacia la sala de controles, cuando al voltear por uno de los pasillos de la enorme nave, fue atropellado por el sargento de Comunicaciones Kenji Yamashita, experto en electrónica de computación, quien corría a avisarle que la nave, por primera vez en catorce largos años, sufría un percance de orden superior.

Por medio de la transmisión del pensamiento (único medio que fue capaz de eliminar los problemas causados alguna vez, hacía muchos cientos de años, por algo que "captaron" llamarse Torre de Babel), el sargento Yamashita comunicó al comandantísimo Sánchez el hecho que sembró gran desconcierto entre las personas presentes en la sala de control: parecía no haber la más mínima comunicación con la Tierra.

¿Significaba esto el principio del fin del proyecto espacial, y de la vida de ciento nueve militares, representantes de cada uno de los estados miembros de ETUPCEE? A ojos vistos, así era, ya que el hecho de no haber intercomunicación con la Tierra representaba ir a lugar alguno cuya posición en el Universo fuera conocida, pues la GGT (Gran Guía de la Tierra, enorme máquina computadora, cuyo tamaño obligó a sus creadores a ubicarla en el Desierto del Sahara, donde pudiera además aprovecharse la gran cantidad de energía orgánico-solar, de orígenes biológico y cósmico, que ahí incidían, para su funcionamiento), regía el destino de este viaje, y de casi cualquier suceso efectuado en la Tierra.

En poquísimos minutos y debido a la velocidad de la nave, cercana a los doscientos SSPA (Sistemas Solares por Año), la nave había perdido seguramente toda posibilidad de establecer

su posición espacial por sí misma, lo que era completamente desalentador para la tripulación, pues significaba que habían trabajado inútilmente durante catorce años, que vividos en ese monstruo, y pensados por cada viajero de la nave en esos poquísimos minutos, parecieron una eternidad.

A pesar de que los militares tienen un gran control sobre sí mismos, algunos de ellos descubrían en esos instantes que, aun al final de un camino, era necesario ver el principio; como sucedía con la teniente Jackie O'Halloran, quien trataba de recordar la oración a San Patricio, que su bisabuela alguna vez le enseñó, cuando vivía con ella en aquellos verdes paisajes y bajo un cielo azulísimo; o como con el cabo Li Wong, que en medio de su centro de operaciones, y colocado en posición de flor de loto, trataba de persuadir a su compañero, el también cabo Pierre Gaudet, para que olvidara lo que hacía y se dedicara a las oraciones, y al arrepentimiento. Pero Gaudet, impávido, continuaba preparando el postre que comerían los que gustaran de comer aún bajo altas presiones emocionales. Indudablemente que John Smith no lo haría, pues él elevaba cánticos (¿o acaso los descendía?), aprendidos en la pequeña iglesia de Utah, la que había sido construida por orden de un ascendiente directo suyo; al mismo tiempo recordaba a su madre, en compañía de sus ocho esposos (permitidos por su religión todos ellos), quien alguna vez le había dicho que siempre orara al anochecer; Smith pensaba que desde el despegue de la nave, jamás supo nuevamente lo que era el día, . . . para él, aquel viaje era una noche eterna. No, definitivamente, el sargento Smith no probaría el delicioso postre del cabo Gaudet.

Cuando el comandantísimo Sánchez, acompañado de la generala Paola Passolini y del gran coronel Valey Ivanov casi daban por terminada su deliberación sobre el destino de la nave, y habiendo llegado a la conclusión de que en realidad no tenía ninguno, una explosión fortísima les interrumpió, y casi inmediatamente, un suceso llamó poderosamente la atención de casi todos los ciento nueve tripulantes (O'Halloran, Wong y Smith, aún estaban abstraídos espiritualmente): una refulgentísima luz apareció por los ventanales de la nave, ventanales enormes, que era posible tener, pues la tecnología de ETUPCEE había avanzado lo suficiente para descubrir un material tan resistente como el tiempo.

Así pues, la nave era casi totalmente transparente en su exterior. Su nombre le sentaba bien: VENTANA I.

Al disimular la intensidad de la luz, se pudo notar que se acercaba una navecilla, cuyo tamaño era infinitamente pequeño comparado con el monstruo cristalino; sin embargo, era notorio que poseía una velocidad mayor que VENTANA I, pues en pocos instantes, se hallaba posada en uno de los estabilizadores de ésta, a pesar de que cuando su silueta fue notada por el potentísimo radar de VENTANA I, la distancia entre ambas naves era de varias Unidades Astronómicas (una Unidad Astronómica es igual a la distancia de la Tierra al Sol).

Había cierto temor en la tripulación, pero la navecilla era el primer contacto con otra cultura cualquiera después de catorce años, un periodo muy largo de tiempo para este hallazgo, si se considera que ya en el siglo veinte, más de quinientos años atrás, se pensaba en la existencia de otras culturas extraterrestres.

Solamente la GGT podría haber recopilado los múltiples pensamientos que en esos momentos cruzaban por las mentes de la tripulación, pero cuando el ocupante de la navecilla, por medio de alto parlantes pidió permiso para entrar en VENTANA I, los temores

se disiparon, ya que todos los tripulantes aseguraban que había hablado en su idioma autóctono, y se sintieron seguros por ello, y por la seguridad que daba al sentirse superior, pues pensaban que el no haber descubierto el magnífico método de comunicación que era la transmisión del pensamiento, era una señal de atraso, y de debilidad del misterioso visitante, respecto a los conocimientos actuales de ETUPCEE.

La tripulación aguardaba con expectación a que el tripulante de aquella navecilla desconocida, apareciera traspasando la hermética puerta que se abriría (cuando parecía que nunca sucedería esto).

La primera aparición de OTSIRC, estuvo rodeada de luz, la luz que hacía ver la tranquilidad. Su figura era la de un humano común y corriente, aproximadamente un metro y ochenta centímetros de estatura, su pelo le caía hasta los hombros, era del color de su barba y bigote, castaño claro, sus ojos claros y sus facciones muy finas. Se podría decir que era de piel blanca, excepto por una de sus extremidades inferiores, que era mucho más oscura, o mejor, negra. Tenía un casco transparente que más bien lucía como una aureola, y el resto de su vestimenta era de una especie de túnica espacial de color blanco, con una banda púrpura que atravesaba su pecho diagonalmente, desde el hombro izquierdo hasta el cinturón dorado que le fajaba los pantaloncillos que dejaban ver sus fornidos muslos. Era un hombre que representaba fácilmente el mucho camino que había recorrido, no solamente sobre su nave, sino también sobre las sencillas sandalias, que le daban un toque de humildad.

Cuando habló, no hubo dudas, sus palabras eran amor, y toda diferencia establecida antes del encuentro y a partir del hallazgo de la navecilla, fue completamente borrada de la mente de los tripulantes. de los tripulantes.

Fueron treinta maravillosos días, en los que OTSIRC explicó su procedencia. Su planeta de origen, Atenon Uneri Evimus (AUE) había explotado, siendo comprendida así la refulgencia observada antes de la aparición de su nave. Dijo también que en AUE hablábase el OEMARA, antiquísimo idioma, y que nunca se había hablado otro ninguno, pero añadió que era posible que todos ahí le entendiesen debido a que su cinturón dorado era un transmisor-receptor-traductor, lo que permitía que cualquier voz fuera transmitida en cualquier idioma, independientemente de su origen; así, eso equivalía a la transmisión del pensamiento, pero las longitudes de onda eran diferentes, teniendo unas mayor frecuencia de vibración que las otras.

El podría comunicarse en sueco con el teniente coronel Johann Larsem o en árabe con el capitán Abdul Jafet y al mismo tiempo hacer que le entendiese el resto de la tripulación de VENTANA I. Para él no existía imposible.

Toda la tripulación pudo de nueva cuenta sentir el gozo (ya olvidado por ellos), de volver a hablar y algunos no podían siquiera articular palabra, tal vez por la emoción. . . o tal vez porque no recordaban cómo hacerlo.

OTSIRC pudo fácilmente encontrar el desperfecto de VENTANA I, y restablecer así contacto con la GGT.

La Tierra parecía entonces, ser sólo un ciudadano que por su ventana se asoma al otro lado de la calle para platicar con su vecino.

El regocijo de todos los terrícolas fue indescriptible; en la Tierra, después de angustiosas horas, todo mundo recuperaba sus esperanzas, quizá ya perdidas; y en la nave, aquello era una fiesta: Sánchez bebió tequila, Ivanov, vodka, McCluskey, whisky, en fin, la felicidad reinaba ahí.

El día treinta, después de la llegada de OTSIRC, apareció otra navecilla idéntica a la suya, pero la felicidad en la nave no paró, indudablemente debía tratarse de otro sobreviviente de AUE.

Y cuando se abrió la puerta hermética, la tripulación vio de nuevo a OTSIRC, pero él estaba sentado todavía a la derecha del comandantísimo Sánchez, y éste pensó que debía ser su hermano gemelo; todo mundo se enteró de su pensamiento, y lo reafirmó.

OTSIRC, aunque sorprendido, se levantó a abrazar al nuevo visitante, a pesar de no conocerlo. Cuando caminaba hacia él, éste sacó una arma, y lo mató.

El comandantísimo Sánchez, perplejo, se abalanzó sobre el asesino de su preciado amigo, pero un campo de fuerza le impidió acercarse.

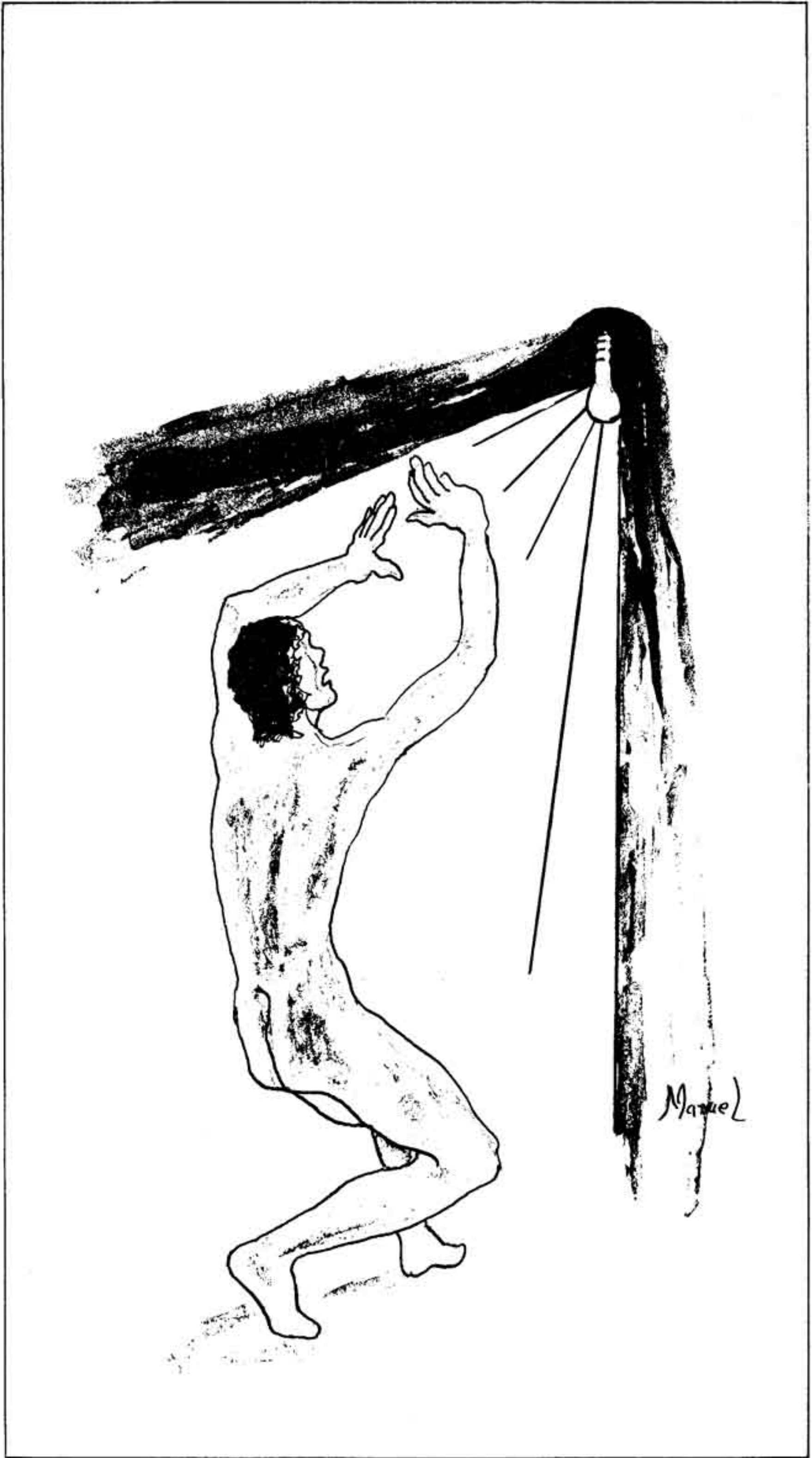
Impotente, le preguntó el porqué de esa actitud hacia OTSIRC, siendo éste un ser bueno, y casi podría jurarse que ambos eran hermanos.

La respuesta del asesino fue hecha calmadamente: OTSIRC tenía la extremidad inferior izquierda negra, mientras que él la tenía blanca, sucediendo lo contrario con las extremidades inferiores derechas.

El comandantísimo Sánchez quiso gritar que el mundo había ido demasiado lejos, pero sólo lo pudo pensar.

Entretanto, ERBMOH se había marchado.





CUENTO

TECUCIZTECATL

Roberto Mares / Taller de Cuento *Punto de Partida*

Un día, Tecuciztécatl, cansado ya de su ciudad de obeliscos y piedras talladas, se fue por donde el sol palidece y el aire se vuelve frío. Anduvo muchos días, y muchas noches descansó bajo las estrellas del norte, hasta que alcanzó la región donde la tierra se vuelve blanca y cristalina. Ahí permaneció durante trece días, tocando su flauta y su pequeño tambor, evocando sus malezas y sus pirámides cubiertas de sol. Pero, el llegar la noche decimotercera, fue atacado por un oso enorme y de incontenible voracidad que se lo tragó casi íntegro, dejando solamente un reguero de huesos blanquecinos sobre la nieve roja.

Y Tecuciztécatl descendió a la región de los muertos, y ahí se instaló, con su flauta y su tambor, en una gruta de la montaña que domina al valle de las sombras; se sentó sobre una roca a la entrada de la cueva y se puso a tocar una canción sin tiempo, sin dolor, sin alegría.

Por siglos tocó la misma tonada, hasta que los dioses, aburridos del monótono canto, decidieron arrojarlo de sus dominios. Para esto se juntaron, se congregaron en las profundidades de la cueva y desde ahí soplaron fuertemente hacia el exterior. Tecuciztécatl cayó rodando montaña abajo y no se detuvo hasta llegar a una planicie partida por un río muy ancho, en cuya ribera se sentó a contemplar el correr de las aguas y a tocar su interminable melodía. El espíritu del agua se irritaba con los acordes de la flauta y el golpeteo del tambor, y se puso a girar y a girar en sí mismo hasta producir un potente remolino que succionó a Tecuciztécatl y lo arrojó en el vacío que se extiende más allá de las tinieblas, y su música se fue con él, desintegrándose y expandiéndose juntos en la nada primordial.

Y todo era olvido y eternidad. Y Tecuciztécatl ya no existió, pero giraba lentamente en anillos concéntricos que se fueron cerrando hasta formar un núcleo espeso. Tecuciztécatl volvió a sentir; un líquido dulce lo mecía; percibió la oscuridad y el calor. La sensación fue creciendo y se hizo muy intensa. Y Tecuciztécatl fue arrojado con violencia desde la espesura de la sombra y se sumergió en un fuerte resplandor que lo cegaba y el aire lo penetró con dolor. Gritó, y su grito le llenaba el espacio de colores difusos y de sonidos huecos. Durante algún tiempo solamente dormía, gritaba y soñaba: pero sus sueños no tenían imágenes ni palabras: eran sueños musicales, llenos de armonías nostálgicas y evocativas.

Pero el mundo se le fue llenando de realidades concretas: de calles, de automóviles, de edificios de piedra y cristal. Tecuciztécatl creció y se llamaba Juan. Durante el día trabajaba en una gran fábrica de artículos eléctricos, por la noche se encerraba en la penumbra de su habitación y practicaba horas enteras en su guitarra, componiendo canciones que no anotaba nunca porque su creatividad estaba muerta y siempre se producían los mismos acordes, las mismas notas. Juan buscaba desesperadamente una canción nueva y rasgueaba frenéticamente las cuerdas de su guitarra, pero las notas se arreglaban por sí solas en el aire, organizándose siempre de la misma manera.

Por eso sintió el deseo de abandonar su patria y su ciudad, y por eso se fue una mañana detrás del invierno. Nadie entendió su aventura; pero la noche fue clara, y alguien oyó murmullos en el viento.

LA DISCUSION

Roberto Mares

—¿Qué opina usted de la pluralidad de los mundos habitados? . . . masculló entre dientes Pedro, al tiempo que se mordisqueaba nerviosamente las uñas y recorría la pequeña estancia con una mirada revoloteante que saltaba de un lado a otro sin posarse permanentemente en objeto alguno.

Joaquín sintióse profundamente conurbado por la responsabilidad que implicaba el responder a una pregunta de tal naturaleza y que su amigo le había disparado sin previo aviso, despiadadamente. Sin poder contener un temblorcillo que recorría su cuerpo súbitamente tenso por la fuerte impresión recibida, se arrellanó en su butaca produciendo leves ruidos guturales tendientes a romper el silencio angustioso que había dejado tras de sí la pregunta y restablecer la calma interna propiciatoria a la afluencia de las ideas. Rebuscó y arañó en su interior las palabras adecuadas para iniciar su alocución. . . Palabras duras y profundas: científicas; pero tiernas y evocativas, que reflejaran su inconmensurable sapiencia con respecto a tan importante tema y a la vez hicieran soñar. . . por mundos y más mundos pululantes de criaturas multiformes y provistas de los más variados e increíbles mecanismos vitales. Definiciones exactas, pero dúctiles, que se amolden a universos exuberantes y polícromos y definitivamente no-euclidianos. Pero todo matizado con algunas imágenes poéticas, profundas y musicales, que expresen la belleza inefable de las regiones extrate-

restres y exciten la mente para llevarla más allá de su realidad coti. . . Levantó satisfecho la cabeza, ya dispuesto a iniciar su discurso, pero las palabras se le ahogaron en la garganta al observar la actitud de su amigo que lo miraba con un aire de absoluta inocencia, sumido en un cierto estado de placidez receptiva; como un gran Buda de ojos bondadosos que está ahí sin estar: mudo, gordo y esponjoso; esperando el momento para dar el zarpa-zo y llevarse un gran trozo de sabiduría, gratuitamente y sin molestias. Esto lo irritó sobremanera y un espasmo de furia se posesionó de su organismo, evidenciándose en una gran rigidez mandibular y un ruidoso resoplido que hinchaba, como pequeños globos, sus lóbulos nasales. Mirando con fijeza el rostro de su interlocutor, que continuaba observándolo impasible, se inclinó sobre la mesita que los separaba y con voz descompuesta que parecía salida de una tumba, replicó:

— Y usted, ¿qué opina usted? . . .

Pedro sintióse grandemente azorado por el extraño giro que habían tomado las cosas y se incorporó con un crujir de resortes distensos y articulaciones de huesos cloqueantes que, en el silencio de la noche, creaban una atmósfera grotesca y a la vez macabra: como de esqueletos bailarines. Pedro dio unos pasos en torno al sillón vacío, y al ir recuperando los huesos su primigenia lubricidad, volvió a reinar el silencio. Se paseó unos momen-

tos por la habitación con las manos juntas en la espalda y un aire displicente y meditativo. Al decidirse a hablar se volvió hacia su compañero y vio con sorpresa que éste se había acurrucado a la manera de un gato en el asiento de la poltrona y dormía profundamente. Tomólo por las solapas y zarandeólo profusamente hasta lograr desovillar y restablecerlo a su posición original. Joaquín lo miró ojisoñoliento al tiempo que inclinaba hacia atrás la cabeza y lanzaba un bostezo tan enorme que por la abertura de su boca se podían observar claramente las conexiones y rugosidades traqueales. Pedro se acercó a la obturación y miró detenidamente hacia aquel mundo interior compuesto de multitud de cavidades húmedas y cartilagosas que se comunicaban las unas con las otras para formar una intrincada red. Se acercó aún más, hasta que su vista se perdió en una espesa oscuridad que sólo se rompía, allá muy en el fondo, por una lucecita parpadeante que provenía, sin duda alguna, del agujero del culo. Joaquín, entonces, cerró bruscamente la boca con estrépito de dientes y alcanzó a soplar fuertemente en el ojo inquisitivo de su entrañable amigo.

Pedro se reacomodó en su asiento frotándose el ojo afectado y abriendo desmesuradamente el bueno a fin de compensar la pérdida parcial de la percepción visual y estar alerta, tanto contra las posibles embestidas de su indignado compañero, cuanto contra simples accidentes del orden cosmológico, para cuya detección es preciso el sentido de la vista.

Ya tranquilizado con respecto a las intenciones agresivas de su amigo y percatándose de que todo permanecía en su sitio, le fue pasando ese estado taquipsíquico de alarma que mantenía sus nervios tensos y una gran lasitud se apoderó de todo su cuerpo; en un hondo suspiro se fue desparramando sobre su asiento, como un títere al que se van cortando, uno a uno, los hilos de los que pende. Su figura fue perdiendo la gracilidad de sus contornos y se llenó de protuberancias inarmónicas, como una gran bolsa repleta de vísceras y huesos. Su cabeza, abandonada a su propio peso, colgaba inerte sobre su

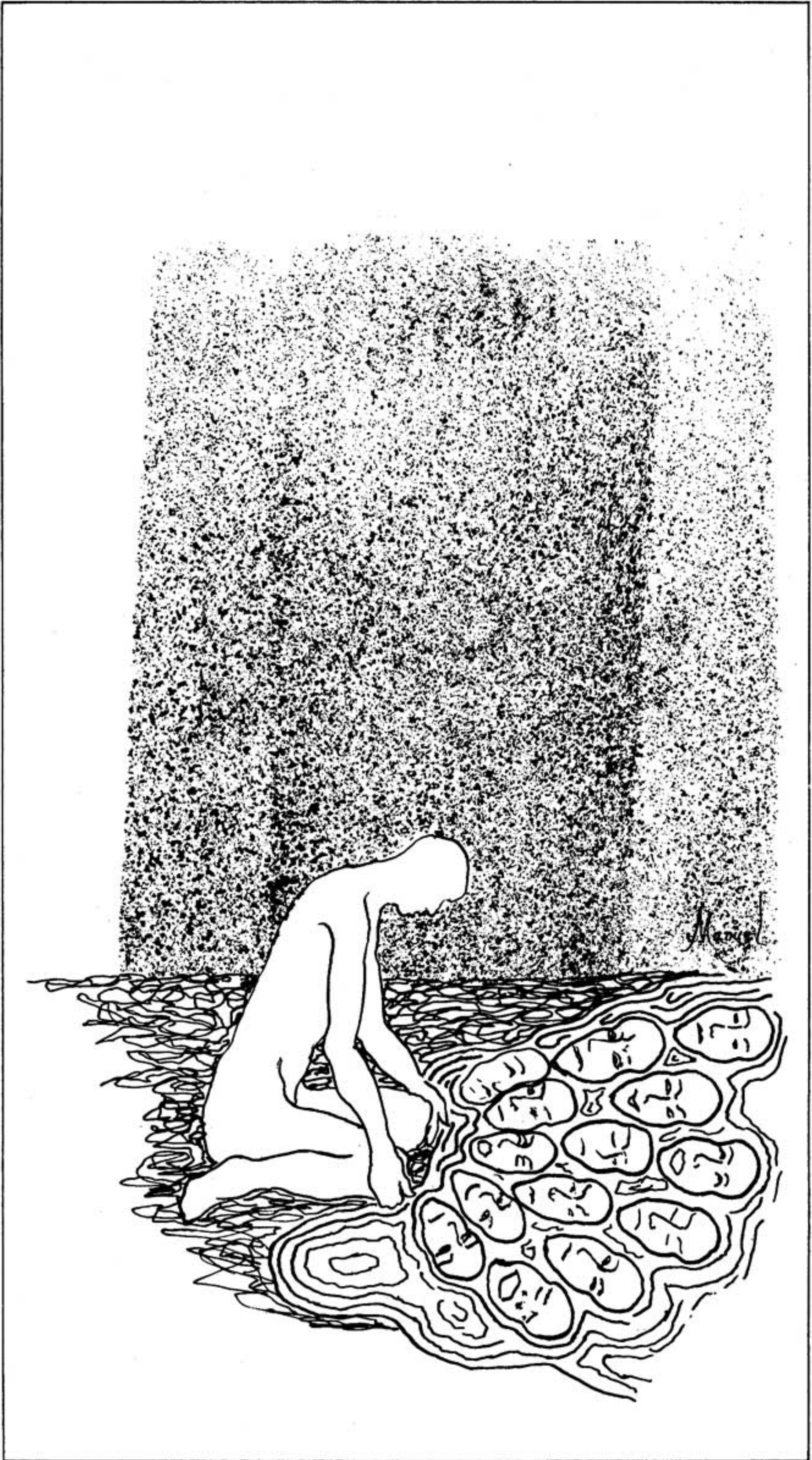
pecho muy por debajo de las picudas astas de sus omóplatos. A la luz débil de la lámpara se podía contemplar sobre el piso la sombra enorme de un buitre sentado.

Joaquín, que hasta entonces había permanecido impasible, frente al nuevo y lastimero estado de su amigo, fue variando su actitud interior: del odio pasó a la indiferencia, y de ahí a la tristeza y a la conmiseración, su mirada se fue dulcificando y su rostro se tornó melancólico y doliente, al tiempo que rodaban de sus ojos gruesas lágrimas.

Al escuchar un gimoteo entrecortado que, indudablemente, provenía de su amigo, Pedro levantó su ojo izquierdo (con gran esfuerzo de dilatación ocular, dada la posición en que se encontraba) y pudo enfocar la desgarradora escena que frente a él se desarrollaba: Joaquín, con la cabeza entre las manos y mesándose fuertemente los cabellos, lloraba abundantemente; la mitad de sus ropas y una gran parte del sillón estaban anegados del salitroso líquido y un hilillo cristalino corría ya sobre el piso, encauzándose y serpenteando por entre las hendiduras de la madera.

Pedro sintióse conmovido frente a aquel espectáculo, pero al bajar su ojo y reconstruirlo en su imaginación se le fue apareciendo grotesco, gracioso con todo y su dramaticidad. Una risilla incontenible le saltó a los labios y comenzó a sacudir por dentro su derrengado cuerpo que al punto recobró su forma primitiva, revitalizándose al contacto eléctrico y explosivo de la risa; levantó la cara y, con los ojos enrojecidos por la risa, miró a su amigo de los ojos enrojecidos por el llanto, y en la rojez de ojos y la risa compartida se estableció una súbita comprensión que no requería ya de las palabras. Sintiendo que estaban superadas todas las discrepancias ideológico-filosóficas y no habiendo más que discutir, se pusieron abrigos y bufandas y salieron a la calle alegremente.

Afuera el sol ilumina ya el espacio y las avejillas se esconden en el interior de las frondas de los árboles, protegiéndose del agobiante calor.



VIAJE PAQUETE

María Matienzo / Taller de Cuento *Punto de Partida*

Donde quiera que aparecemos causamos sensación. John, un gigante que quita el habla de puro guapo, y que domina bastante bien el español, porque es profesor de lenguas. Katy, joven aún para ser abuela, y cuyo único conocimiento de la lengua cervantina consiste en repetir graciosamente “buenos días” a toda hora. Y yo, que siendo más poblana que la Casa del Alfeñique, tengo una fluidez en el idioma similar a la de cualquier hijo de vecino.

Nuestra amistad había nacido como nacen muchas amistades: por casualidad. John vino a caer a Puebla tomando un curso de no se qué, y discurrió volver con su abuela a cuestras, ante la perspectiva de tener conmigo guía de turistas, amistad y diversión.

El caso es que un buen día zarpamos, rumbo a lo conocido: Guadalajara. Visitamos todo lo visitable, disfrutando del alma de provinciana y del olor a tierra mojada, hasta que descubrimos el anuncio. “Viaje-paquete, tres días y dos noches incluyendo transportes aéreo, aire acondicionado y mar.”

Suena seductor, especialmente en me-

dio de un calor de cuetería, así que ni tardos ni perezosos, liamos bártulos, y a la playa.

En el avión conocemos a nuestros compañeros de viaje: los muchachos y las chicas. Los primeros, según colegimos de sus conversaciones a grandes voces, están despidiendo a alguien de la soltería, y, como Juan Charrasqueado, no dejarán en los campos ni una sola flor. Las chicas, un sinnúmero de señoras y señoritas, viejas todas, son de las que se reúnen periódicamente a viajar por la república.

Y así, en un espléndido día, llegamos a Puerto Vallarta.

Ya instalados en el hotel, bajamos a la playa. Un panorama de acuarela frente al sol abrasador. Momentos después llegan los muchachos, y luego de recorrer la playa de arriba abajo, se percatan de la horrorosa realidad: no hay una sola extranjera, y las nacionales, excepción sea hecha de las chicas, no “jalan”. Bastante alicaídos se acercan a nosotros, y al contestarles John en español, empieza la conversación.

—¿Qué parte de México conoces? ¿Puebla? La gente de ahí es una peste.

Si esas tenemos, pienso yo, más vale enmudecer. Y enmudezco con tal éxito que al cabo de un momento me creen estadounidense.

— ¿Qué son ustedes dos?, le preguntan a John señalándome.

— Amigos.

— ¿Amigos? ¡Ja!

Alguien sugiere meterse al mar, y allá va el grupo, John y Katy entre ellos. Dos se quedan conmigo.

— You smoke? Muevo la cabeza.

— You drink? Niego por segunda vez.

— ¿Tú crees? Ni toma ni fuma, pero que tal todo lo demás! (Ese “todo lo demás” me pone solferina.)

Como la “amiga del gringo” es la única persona disponible, esa noche en el hotel, soy el éxito de la zarzuela. Uno a uno me sacan a bailar contándome sus proezas.

— Mi tesoro. Y hace el ademán con la capa.

— ¡Oh! — exclamo.

El primero en alcoholizarse se trata de propasar. ¡Con Katy! Ella está feliz, tendrá qué contar a su regreso. Se acaba la pieza y mi pareja le dice a su compañero:

— Ahí te va, para que se las pellizques. (Soponcios que se lleva uno cuando es tan fresca)

Al día siguiente tomamos el barquito que va a la cascada. John se marea, así que no viene. Los muchachos, mareados desde la noche anterior, brillan por su ausencia

En cambio, las chicas todas están a bordo. Simpáticas las viejitas. Como las únicas extrañas somos Katy y yo, entre gritos de gaviotas, la emprenden con nosotros.

— Oye, te oí pedir el desayuno en español.

— Sí, soy mexicana.

— Tus amigos no, ¿verdad?

— ¿Qué son el güero y tú?

Supongo que las candidas mujeres no elucubrarán tanto sobre nuestra relación, y digo: amigos.

Se miran entre sí. Una que otra se santigua.

Llevan a Katy a popa e insisten, ¿Qué son ellos dos? Después de oír repetidas veces “buenos días”, claudican.

Precioso día. El mar tranquilo y la bahía de Mismaloya, un espejo de agua transparente. Llegamos a la playa. Hay que caminar hasta la cascada y la emprendemos. Cruzamos un pueblito alfombrado con puercos. Caminamos y caminamos

por la escarpada cuesta. Un niño se ofrece a guiarnos, pero no tenemos dinero. Se va después de pisar una flor. Uno de los puercos se compadece y nos acompaña. Por fin, cuando cada uno de nosotros es una cascada viviente, llegamos al sitio. Un estanque en medio de una exuberante vegetación. A través de la bóveda de hojas se cuelan diamantes de luz.

Tres gotas caen desde las alturas. Es la cascada.

Regresamos al hotel cansadas y felices.

En el restaurante nos encontramos otra vez con nuestros amigos, que continúan bebiendo como cosacos, supongo que es la manera de desahogar sus frustrados ímpetus de Juan Charrasqueado.

La música invita al baile. “Matilda, Matilda”. . . La animación es general. Decido revelar mi secreto.

— Sun burn, explica uno mostrando los hombros ardidos.

— Si digo yo, realmente estás muy quemado, ponte vinagre, te deja oliendo a ensalada de lechuga, pero refresca.

El hombre me mira, pero no reacciona, ¿será el vino?

Al siguiente le digo que yo jamás me enfrentaría a un toro.

Qué bien hablo inglés, piensa, estoy entendiendo perfectamente.

El más lúcido me ve cantando la canción. Queda pendiente de mis labios.

— Habla un poco de español, se sabe la canción, comenta. John está rojo de risa. Salgo a bailar de nuevo.

— Hablas bastante español.

— Bueno, como tú.

— Pero yo soy mexicano.

— Yo también.

— No tú no.

Nos sentamos. Yo de parto como descosida. Todos miran hipnotizados.

— Es mexicana, les explica John.

— No es posible.

— Si ya decía yo que tenía un gran vocabulario.

— Grande el que tenía, y mayor que lo tengo ahora oyéndoles a ustedes. (Consternación)

— ¿Con que me ibas a pellizcar las qué? Ahora los solferinos son otros. Uno empieza a disculparse. John ríe a carcajadas. Por fin alguien reconoces: te botaste un diez.

De regreso, en el avión, las únicas que hablan hasta por los codos son las chicas. Los muchachos, con caras largas y contritas, semejan niños castigados en sus rincones.

LA HISTORIA DE MI VIDA

Martín González/Taller del Cuento *Puerto de Partida*

Mis primeros recuerdos se hunden tan profundamente en el pasado que es casi imposible recordar algo. Mi padre fue un gran árbol, de esos árboles majestuosos que había antes en el norte de la ciudad y que ahora se han destruido para hacer la zona industrial. Mi madre (a ella la recuerdo mejor; será porque nuestras madres se preocupan más de nosotros que nuestros padres) fue una fábrica de papel. Aunque parezca increíble recuerdo cómo me engendró en aquellos tanques y en aquellos hornos; de los hornos me acuerdo especialmente porque el calor que pasé allí se repitió al poco tiempo, pues el ingeniero que me servía de pediatra dejó de revisar un día la fábrica y entonces se incendió la bodega, pero la cosa no llegó a mayores; si hubiera llegado yo no estaría hablando ahora.

De mi infancia hay recuerdos nebulosos: recuerdo cuando se discutía qué harían conmigo; yo era el DS97, un pedido muy especial, con determinadas características y por consiguiente muy caro. Yo veía los demás embarques que salían de la bodega. Algunos de mis compañeros de bodega fueron enviados a una editorial. Quizás algunos de ellos estén ahora en forma de tesis o de cuentos colorados. Otros, menos afortunados, fueron mandados a un periódico; me acuerdo de ellos porque se quejaban de que escribirían sobre ellos puras mentiras. Había un líder que pensaba que el papel debía protestar cuando alguien escribiera encima de él alguna tontería: ¡Es una lástima! —decía—, nos dejamos que nos pongan encima cualquier estupidez. ¡No nos resistimos! Los papeles somos muy mansos y los humanos se aprovechan escribiendo en nosotros cualquier tontería. Lo cierto es que este lote fue colocado fuera de la bodega para dar cabida a uno nuevo y un día lluvioso se mojó y se estropeó. Me acuerdo que el ingeniero comentó ese día que era una suerte que el lote se echara a perder, pues así se podría poner en los déficits de la compañía y se ahorrarían impuestos.

Pero un día llegó un camión, y he aquí que nos tomaron a todos y nos subieron a él. El viaje fue de pesadilla, frenadas y aceleradas, curvas y rectas. El conductor se empeñó en rebasar a un autobús de servicios urbanos, y cuando estaba a punto de lograrlo resultó que se apareció un perro, el cual sólo pudo aullar un instante antes de que el camión le pasara por encima. El perro quedó tan plano como una hoja de papel; pero eso no importó pues seguimos adelante, después de rebasar al autobús.

Pero lo bueno se acaba y afortunadamente lo malo también se acaba, así que cuando el viaje terminó me sentí muy contento. Además acababa de llegar a mi destino. Como todos los demás estaba muy emocionado y quería saber a dónde me habían traído. Al fin lo averiguamos: habíamos llegado a una imprenta, pero no una imprenta cualquiera, sino a los talleres tipográficos de la I.B.M. Nosotros no seríamos papeles vulgares sino que estudiaríamos en una de las más prestigiosas instituciones.

Lo primero fue la educación primaria; allí se nos dieron los conocimientos básicos. Recuerdo a mi maestro de primaria: era una rotativa. Lo único que le interesaba era que



todos pasáramos entre sus rodillos y él nos llenaba de tinta; si alguno de nosotros se portaba mal, entonces él lo entintaba incorrectamente y después los encargados lo destruirían por estar mal hecho. Pero eso sí, estaba orgulloso de ser rotativa; había que oírlo hablar de los miles de tarjetas que producía y de los cientos de miles de tarjetas que habían pasado por sus manos en los muchos años de estar en la compañía; además, si algo salía mal, era porque la tinta había fallado o el programa estaba mal hecho; si las tarjetas no tenían impreso lo que debían tener, era culpa del que ideó el plan de estudios, nunca su culpa: él se había limitado a imprimir lo que le habían mandado.

Acabó la primaria y llegó la secundaria. Allí el maestro fue una cortadora. Decía que todo cuesta mucho trabajo. Hablaba mucho de la importancia individual y para eso nos separó a cada uno de los demás, cortándonos de la hoja en la que estábamos juntos. Se pasaba la vida hablando de la importancia de su trabajo, de que si él nos cortaba mal entonces seríamos unos inútiles, que teníamos que hacerle el trabajo fácil poniendo todo de nuestra parte, sin resistirnos al corte, es más, debíamos facilitar que nos cortara, pues así se desgastaría él menos y estaría más fresco para cortar más tarjetas.

Saliendo de la cortadora se terminó la secundaria. Fue una ocasión memorable. Se habló del orgullo de clase, después de todo, no todos los papeles tenían la suerte de llegar a ser tarjetas perforadas. Se cantó a coro y se prometió que entre nosotros haríamos todo lo posible para seguir unidos. Pero he aquí que llegó el bachillerato y el profesor pensaba diferente respecto a eso. El profesor de bachillerato era la empacadora: serio, eficiente, atento sólo a su labor, pero eso sí, profundamente sectario. Se empeñó en decirnos que éramos diferentes; que algunos servíamos para irnos a las computadoras de las compañías en contabilidad, otros a los institutos de ciencia para las investigaciones, otros a los archivos de algún lugar, etcétera. No nos convencía mucho, pero teníamos que elegir, así que algunos elegimos una cosa y otros eligieron otra cosa. Para esos momentos quizás alguno de mis compañeros se hubiera arrepentido y pensara retirarse, pero el maestro, para evitar que nos retiráramos, empezó a empacarnos rápidamente, nos reunió en grupos y empezamos a salir. Por un lado salían paquetes de futuros abogados, paquetes de futuros médicos, futuros ingenieros, y así sucesivamente. Pero era un maestro muy malo, pues dentro de los paquetes de futuros profesionalistas metió muchos futuros fracasados y el problema estuvo al llegar a la universidad, pues allí todos éstos fallaron.

El paso siguiente fue la universidad. Mi emoción fue muy grande cuando entré allí. El maestro que me prepararía era el perforista. Diré que hay muchos perforistas: unos son listos y cuidadosos y ponen todas las perforaciones en su lugar y te mandan a cumplir tu deber fuera de la universidad, digo, de la máquina perforadora; hay otros, en cambio (¡Dios te cuide de ellos!) que te perforan mal, y como son tan tontos no se dan cuenta de ello y te tratan como si estuvieras perforado correctamente y te mandan a trabajar a

una computadora, y allí, como no estás bien perforado, empiezas a hacer mal el trabajo, entonces se dan cuenta de ello y lo revisan todo, te buscan como se busca a un criminal y cuando te descubren te agarran y te rompen. Pero eso no es lo peor, sino que lo hacen delante de todos para que te dé vergüenza; pero lo paradójico es que siempre te rompe el perforista y te echa la culpa a ti. Tú no tienes defensa y tienes que aceptarlo todo.

Después de la universidad viene la vida. La vida es la computadora. La computadora es muy buena vida —claro, para los que han llegado allí—. Se la vive uno con clima artificial, poco trabajo pero muy importante, está uno rodeado de gente —digo, tarjetas— que piensan similarmente a como piensa uno, lo cual es alentador.

Recuerdo mi trabajo. Se trataba de representar en la computadora a un alumno que se acababa de inscribir. Entonces conocí a quien ha sido mi socio durante muchos años: la tarjeta de tesorería de ese alumno. Este era un buen tipo, lo malo era que no tenía corazón. Cada mes se tomaba una copa y se iba a imprimir un recibo con el cuento de que era necesario para el bien común, pero un día me cansé de eso y le dije que no lo hiciera y él me contestó: “No seas tonto, si yo dejo de imprimir el recibo tú te mueres, porque te corren de aquí y como ya estás perforado ya no sirves para nada y te tiran. Así que hay que hacer pagar a ese alumno y no me digas nada cuando me dedico a fabricar recibos.”

Fue la única discusión con mi socio, pues como yo llevaba la parte académica del alumno no tenía que hacer lo que él hace. Así que, de aquel día en adelante, nos dedicamos a hablar sobre el fútbol y a comentar de las artistas de cine. Mi socio y yo pasamos tardes enteras discutiendo cómo se vería Sophia Loren con los ojos de Brigitte Bardot, las piernas de Raquel Welch, el ombligo de Elke Sommer y el sombrero de Charles Chaplin.

Pero entonces empecé a preocuparme por el alumno que representaba. El interés nació a raíz de una equivocación con las tarjetas, pues se mezclaron las tarjetas de él, que estudiaba ingeniería, con las de una muchacha que estudiaba psicología. Todo empezó una tarde, cuando llegaron tres tarjetas perforadas al lugar donde yo y los demás nos encontrábamos. Las tres tarjetas eran sumamente raras: una era de Introducción a la Filosofía, la otra de Psicología Industrial, y la tercera de Psicología Médica. Lo que siguió fue un terremoto, Introducción a la Filosofía se puso a discutir con Matemáticas I el teorema de Pitágoras, y cada vez que Matemáticas I hablaba del teorema, Introducción se salía por la tangente, y mientras una gritaba: ¡A cuadrada más B cuadrada igual a C cuadrada!, la otra repetía: ¡Sofisma!, ¡sofisma! Mientras estas dos se apasionaban gritando, Mecánica I le puso un problema a Psicología Industrial:

— Tenemos un plano inclinado con un ángulo teta por donde se desliza un cuerpo de masa conocida: decir en cuánto tiempo se tarda en alcanzar una velocidad igual a v .

— ¿De qué color es el plano? . . .

— ¿Qué importa? . . .

— Mucho, si el que resuelve el problema es ciego al color verde, y el plano es verde: entonces no verá el plano.

— Pero no quiero que vea sino que dé la solución.

— Si no ve el plano se va a frustrar.

— ¡No se trata de ver!, el problema lo resuelve un ciego.

— Eso es muy interesante. Se podrá reclutar el personal de una institución de invidente y así se podrá ahorrar algo, pues los ciegos cobran menos sueldo.

— No me ha resuelto el problema.

— Es que no me ha dado un laboratorio donde resolverlo.

— ¿Un laboratorio?

— Claro, yo uso el método científico, observo y después repito la observación en un laboratorio, haciendo un experimento donde todo lo puedo controlar.

— ¡Usted es un tonto! No es capaz de resolver un problema tan sencillo. ¡Es un tonto, un tonto! . . .

El de Psicología Industrial le dio a continuación un discurso sobre la insatisfacción en el trabajo, así como un pase para ir a ver a un psiquiatra, después de decirle que era un neurótico y que tenía que curarse si no quería sacar una úlcera en poco tiempo. Entonces apareció el de Psicología Médica y dijo que nos iba a curar; nos sentó a todos en círculo y empezó a practicar algo que él llamaba psicoterapia de grupo. Durante algún tiempo todos estuvimos sentados como indios pieles rojas hablando de papá y mamá. Pero mientras celebramos las sesiones dejamos de trabajar y como cualquier hijo de vecino sabe, cuando se deja de trabajar los patronos se empiezan a preocupar, y se ponen a investigar. Así que

la situación duró hasta que llegaron y corrieron de entre los nuestros a estos tres locos.

Antes dije que me empecé a preocupar por el alumno a raíz de esto, y es cierto, que me enteré que era un vago. Eso me preocupó mucho. No me gusta representar golfos. Así, tomé la decisión de hacer saber mi protesta. Primero me dirigí al jefe de las tarjetas perforadas. Este me dijo que mandara un oficio por escrito, pero como las tarjetas perforadas no podemos escribir (este relato lo dicté en cinta magnética) no pude mandar el escrito y tuve que resignarme a seguir representando un golfo.

Por fin, el curso se terminó y nuestro querido representado pasó las materias; pero todas las demás tarjetas contaban que había pasado porque todos sus maestros eran unos trasatlánticos. Contaban el caso patético de un maestro que calificaba las pruebas muy estrictamente (sólo había una pregunta por prueba: nombre del alumno). Otro era más sofisticado a la hora de calificar: sus calificaciones eran dadas en razón de los obsequios que recibía de los alumnos: sumaba el precio del obsequio a la nota del examen, lo dividía entre diez, y de esta manera sacaba la calificación.

Al año siguiente seguí representando al mismo alumno. Ahora no hubo emoción alguna; las mismas caras del año pasado, los mismos chistes malos, la misma computadora. Siguiéron muchos años así. Lo que yo he decidido nombrar la edad de la monotonía. La horrible monotonía de pasar trescientas tarjetas por minuto. Algo así, como autos en una carretera de alta velocidad.

Pero esta edad acabó y con ello mi labor; ahora estoy jubilado y me he vuelto a encontrar con aquellos tres locos y me contaron que la alumna que ellos representaban se ha casado con el alumno que yo representaba. Por esto ahora estoy muy preocupado; no me imagino cómo podrán vivir sin sostener discusiones parecidas a las que sostuvieron esas tarjetas con nosotros. En fin, lo más probable es que pase lo que aconteció con nosotros; es decir, que acaben sentados como indios pieles rojas hablando de papá y mamá.



DULCES SUEÑOS

Luis Rodríguez / Facultad de Ciencias

Despertó de la pesadilla sudando copiosamente y con el corazón batiéndole en el pecho como si quisiera salirse de él. En la oscuridad del cuarto escuchó la voz de su mujer, proveniente de la otra cama:

— No debiste haber cenado tantos pepinillos, siempre te pasa lo mismo.

Se dio una ducha fría y se rasuró cuidando de no cortarse porque aún temblaba de la excitación.

— ¿Qué fue esta vez? —preguntó su mujer mientras él se sentaba a desayunar.

— Era un explorador espacial y me batía a muerte con tres monstruos a la vez —respondió y un olor a huevo frito invadió el departamento.

— Hace tres noches fuiste el Pirata Negro y la semana pasada la pistola más rápida del Oeste. No descansas adecuadamente y después tienes un mal día en la oficina. . . , con lo mucho que necesitamos que te aumenten. De ahora en adelante tendremos más cuidado con lo que cenas.

Antes de irse entreabrió calladamente la puerta de la recámara donde dormían sus dos pequeños hijos. Mientras los contemplaba tiernamente regresaron a su mente los monstruos del sueño y un escalofrío lo obligó a buscar apoyo en la pared. Tan vívida había sido su experiencia.

Ayudado por varias tazas de café fue una vez más el empleado modelo de la oficina, y complacido por su eficiencia el jefe le dedicó una sonrisa. En unos días más le volvería a hablar de su futuro aumento y en un tiempo razonable (estas cosas tardan) seguramente se lo concederían.

Casi al acabar la jornada se acercó al botellón de agua y al estarse sirviendo el segundo vasito una enorme burbuja recorrió el envase ascendentemente provocando un fugaz oleaje en la superficie del líquido. Por un instante sintió que algo oscuro le cubría un ojo y que una sensación de soltura lo invadía, pero sacudió la cabeza y todo volvió a la normalidad. Antes de salir telefoneó a su mujer y ella le dictó una lista de abarrotes que surtió en el supermercado de abajo. Al encaminarse hacia las cajas registradoras sintió que algo pesado le colgaba de la cadera derecha y que un tintineo se producía cada vez que daba un paso. Un empujón de otro cliente le hizo comprender apenado que el sonido provenía realmente de las cajas que marcaban precios en forma incesante. Cenó frugalmente con su mujer sentada al lado y vieron televisión solos, los niños dormían. Finalmente se cambiaron para la que sin duda sería una noche de descanso reparador.

Esperó hasta que estuvo totalmente seguro de que su mujer dormía y abandonando el lecho sigilosamente sacó de una de las bolsas de su saco el frasco de pepinillos. Los devoró casi sin mascarlos, de dos en dos. Se acostó sonriendo en la oscuridad, eructó, y cerró los ojos fuertemente.

LOS BUENOS Y LOS MALOS

Miguel Angel López Vélez / Escuela de Arquitectura

a María Encarnación

Somos tres buenos amigos que vivimos muy felices. Habitamos un planeta de distinta concepción de los conocidos. En nuestro planeta, la característica fundamental que nos diferencia de los demás es el sexo. No tenemos sexo, lo cual nos permite entregarnos a una actividad intelectual sin menoscabo de ninguna pasión retrógrada. La procreación está a cargo exclusivamente de los animales. El producto recién formado se somete a un período de adaptación social, en el cual se condiciona al individuo mediante una serie de estímulos externos programados por un centro de control. Pasado este período, que dura unos seis o siete años, hay un nuevo ser dispuesto a vivir de una actividad intelectual cualesquiera, siempre y cuando se interaccione con el momento histórico.

No hace mucho tiempo un niño de apenas nueve años, se dedicó a la fabricación de androides hermafroditas (mente masculina y físico femenino); él argüía que eran necesarios para compensar la actividad intelectual con la actividad visual, ya que estábamos a punto de romper el equilibrio. Todos se mostraban escépticos al respecto y como argumento en contra se le decía que sí había equilibrio en nosotros, sin peligro de romperse; que el único peligro inminente que podría provocar un resquebrajamiento en el equilibrio visual e intelectual era la creación de androides hermafroditas, con los que se daría rienda suelta a los falsos sentimientos, producto de la vanidad y el

egoísmo, y se vendría abajo la evolución alcanzada con respecto a los demás planetas del sistema. Se discutió muchos años. En ese transcurrir de tiempo el niño creció, y al crecer abandonó sus instintos de rebajar la pasión intelectual a un mero juego entre los sentidos y el espíritu; desistió cabalmente y se dedicó a comerciante. Y fue en esa actividad donde descubrió su verdadera capacidad de intelectualizar sobre los objetos que vendía y, aún más, a presentar los objetos con los que comerciaba como el método de una sublime congregación social. Tuvo mucho éxito y progreso, y no pasado mucho tiempo llegó a establecer un gran almacén de infinidad de artículos. El mismo diseño del edificio obedecía a un razonamiento, de tal modo que los ascensores formasen laberintos, para producir en los visitantes una actividad mental retroactiva, con el fin de incrementar el sistema comercial interno del almacén. Casi siempre triunfaba sobre los visitantes. Su capacidad intelectual tenía una flexibilidad de tal grado que, si no convencía, embaucaba; logrando con ello el prestigio del intelectual más práctico del planeta Heras. Tanto demostraba su capacidad que, incluso, a los mejores ladrones del planeta lograba vencerlos. Nada podía detenerlo. Los intelectuales lógicos iban frecuentemente en un afán de descubrir la clave de operación de tal sistema, pero nunca lo lograban y siempre se veían obligados a salir con enormes bultos. Todos sabíamos, o intuíamos, que habían sido

sus ideas de niño las que habían influido en tal sistema intelectual de ventas; asimismo, muchos, o mejor dicho, todos, ignorábamos cuál había sido el paradero de los androides hermafroditas, un tanto imperfectos, que construyera en su niñez. Hay quien aseguraba que tenía a varios colocados estratégicamente, bien disfrazados, dentro del almacén, de modo que sin que los asistentes lo notaran, ejercían una notable influencia sobre ellos, obligándolos a comprar. Esto, obviamente, no era leal; ya que la actividad intelectual estaba mediatizada en este caso, por el magnetismo de los androides hermafroditas.

Por estas razones, mis amigos y yo; que no hacíamos otra cosa que intelectualizar sobre la desintelectualización de los demás, decidimos entregarnos a la tarea ardua, de poner al descubierto el sistema por medio del cual operaba el más grande almacén del planeta Heras. Los demás habitantes del planeta nos llamaban los intelectuales inútiles; ya que nuestra actividad a nadie interesaba, porque a nadie le estremecían nuestros conceptos. Pero eso no era motivo suficiente para distanciarnos de la comunidad; permanecíamos más cerca que otros.

En la primera oportunidad que nos dirigimos al almacén del planeta, imaginamos un plan de ataque (como un juego de ajedrez): mover una ficha, esperando el movimiento del contrario según su muy natural afición. Y después, ¡ya!, el golpe certero. Lo importante no es el fin por el fin; sino el fin por los medios. Al llegar al almacén nos dividimos, tal y como estaba planeado. Mis amigos entraron a uno de los pisos y yo les esperé. Pasaron los primeros minutos y salió el primero de mis amigos, el cual me entregó un pequeño envoltorio, el segundo, por igual; volvió a salir el primero a darme un envoltorio mayor, el segundo, también. La operación mecánica y sincrónica se repitió a lo largo de toda la tarde hasta que llegó la hora de abandonar el almacén tal y como lo teníamos planeado. Cuando estuvimos lejos del almacén nos detuvimos a cuantificar los objetos robados. Eran muchos y reímos de que, por esta ocasión, habíamos logrado ser más inteligentes que los dependientes del almacén; aunque, si bien es cierto, había resultado tal y como lo deseábamos, ya que logramos despertar la sospecha entre varios dependientes con nuestra actitud misteriosa y rebuscada. Todo marchaba bien. Al día siguiente volveríamos

y, entonces sí, pondríamos en alerta a todo el personal del almacén y, lo más difícil, tendríamos que vencerlos nuevamente, para lograr al tercer día el primer objetivo de nuestro plan de ataque. Así fue. La imaginación siempre debe estar en posibilidad de sobrepasar a la misma inteligencia. Lo logramos, al tercer día entramos los tres en el almacén; de inmediato nos dimos cuenta que, al menos por ese día, éramos la atracción de los dependientes del almacén, que nos seguían a donde quiera que íbamos, esperando que repitiéramos los robos anteriores para pillarlos y declararnos "rateros, vencidos por la inteligencia del sistema". Pero no habríamos de caer por el lado que ellos quisieran, sino por el contrario; debían caer por el lado que nosotros quisiéramos. Entramos en los ascensores y fue así, como pusimos en práctica la siguiente parte del plan: Jugar en los ascensores; usar el juego de ellos, aprovecharnos de todos sus sistemas de defensa, pero ahora tomándolos como un sistema de ataque. Nos movíamos separados en los laberintos de los ascensores. Los dependientes trataban de situarnos, de perseguirnos, de agruparnos, de no perdernos de vista. Estaban cayendo en el juego... De aquel inocente correteo en el que ellos esperaban que les diéramos el gran golpe, cuidaban los objetos de venta en la tienda y descuidaban los que no estaban en venta, por ejemplo sus objetos personales: Carteras con fichas de compra, cintas de programación indispensables para el desarrollo cotidiano de su existencia, transmutadores y algunas cosas más. Vaya que si logramos bien nuestro objetivo, cómo reímos esa tarde. Estábamos demostrando que la inteligencia lo único que necesita para expresarse es un motivo en que aplicarse. Supongo que a ellos no les hizo gracia el que les hayamos hecho tantas cosas tendientes a destruir su sistema de ventas. Y me imagino que al día siguiente estaban dispuestos a aprehendernos a como diera lugar, y que por lo tanto estarían esperándonos; pero también estaba planeado que los siguientes días no iríamos al almacén para crear en ellos mismos un sistema de autodefensa, o sea, hacerlos permanecer en tal estado de tensión durante varios días hasta hacerlos caer en un extremo de debilitación imaginativa, cosa que aprovecharíamos para entrar, buscar y encontrar lo que deseábamos: androides hermafroditas y tal vez algunas

cosas más que por el momento desconocíamos, pero que estábamos seguros de que existían, como una gran cabeza que organizara todo desde el centro. Ya que las mentes de todos los habitantes del planeta, teníamos un control que eliminaba los sentimientos de fraude a hipocresía, para permitir que nos enfrentáramos en igualdad de condiciones intelectuales. Según nuestro plan, debían transcurrir siete días antes de volver al gran almacén. Mientras tanto discutíamos nuestro próximo plan de acción. En realidad, cualquier conjetura era aventurada. Al séptimo día de espera nos acicalamos perfectamente y partimos hacia el gran almacén. Al llegar, se comentó nuestra presencia, pero nadie osó decirnos algo o reprocharnos nada. Alguien, que parecía ser un directivo, se nos acercó cortésmente y nos invitó a hablar con el director general; aquel tipo que de niño fabricara androides hermafroditas; aceptamos porque era una de las posibles etapas de realización de nuestro plan. Fuimos conducidos ceremoniosamente, por un ascensor laberíntico que desconocíamos, y llegamos a un lugar en donde había animales no muy parecidos a los de nuestro planeta, aunque sí nos eran identificables; había árboles, los cuales tampoco existían en nuestro planeta; y los androides. Allí estaban los androides hermafroditas, vestidos de una forma nada común: lienzos de tela brillante uncidos a las delgadas piernas, cubriendo la cadera una faldilla plisada, por cinto una franja de metal dorado, el corpiño de tela translúcida que dejaba notar unos voluminosos pechos: el pelo muy largo y los rostros muy bonitos pero muy frágiles. Una voz melodiosa y fuerte nos llamó la atención.

— Es lo que buscan, ¿o no?

— Sí, sí, claro.

Estábamos total y visiblemente trastornados.

— Han demostrado ser muy inteligentes; el sarcasmo de sus operaciones me ha dejado pasmado, y es la razón por la que

he decidido invitarlos a formar parte de la sociedad rectora del gran almacén del planeta Heras. Por esto los he recibido en este lugar, para que descubrieran lo que querían descubrir; y lo hago sin temor, porque estoy seguro que, como las personas más inteligentes del planeta Heras, sabrán aprovechar la oportunidad que les ofrezco.

Verdaderamente nos sentíamos cautivados en ese lugar; los androides nos magnetizaban embelesándonos.

— Sí, sí. . . estamos conscientes de ello.

Tal vez un error de nuestro plan era no haber considerado tal posibilidad de encuentro y, sobre todo, en tales circunstancias. Habíamos caído en nuestra propia trampa, pero al mismo tiempo nos ofrecían no tomarla en cuenta siempre y cuando nos asociáramos a la organización. Pensamos por un momento que al decir sí, no nos comprometeríamos y dimos el sí; aceptando participar en lo sucesivo en la organización, la cual, había que reconocerlo, estaba muy bien planeada. El recibió con agrado nuestra aceptación, y con una amplia sonrisa nos llevó por un camino oscuro y delgado hasta llegar a una puerta de color café. Antes de entrar, nos dijo solemnemente.

— Nos hemos desequilibrado entre lo visual y lo intelectual, la organización de este sistema pretende ser la compensación. Van a conocer a la verdadera cabeza de la organización; al mismo tiempo, al ser presentados aceptarán la participación dentro del sistema del almacén y recibirán los medios para ejercer tal poder.

Asentimos con la cabeza y se abrió la puerta: de un manzano se descolgó una gran serpiente con una sonrisa maliciosa; no nos conmovió, aunque las desconocíamos en el planeta Heras; pero tuvimos la sensación de que empezaba a metérsenos por la cabeza y que nos descendía por la caja torácica y que comenzaba a salirnos por debajo del ombligo. Nos miramos abajo del ombligo y la serpiente sonreía socarronamente. Habían triunfado.



ENTREVISTA AL TALLER DEL CUENTO

JAIME AVILES Y CARLOS CHIMAL

Cada miércoles a las siete en punto de la noche, en una silenciosa estancia del Departamento de Difusión Cultural de la Universidad, se lleva a cabo la celebración de una reunión de trabajo a nivel estudiantil, en la que participan jóvenes con inclinaciones literarias para mostrarse sus últimos textos, intercambiar sus pertenencias culturales o defender sus convicciones políticas. No se trata de un gimnasio platónico o de un refugio de conspiradores sino, simplemente, de una pequeña convención de aprendices en la que siempre se obtiene algo novedoso y se pasa un buen rato. El género que aquí se trata es el cuento, los temas son infinitos, lo que se cuida es el oficio, la calidad depende de cada uno.

Cuando alguien cree descubrir cierta vocación por la palabra se embarca, solitariamente, en uno de los más angustiosos viajes existenciales. A pesar de que la soledad es necesaria para la creación, es también, sin embargo, nociva para la evolución de un autor porque mantiene dormida la facultad de la autocrítica: tal facultad sólo puede despertarse desde fuera. Esta es, pues, una de las principales funciones del taller que dirige Miguel Donoso Pareja: arrojar fuera del limbo a las nuevas promesas, señalarles sus posibilidades, tocar sus defectos. Es un trabajo de grupos, a veces alguien cae hecho trizas, a veces alguien acierta, los jueces son los mismos acusados. Cuando cada uno de los miembros exploya su veredicto acerca del texto en discusión, Donoso da la sentencia: los consejos quedan sobre la mesa y, quien lo guste, puede guardarlos o no.

En las últimas sesiones la actividad ha sido reorganizada. Miguel Donoso ha ideado un sistema de trabajo un tanto cuanto meteorológico: la creación del cuento por atmósferas (terror, misterio, sorpresa, humor, etcétera). Así, una noche enuncia las características de determinado ambiente y, a la siguiente semana, sólo se leen trabajos de ese corte. Para subrayar sus explicaciones, Donoso utiliza la lectura de obras de autores que dominen la materia. Para ilustrar la imagen de un cuento con final inesperado sirvió, por ejemplo, *El infierno tan temido*, de Juan Carlos Onetti o *La arañita Pucuntú que casi se queda viva*, de Salarrué, para el cuento humorístico. Este tipo de trabajo además de crear oficio, es una forma de culturización que ha sido bastante aceptada. Esto se ve en la asidua asistencia de los integrantes, el taller se siente como remozado.

En fecha próxima *Punto de Partida* publicará un volumen que recogerá una selección de los mejores cuentos logrados dentro del taller. La presente entrevista se realizó el

pasado 22 de agosto y tiene como fin el de mostrar, a grosso modo, cuáles son las ideas generales que prevalecen dentro del grupo.

— Por ejemplo, tú: ¿qué motivos tienes para asistir al taller, qué esperas obtener de esto?

— Yo vengo al taller —dice Javier— en busca de un ambiente de escritores, de un lugar donde tenga la satisfacción de ser leído, de confrontar mis ideas y además donde pueda superarme por medio de la crítica de los compañeros.

— Bueno —interviene Luis Rodríguez—, pero creo que también nuestros intereses son meramente utilitarios. O sea, aquí le damos un trato más que nada artesanal a nuestros trabajos. — ¡Sí claro! —, vuelve, pero todo eso depende de la capacidad personal de creación, me parece.

— ¿Qué es más importante, la técnica de contar una historia o la historia misma?

— ¡Tú escribe lo que quieras, como quieras y como mejor puedas! —dice Luis Villoro en un desplante jaggeriano.

— Sí, sí —dice Elena Millán—; pero creo que debe existir un equilibrio, pues la historia está ligada con la técnica en cuanto al propósito que le tengas destinado; quiero decir, si con tu historia tratas de causar tal o cual efecto según la técnica que empleas, el camino por el que lleves tu argumento, te acercas más al punto que te trazaste como llegada. —La técnica depende de lo que quieras decir o dar a entender —especifica hablando lentamente Helena Urrutia—. Cada historia tiene su técnica, en el momento que escribes estás en busca de una eficacia personal, necesitas construir tus propios elementos para decir lo que tienes pensado; pero directamente con la pregunta, me parece que es más importante el argumento.

— ¿Dentro de la crisis universitaria, desempeña alguna función la literatura?

— Mira, pienso que toda crisis busca su solución o, mejor, busca la solución al problema que la produce y en tal caso, la literatura tal vez invente soluciones o no ofrezca ninguna —dice Roberto Mares—; pero su deber, en todo caso, es reflejar la crisis misma. Creo que la crisis afecta, principalmente, a los jóvenes, a los que la estamos viviendo —dice Elena. La literatura no produce crisis pero la crisis sí mueve a la creación literaria.

— Relativamente —dice Luis Rodríguez—. El dos de octubre produjo una literatura pésima, es más, yo no podría llamarla siquiera literatura, es una moda un poco trágica pero que no cuenta con elementos literarios, es más bien una especie de crónica, sí, se acerca más a la crónica, pero lamentablemente es una crónica que no trabaja en función del documento histórico sino en función del sentimentalismo.

— Yo pienso que la crisis sí puede producir literatura —dice Helena Urrutia—, pero a largo plazo, cuando la impresión brutal se desvanece, cuando queda el juicio crítico, neutro, imparcial.

— Sí —dice Luis— cuando el tiempo produce una modificación sutil de los hechos, una traducción a material literario.

— Claro —remacha Helena. No se puede escribir por rencor. Eso es peligroso. No, pero un acontecimiento tan crudo como lo fue Tlatelolco necesariamente deja una huella en el escritor, lo cambia, lo marca, aunque sea inconscientemente.

— ¿Cuál es actualmente la función de la literatura?

— Indudablemente —contesta rotundo Roberto Mares— es la de despertar el interés de la gente por el desarrollo humano, tanto político como social, cultural, etcétera. Además la literatura es una forma de invitar a la imaginación, de tocar la imaginación.

— ¿Dentro de literatura latinoamericana, existe un futuro para el cuento?

— El cuento —dice Luis—, es la forma idónea de literatura: breve, directo, inclusive práctico. Yo no sé por qué no se ha producido un boom cuentístico. Bueno, no me tomes mucho en serio, pero sí, el cuento debe superar a la novela desde un punto de vista mercantilista. Considera que una novela le pide al lector medio un tiempo que va de los cinco días al mes. Un cuento, a lo mucho te quita media hora. La novela es, digamos, una forma literaria mucho más envolvente, quizá más densa, en cambio el cuento es más rápido, más digerible —cierra Luis el puño sobre la mesa.

— ¿Pero crees que una novela te deje más huella?

— Yo no creo que la novela por su extensión —continúa Luis— tenga necesariamente que dejarte una huella más profunda que un cuento. Digo, estoy hablando de literatura, de literatura de calidad, por supuesto —termina Luis Villoro— y Donoso coincide en esto.

A lo largo de toda la conversación, Donoso, como siempre, estuvo haciendo acotaciones al margen pero nos prohibió, terminantemente, que publicáramos una sola palabra suya. "Esto es de los alumnos", concluyó.

EL NAHUAL

Suplemento de arte Dramático de
Punto de Partida, revista de los
estudiantes universitarios.
Año III, número 15



NAHUAL, en su sentido primitivo se deriva del vocablo náhuatl *nahua-lli*, secreto, misterio; porque el nahual era un sacerdote que introdujo los *misterios* de la vida y de la muerte. En otra de las acepciones de su amplio significado, *nahual* quiere decir máscara.

CRITICA

La necesidad de crítica, que cronológicamente somete al hombre y sus problemas, hace que los jóvenes autores dentro de la Literatura Dramática en Latinoamérica, vayan revelando su medio social ligado a una determinada expresión artística, que, paralelamente a los cambios políticos, pueda recrear esto desde el melodrama burgués, que lleva al humano a una verdadera catarsis, para generar posteriormente un escape hacia la farsa y el teatro simbólico, que buscan nuestra realidad en elementos mágicos, intentando ascender por el escalón del ideal humanista y continuar la búsqueda del ser.

La creación dramática nos enfrenta con un lector poderoso de inteligencia, al que se le descubre el mundo de esta literatura que no se avergüenza de eludir la estética para dar el contenido humano en sus datos más conmovedores, que muestran como única posibilidad de libertad la de cambios en los sistemas de gobierno; así, el teatro nos lleva últimamente a piezas que en su desarrollo nos hubieran parecido panfletarias, pero una vez digeridas por el público consciente, nos van descubriendo un universo pletórico de sugerencias. Recordamos obras de modesta intención pero fuertes en señalar una conducta monstruosa, unida a la imposibilidad de ser felices que nos plantea esta lección social en su evolución a través de la última década.

"El hombre es solitario, y cuando se acerca a la muerte, hace un sumario de la comprensión que lo ha rodeado; pero nadie, solamente él mismo lo ha entendido."

“ COMO LAS LIANAS ”

DRAMA ORIGINAL DE: IGNACIO CRISTOBAL MERINO LANZILOTTI

México, D. F., 1960

Para María del Carmen Millán

PERSONAJES

Una Sombra.

Don Manuel: Jefe de familia. Edad: cincuenta años.

Dolores: Segunda mujer de don Manuel y madrastra de Angélica, Manolo y Fernando.

Angélica: Hija de don Manuel. Edad: diecinueve años.

Luisa: Hermana de la primera mujer de don Manuel. Edad madura.

Manolo: Primer hijo de don Manuel. Edad: veinte años.

Fernando: Hijo de don Manuel. Edad: diecisiete años.

Una sala amplia en una casa de estilo francés, lujosamente amueblada; cortinajes, espejos, cuadros y candelabros elegantes completan el elegante aspecto de la sala. Una vistosa araña cuelga en el centro del salón.

En el extremo derecho, lados del público, hay una escalera de mármol con alfombra en el centro. En la parte alta está el mezzanine en el que se ven las puertas de las recámaras, dos de ellas son funcionales, la del extremo izquierdo y la del centro. En el proscenio se supone una chimenea de la cual sólo vemos la base, como si el resto hubiera sido quitado para dar cabida al público. La estancia se alumbra por un tragaluz que hay en el techo. Se nota recortada, dando la impresión de que fue separada una parte de la casa. Los bordes son irregulares y las dos puertas laterales del primer plano no aparecen, quedando únicamente los marcos. Hay una balaustrada que rodea el borde del mezzanine y la escalera rematada al final por un pedestal con una pequeña estatua de mármol que representa "El incendio de Borgo" (escultura original de Bernini).

Al fondo está una puerta de cristales que da salida al jardín de la casa; en el extremo izquierdo, primer plano, se halla la salida principal. En el lado derecho se ve la entrada que da al despacho y al interior de la casa.

ACTO PRIMERO

ESCENA 1

INVIERNO

Al empezar la acción suenan agudamente las campanadas de un reloj de la iglesia cercana, que da las diez de la noche. El jardín de la casa está iluminado por un pequeño farol que se apaga de pronto y deja a la escena únicamente con la tenue luz que se filtra por el ventanal blanco situado al lado de la escalera. Una mujer vestida con traje de invierno, de la cual vemos solamente la sombra, camina cabizbaja por el mezzanine y desciende seguidamente por la escalera hasta el primer plano donde, tosiendo, se detiene un instante. Vuelta hacia nosotros, se limpia los ojos con un pañuelo y hace esfuerzos por contener el llanto, y afuera suenan las pisadas de unos caballos. Luego, se ve la sombra que se dirige con paso rápido hacia la puerta del jardín, y al llegar a ella titubea sin decidirse a salir. El sonido del viento de la calle parece detenerla, pero al fin desaparece en la oscuridad. El ruido de un coche de caballos indica que éste se aleja; hay un momento de silencio y nuevamente se oye el sonido del coche que regresa cuando el reloj da las dos de la mañana. Por la puerta del jardín entra un hombre maduro, con semblante de angustia y tristeza. Sube lentamente la escalera y luego se dirige a la puerta del extremo izquierdo y la abre de un golpe. La luz que sale de la recámara aclara un poco la escena y se ve al hombre cogido del barandal mirando hacia abajo, que dice algo en voz muy baja, apenas perceptible.

Don Manuel: Dios mío. . . (Hay un oscurecimiento total.)



ESCENA II

Han transcurrido cinco años. Comienza la primavera. La escena se va iluminando paulatinamente como si estuviera amaneciendo. Un reloj con campanadas graves anuncia las dos de la tarde. Por la izquierda aparece Dolores, una mujer muy atractiva.

Dolores: (Cesa la música. Arriba se abre la puerta de enmedio y sale Angélica vistiendo bata como de pintor. Baja corriendo, pero al llegar a mitad de la escalera se detiene y se asoma mirando hacia abajo.) ¡Buenos días, Angélica! (Dice sonriente.)

Angélica: ¿Y mi papá? . . . ¿Ya regresó?

Dolores: No, pero pronto vendrá a comer. Yo he querido llegar antes. (Angélica hace el ademán de regresar apresuradamente.) ¡Espera, no subas todavía, quisiera hablarte! . . .

Angélica: (Indiferente, se detiene.) ¡Está bien!

Dolores: Pero ven acá, hija, que a esta distancia no me vas a oír.

Angélica: (Baja muy molesta.) ¡Es muy importante?

Dolores: Quizás no lo sea; pero debo hablar contigo.

Angélica: ¿Y cree usted que hay algo que hablar?

Dolores: No debes tomarlo de ese modo.

Angélica: ¿Cómo quiere que lo tome?

Dolores: Has cambiado mucho. . . cuando yo te conocí no eras así conmigo.

Angélica: Es cierto, he cambiado mucho. ¡Y esto me duele, porque no ha sido por mi gusto!

Dolores: Eso es precisamente lo que quiero aclarar. No creas que estando en contra mía vas a ganar algo.

Angélica: Yo no estoy en contra de nadie. Simplemente no estoy de acuerdo.

Dolores: Y me estás creando una situación desagradable. Además no hay razón para que me echés toda la culpa a mí.

Angélica: Pudimos corregir a Fernando de otra manera, sin que mi padre se enterara, y así le hubiéramos evitado ese disgusto.

Dolores: Pero tú sabes que eso no hubiera sido posible porque no fue la única vez que tu hermano robó.

Angélica: ¡Usted no puede comprender nada! . . . ¡Sólo una madre puede darnos la dirección que necesitamos y desgraciadamente nosotros ya no la tenemos!

Dolores: ¿Y a qué crees que he venido yo? . . .

Angélica: (Indignada.) ¡No siga, por favor! . . . ¡Usted no puede saber lo que siento cuando me habla así! . . . ¿Y supone usted que podría reemplazar a. . .?

Dolores: (Cortando.) ¡Vamos, Angélica! Tú ya eres una mujer. ¡Comprende que no podemos llorar toda la vida la pérdida de los seres que hemos querido! Yo he venido aquí aceptándolos a ustedes tal y como son. Y quisiera que me tuvieras confianza, que me llegases a querer tanto o más que a una madre.

Angélica: ¡Eso no podrá ser nunca!

Dolores: ¿Por qué?

Angélica: ¡Madre únicamente es la que da el sér! La madre lo es todo cuando se es chico. . . ¡Y usted ni siquiera sabe lo que es eso!

Dolores: (Cabizbaja.) Entonces. . . ¿No estás dispuesta a transigir conmigo?

Angélica: Yo soy sincera, no tengo por qué guardarle rencor. ¿Acaso se lo he tenido antes?

Dolores: Es cierto, pero ahora soy yo quien te pide que me ayudes. Tú eres la mayor y me comprenderás mejor que tus hermanos. Las cosas se han puesto imposibles y yo ya no quiero hacerme responsable de ellos.

Angélica: ¿Ya se cansó de decir que va a educarnos? No me explico cómo es que ahora me ruega que la ayude, si todavía ayer cuando yo le suplicaba como una tonta que no acusara a mi hermano con mi padre, se negó a escucharme. ¡Ni siquiera le impor-

tó! ¿Y ahora, cree tan fácil convencerme con una pequeña plática para obtener mi apoyo?

Dolores: Aquello fue distinto. La situación me obligó a obrar así.

Angélica: Sí, también ahora la situación la obliga a solicitar mi ayuda, y mañana puede obligarla a darme con la puerta en las narices.

Dolores: ¿No comprendes que si te hubiera escuchado me habrías convencido, impulsándome a obrar contra mi conciencia? ¿Créeme, tenía el deber de acusar a tu hermano!

Angélica: (Triste.) ¿No le pedía que lo hiciera por mí, ni por él; sino por mi padre. . . por esta casa y por la conservación de mi familia.

Dolores: (Sin contenerse, excitada.) ¿Tu hermano es un ladrón! ¿No vale la pena que sigamos hablando de él!

Angélica: (Cegada.) ¿Qué es lo que quiere que le conteste?

Dolores: (Reflexiva.) ¿Perdóname! . . . Pero es que cada vez que me acuerdo que sacaba el dinero de la caja fuerte, me exalto mucho.

Angélica: (Conteniendo el llanto.) El no es malo. Todos lo sabemos. Le ha faltado cariño, comprensión. . .

Dolores: No te engañes. Ahora ha sido en su casa, pero después, sabrá Dios. . . Ya tiró por ese camino y acabará mal. Además, no tiene remedio, porque (con deliberada intención) . . . ¿Pues porque lo lleva en la sangre! . . .

Angélica: ¡Cállese, por lo que más quiera! . . . (Corre hacia arriba, mostrando una amarga expresión de indignación. Entra a su recámara.)

Dolores: ¿Espera! . . .

ESCENA III

Doña Luisa: (Apareciendo por la izquierda.) ¡Vamos! . . . ¿Qué es lo que pasa aquí, Dolores? ¿Desde que usted llegó lo ha trastornado todo!

Dolores: ¡Vaya! ¿Hasta que al fin estalló la vieja tía y me voy a enterar de lo que piensa!

Doña Luisa: ¿Pues sepa que si hablo no será porque quiera platicarle, sino porque no estoy conforme con lo que sucede! He esperado prudentemente que todo cambiara antes de intervenir; pero yo conozco a mis sobrinos desde que nacieron y me doy cuenta de lo que sufren y. . .

Dolores: ¿Qué están sufriendo, dice?

Doña Luisa: ¡Y verdaderamente no es justo! ¿Cuando usted vino, todos la recibimos con los brazos abiertos, pero, al fin de cuentas, está resultando que había antes de su llegada.

Dolores: Está usted insinuando que yo soy la causante. ¿No es verdad?

Doña Luisa: No deja de ser curioso que en vida de mi hermana Angeles, hasta cuando estaba muy enferma, nunca hubieran ocurrido esta clase de disgustos tan frecuentes ahora. Y aun después de muerta, sus hijos hicieron honor a su memoria, comportándose como es debido. Y tengo la seguridad de que su ejemplo, a pesar de todo, seguirá sirviéndoles de guía.

Dolores: ¡Sí, ya lo están demostrando! ¿Sobre todo Fernando no se ha hecho esperar!

Doña Luisa: Usted sabe muy bien cómo decir las cosas de un modo que duela a los demás.

Dolores: Sí, ¿eh? . . .

Doña Luisa: Fernando es un buen muchacho, un poco despreocupado, pero tiene un gran corazón. Y si usted le tiene mala voluntad es porque no ha querido comprenderlo.

El, en cambio, le tenía mucha simpatía cuando usted y Manuel se casaron; pero apenas usted se sintió con derecho, se puso muy estricta con él.

Dolores: ¿Y le parece mal, siendo que he puesto, al fin las cosas en orden? No va a negarme que antes no había dinero porque lo gastaban escandalosamente. Sin embargo, debí suponer que censurarían mi afán de vivir con presupuesto moderado.

Doña Luisa: Es que se ha excedido en la medida, y por eso ha orillado a Fernando a cometer tantas tonterías. Cuando se pone un remedio hay que prever también sus consecuencias.

Dolores: ¡A ver si piensa usted que me va a enseñar!

Doña Luisa: No señora, no pido tanto. Pero sí creo que no hace bien en llevar las cosas tan lejos.

Dolores: No sé que quiere decir con *tan lejos*.

Doña Luisa: Que no me imagino qué propósitos busque provocando tantos problemas. No quisiera convencerme de que las dificultades por las que pasan mis sobrinos son premeditadas.

Dolores: Pues me extraña que piense eso, sabiendo que nadie más que ellos son responsables de lo que hacen sin mi consentimiento. ¡Además, ya me tiene harta con sus desavenencias! ¡Y si todo les sale mal es porque así viene de siempre!

Doña Luisa: Pero no será a usted a quien le corresponda juzgarlos. Y se lo repito: ¡Va muy lejos, y no le aseguro que le salga bien!

Dolores: ¡Sí que está bueno eso! Sabe que cuando habla me hace pensar más en las muchas consideraciones que tengo?

Doña Luisa: ¿Consideraciones? ¡Angeles sí que les tenía consideraciones a sus hijos!

Dolores: Por lo visto doña Angeles será la razón de que nunca nos entendamos.

Doña Luisa: ¡Eso es su envidia! ¡Que aún haciendo lo que quiera, nunca podrá ocupar su lugar!

Dolores: ¿Envidia? ¡Pero qué cosas dice! ¿Quién puede tenerla de algo menos que un recuerdo?

Doña Luisa: Ella no es simplemente un recuerdo. Para sus hijos, cuando se sintieron solos, fue un lazo de unión y esto los obligó a comprenderse, a ver la importancia del cariño que debían tener dentro de su hogar.

Dolores: ¡Muy sentimental! . . . ¡Pero muy tonto! En estos tiempos ¿quién cree en esas cosas?

Doña Luisa: No es cosa de tiempos, sino una cualidad independiente de las circunstancias o del interés.

Dolores: Virtud que, por lo visto, también les inculcó doña Angeles. ¡Qué optimismo tiene si piensa que sólo heredaron lo bueno!

Doña Luisa: Desde hace mucho tiempo trato de descubrir sus intenciones.

Dolores: ¿Por qué no dice entonces que son ustedes los que me odian a mí?

Doña Luisa: Tal vez porque usted se nos ha adelantado a decirlo.

Dolores: ¿Ve cómo son ustedes los que van demasiado lejos? Yo no sé odiar a nadie. Me gusta ver las cosas como son y las juzgo tal como me parece, aunque quizás tampoco esté en lo cierto.

Doña Luisa: Por una parte admiro que sepa defender sus conveniencias, pero. . .

Dolores: También usted defiende las suyas, y no se lo reprocho. Ni me molesta tampoco que piense que he venido a quitarle lo que les pertenece y traten de evitarlo. Sin embargo, ¿cree usted que a estas alturas necesite yo quitarle algo que no tenga?

Dolores: Se aferran a la idea de que me casé con Manuel únicamente por interés, mas debieran darse cuenta también que llega un momento en la vida en que eso no constituye razón suficiente para mantener unidas a dos personas.

Doña Luisa: ¿Quiere decir que creamos entonces que se casó sólo por amor?

Dolores: (Turbada.) Para casarse no es condición indispensable estar enamorada.

Doña Luisa: Puesto que usted la elude, déjeme que sea yo quien conteste mi pregunta.

Dolores: ¿Por qué quiere acorralarme? Todos lo saben muy bien claramente. Me casé con él, apenas conociéndolo, porque deseaba salir de España. Tenía la ilusión de conocer América algún día. La mayor parte de los españoles que han venido, no regresan precisamente con las manos vacías. Manuel era mi única oportunidad y no iba a desperdiciarla. Yo también le interesaba a él, porque me necesitaba. Por eso, después de su segundo viaje a España nos casamos por poder. De modo que si alguien

tiene algo que reprocharme es él a quien corresponde hacerlo. ¡Y ya ve que no lo hace!

Doña Luisa: No lo hace porque piensa que todos somos felices y que la concordia reina en esta casa.

Dolores: Y así es. ¿O supone usted que sucede lo contrario?

Doña Luisa: Por lo menos eso es lo que pienso por la serie de complicaciones que usted provoca constantemente. Quizás esté equivocada y por eso he venido a hablarle, pues creo que aún está a tiempo de evitarle un serio disgusto a Manuel, y ya que usted quiere el bien de todos, estoy segura de que lo hará.

Dolores: Si se refiere a lo de Fernando, le advierto que eso ya no está en mis manos. Por lo tanto, no puedo ya interceder por él.

Doña Luisa: (Pausa.) ¿Y tampoco lo hubiera hecho cuando tuvo ocasión de hacerlo?

Dolores: ¡No!

Doña Luisa: (Triste.) Veo que no ha tenido caso que me molestara en hablar con usted.

Dolores: Y me gustaría que tampoco se moleste en tratar el asunto con Manuel, pues yo creo que nada logrará.

Doña Luisa: Pensamos lo mismo. Sólo que usted ya logró lo que quería y tal vez sea ya tarde para mí el poder evitarlo.

Dolores: ¡Evitarlo! Eso es lo que digo yo. Pero ya es muy tarde, sin duda, como acaba usted de decir. Eso le correspondía hacerlo a la madre de Fernando cuando vivía.

Doña Luisa: (Volteando, después de hacer una pausa.) ¡Qué fácil es hablar así de los demás! ¡Siempre, siempre suele uno equivocarse! (Saliendo.) ¡Se lo suplico, discúlpeme! (Se va por el fondo y sale por la puerta del jardín.)

Dolores: (Molesta, al sentir cortada la conversación, mira salir a doña Luisa y luego camina hacia el reloj a ver la hora.) Las dos y media. . . (Arregla el suyo poniéndolo a tiempo, y sale por la derecha. Suena una campanada.)

ESCENA IV

La sala ha quedado sola. Angélica sale de su habitación llevando un vestido primaveral. Se acerca al barandal, asomándose y después de descubrir que no hay nadie, desciende cabizbaja por la escalera. Don Manuel, por la izquierda, se detiene a verla.

Angélica: (Al notar la presencia de su padre, baja de un salto los pocos escalones que le faltaban y emocionada lo abraza cariñosamente.) ¡Papá! . . .

Don Manuel: ¡Cálmate, hija! (Sonriendo.) ¡Pero qué nerviosa eres! Anda, anda, avisa que ya he llegado para que me sirvan la comida.

Angélica: Si, papá. (Corre, feliz hacia la derecha.) ¡Delfina, ya llegó mi papá! (Voltea rápidamente al percibir que don Manuel camina hacia la izquierda.) ¡Papá! . . .

Don Manuel: (Deteniéndose.) ¿Qué es ahora?

Angélica: Quería hablar contigo. . .

Don Manuel: ¡Vaya! Ya será después.

Angélica: Espera, papá. Tiene que ser cuanto antes. Cuando lleguen los demás no será posible.

Don Manuel: ¡Qué tono de seriedad! ¿De qué se trata?

Angélica: Tú siempre me has dado todo lo que he querido, incluso, lo que no te he pedido. Pero ahora se trata de algo más importante para todos. Sé lo que ha hecho Fernando y quisiera que tú. . .

Don Manuel: Te ha pedido él que hablaras conmigo, ¿verdad?

Angélica: No papá. El no quiso que yo hiciera nada. Está avergonzado.

Don Manuel: Preferiría que fuera él quien se dirigiera a mí. A ti jamás te he negado nada y sentiría que en este momento sufrieras una decepción.

Angélica: El no me ha dicho nada; soy yo quien quiero hablarte. Sé muy bien que te ha disgustado lo que hizo; pero también sé que puedo aclararte las cosas.

Don Manuel: No me pidas que lo perdone, porque no voy a hacerlo. Lo que ha hecho no tiene disculpa.

Angélica: ¡Papá, te lo suplico! . . . (Llorando.) ¡Aunque nunca me concedas ninguna otra cosa!

Don Manuel: ¡Es un canalla! (Abrazándola.) Mira que hacer que tú. . .

Angélica: ¡Pero si él no sabe nada!

Don Manuel: ¡No, no lo perdonaré! A mí me duele más que a él pero es necesario que escarmiente. Tal vez algún día recapacite, entonces comprenderá su error y regresará arrepentido.

Angélica: Quisiera saber qué te han contado, para hacer que comprendieras que hablo por cuenta mía y no por encargo de él. (Mirándole a los ojos.) ¡Papá, tienes que creerme!

Don Manuel: (Enternecido.) Comprendo lo que sientes, porque yo también lo he sentido hace un momento en mi despacho cuando quise hablar con él. Traté de entenderlo, de conversar sinceramente de padre a hijo. El estaba ofendido, no aceptaba que haber robado dinero de la caja fuerte fuera tan grave. Se rebelaba contra todo lo que yo pudiera decirle, como si alguna vez hubiera sido injusto con él. (Angélica se sienta, muy deprimida.)

Esperaba su propósito de enmienda, aunque únicamente dijera que aceptaba sus errores. Deseaba que me pidiera perdón con sus propios labios. Pero no, respondía indiferente, como si no le importara.

Angélica: Es muy orgulloso, todos lo sabemos.

Don Manuel: Yo sólo quería su arrepentimiento, que comprendiera mis razones, pero se negó a ello. ¡Y pensar que sólo con su intención de arrepentirse hubiera bastado para perdonarlo!

Angélica: ¡Y si no fuera culpable? . . .

Don Manuel: ¡Cuánto hubiera dado entonces para convencerme de ello! ¡Aun cuando me engañaran! . . . El no quiso doblegar su orgullo ni a la verdad ni al respeto.

Angélica: Yo quisiera verlo, hablar con él. Tal vez sí. . .

Don Manuel: ¡Fernando ya no volverá!

Angélica: ¡Papá!

Don Manuel: ¡Le he dicho que se marchara y que nunca volviera a esta casa!

Angélica: ¡No, no es verdad! ¡Dime que no hiciste eso! (Pausa. Don Manuel baja la cabeza y retrocede hacia atrás. Angélica reacciona desilusionada y camina hacia adelante.) ¡Ya no importa entonces! ¡Ya no importa! (Llorando.) Cuando se fue mi mamá, tú nunca nos dijiste por qué se había ido. Luego supimos que había muerto y que su última voluntad era que la recordásemos siempre y que jamás nos peleáramos, para que todos unidos fuéramos una familia como ella la había soñado. Cuando la enterramos, yo le juré que cuidaría de todos, y le pedí a Dios que me diera fuerzas para hacerlo.

Le prometí que cumpliríamos sus deseos para que nunca se olvidara de nosotros y nos protegiera.

Don Manuel: ¡Angélica! (Volviendo la cara lentamente hacia ella.) Yo tampoco quería que Fernando se fuera; pero sabía que iba por muy mal camino y no podía castigarlo de ninguna otra forma.

Angélica: ¡Si mi mamá viviera, todo habría sido distinto! ¡No piensas que estando solo, sin ningún apoyo, será peor para él y obligado por la necesidad se extraviará todavía más? ¡Por qué no me dejas buscarlo y hablar con él?

Don Manuel: ¡No, Angélica, de ese modo, no! Si él regresa, será distinto.

Angélica: Los has corrido de la casa y no regresará. Tú lo sabes.

Don Manuel: El dinero que robó era de todos ustedes, tuyo y de tus hermanos. Era lo que les correspondía de la herencia de tu madre.

Angélica: ¡No me importa perderlo! ¡Lo importante es que estemos juntos siempre!

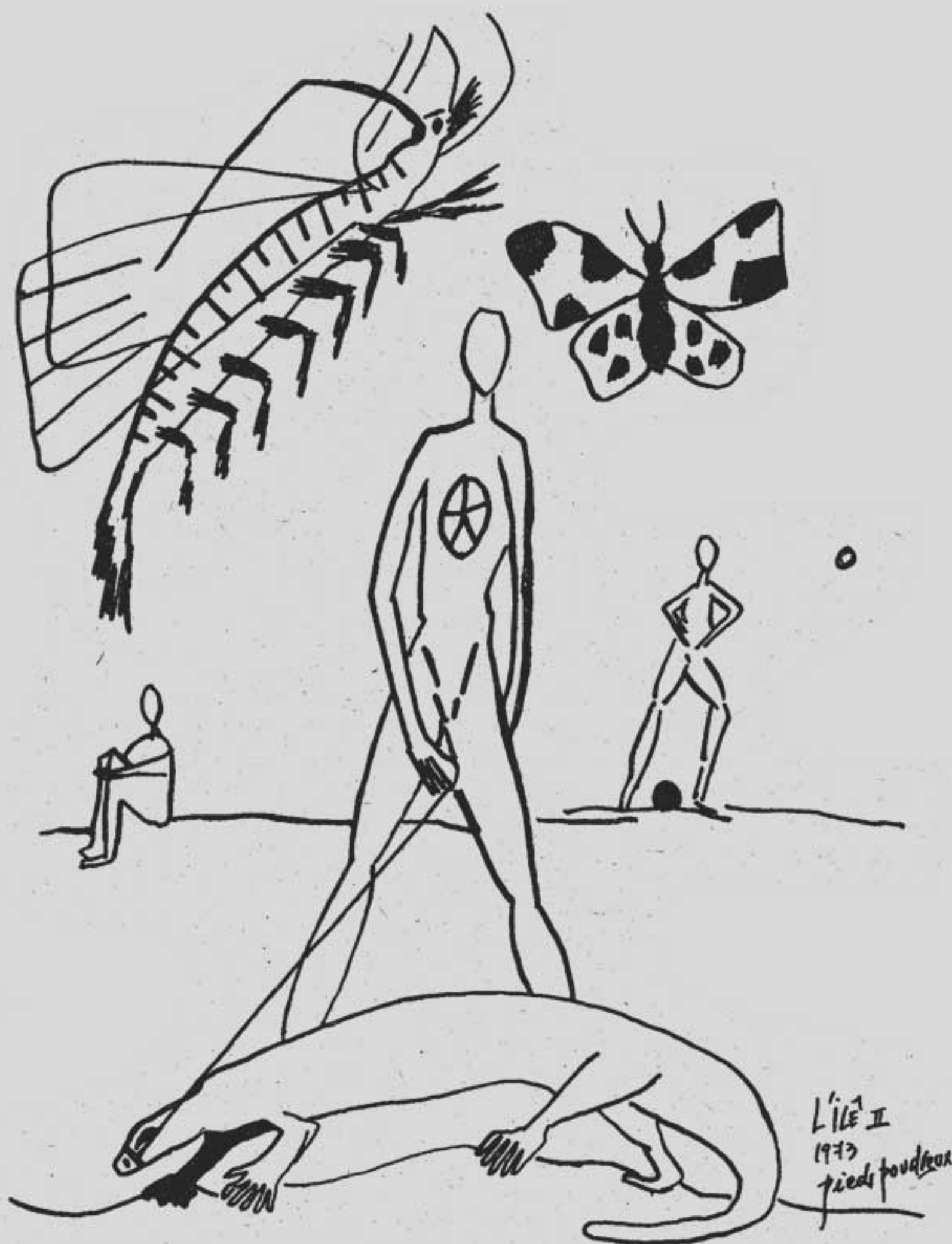
Don Manuel: Yo tampoco quería que nos separáramos. ¡Y menos de esta manera!

Angélica: ¡Déjame ir a buscarlo, papá! ¡Déjame ir! Yo sabré cómo convencerlo.

Don Manuel: (Enérgico.) ¡No, porque así no lo recibiría! Tiene que venir por su propia voluntad, arrepentido, dispuesto a reparar su falta. ¡Si no es así, más vale que nunca vuelva!

Angélica: ¡Así no vendrá! (Da la espalda y empieza a subir; se detiene y se vuelve.) ¡Ya no importa! ¡Entonces ya no importa, papá! (Llora, cogida al barandal. Don Manuel la contempla con tristeza. Mientras tanto va bajando el telón.)

FIN DEL PRIMER ACTO



PRIMER CUADRO

ACTO SEGUNDO

VERANO

ESCENA I

Son las cinco de la tarde. Suena un frenón de coche al fondo. Pasan unos instantes y se oyen las risas de Dolores que parece sentirse feliz. Luego entran por la puerta del jardín —ella y Manolo conversando. Manolo es un muchacho de carácter muy serio.

Dolores: Por lo que veo nunca aprenderé a manejar ese automóvil.

Manolo: Es cuestión de práctica. Ya no lo hace tan mal como piensa. Pronto podrá manejarlo usted sola.

Dolores: ¡Qué triste me voy a sentir entonces!

Manolo: ¿Triste? ¿Y por qué?

Dolores: Me va a hacer falta tu compañía, Manolo.

Manolo: (Muy molesto.) ¿Sí? Bueno, yo tengo que irme. Me esperan unos amigos. Le dejo las llaves del coche sobre el piano.

Dolores: Espera, no te vayas aún.

Manolo: Ya le he dicho que unos amigos están esperándome. Además he estado con usted casi toda la tarde.

Dolores: ¡Bueno, si es más importante para ti la conversación con unos amigos! Ellos podrán esperarte un momento, pienso yo.

Manolo: Está bien. ¿Qué es lo que quiere?

Dolores: ¡Hombre, no te pongas tan serio!

Manolo: Ya no quiero seguir hablando tonterías.

Dolores: ¿Tonterías? ¡Qué fácilmente menosprecias los sentimientos sinceros! ¡Hasta en eso te pareces a tu padre!

Manolo: ¡Siempre haciendo comparaciones!

Dolores: (Provocativa.) Muchas veces son necesarias cuando queremos dar a entender algo y no nos atrevemos.

Manolo: No la entiendo.

Dolores: No quieres entenderme, que es muy diferente.

Manolo: Lo que no quiero es equivocarme entendiéndola mal.

Dolores: ¡Tú sabes lo que deseo!

Manolo: (Separándose bruscamente.) ¿Cómo puede ser tan despreciable?

Dolores: ¡Manolo!

Manolo: ¡Qué poco ha sabido darse su lugar!

Dolores: (Dándole la espalda.) Nunca creí que llegara a oír eso de ti.

Manolo: ¡Usted únicamente cree que puede hacer lo que quiere!

Dolores: Yo tengo la culpa de que me juzgues mal. No debí darte tanta confianza. Me he equivocado. ¡Ni tú ni nadie la merecen!

Manolo: No es confianza lo que usted me ha estado brindando porque los buenos sentimientos no le interesan. Esta tarde, sus intenciones no han sido tan puramente limpias como para que ahora pretenda ofenderse.

Dolores: No se trata de intenciones limpias o sucias. ¿Por qué te extraña que me fije en ti? Ten en cuenta que tú tienes treinta años menos que tu padre. ¿Pero es que no comprendes que yo tengo ilusiones e inquietudes y que no puedo tener un sosiego impropio de mi edad?

Manolo: ¡Qué cinismo! ¡No respeta a nadie! ¿Por qué no pensó en eso antes de casarse con mi padre?

Dolores: Sí, lo pensé, pero tuve mis motivos para casarme. Yo no hago las cosas únicamente por capricho.

Manolo: ¡Sí, ya veo que sólo le importa una cosa: el egoísmo desenfrenado de acapararlo todo, el dinero, la alegría de los demás! ¡Todo! ¡Lástima que tenga que respetarla por el respeto que debo a mi padre!

Dolores: ¡Te arrepentirás, Manolo! ¡A mí nadie puede despreciarme en esa forma! No tendré ninguna consideración cuando tú necesites algo de mí.

Manolo: ¿Qué puede usted hacer en contra mía? No la necesitaré para nada.

Dolores: Sí, muy seguro. ¡Ya habrá tiempo!

Manolo: No, no lo habrá. Ahora sé quién es usted; siento que no se haya manifestado así desde el principio, porque me hubiera ido de aquí enseguida. Antes que vivir en este ambiente prefiero irme a cualquier parte.

Dolores: ¡También tú te quieres ir! Eres un desagradecido. Y si te vas no esperes nuestra ayuda. No tienes motivos serios para irte así. Esta es tu casa y todo es tan tuyo como de tu padre. ¡Pero aquí, no lejos de nosotros!

Manolo: ¡No sea hipócrita!

Dolores: (Lo mira secamente.) ¡Cómo es verdad que nadie escarmienta en cabeza ajena! . . . A tu hermano Fernando hubo que echarlo y tú, aunque por otras causas muy distintas, te vas por tu voluntad, pero al final de cuentas para ser un perdido como él. No hay duda que cada quien busca el lugar que merece.

Manolo: (Crispa los puños y hace ademán de ir hacia ella, pero reflexiona y se contiene.) ¡Es muy cierto! Y no conviene señalárselo a nadie por anticipado, pues la vida se encarga de hacerlo a su tiempo. ¡Y lo hace con todos! (Se dispone a salir.)

Dolores: No era mi intención. . .

Manolo: No, su intención era solamente que alguien la viera entrar. (En la puerta.) Aquí están las llaves de su automóvil. . . ¡Y búsquese un chofer que pueda servirle! (Arroja el llavero sobre un sillón y sale.)



ESCENA II

Dolores: (Ofendida, comienza a subir la escalera, encontrándose arriba a doña Luisa que la observa fijamente.) ¡Estaba usted ahí? ¡Entonces lo oyó todo! (Doña Luisa baja la escalera cruzándose con ella sin contestar a su pregunta.) ¡No irá a decirle esto a Manuel! (Baja un escalón y la alcanza.) ¡Verdad?

Doña Luisa: (Volviéndose, la mira fijamente.) ¡Tienes miedo de que lo haga?

Dolores: (Nerviosa.) ¡No, miedo no! Porque no es lo que usted se imagina.

Doña Luisa: (Siguiendo bajando hasta llegar a la sala y Dolores la sigue.) ¡Entonces qué es?

Dolores: Usted no pensará que. . .

Doña Luisa: (Cortando.) Mi imaginación no vuela tanto como la suya.

Dolores: ¡Claro que no, porque en ciertos casos vuela bastante más!

Doña Luisa: ¡Tanto temor tiene? ¡Está actuando de un modo que cualquiera diría que ha hecho algo malo!

Dolores: ¡Yo no, pero los demás son capaces de levantarme una calumnia en cualquier momento!

Doña Luisa: Los demás no siempre actuarían como usted lo haría.

Dolores: No la entiendo.

Doña Luisa: No, no podrá entenderme. Usted obra sólo guiada por sus pasiones egoístas. Se ha encerrado en sí misma ahogando sus buenos sentimientos. Pero todo será en vano, porque aunque usted alcance lo que se ha propuesto, se hallará sola y seguirá sintiendo el vacío, el vacío que ha sentido siempre.

Dolores: Usted no conoce la vida y ello no me sorprende, porque no se casó y ha vivido siempre encerrada, bien protegida, no sabe lo que son pasiones egoístas de que ahora habla con supina ignorancia. Pero el día que quede abandonada y no sepa ya qué hacer, descubrirá lo que es odio, egoísmo, ambición y tantas otras pasiones. ¡Ay, amiga mía, cuando usted va, yo ya vengo!

Doña Luisa: Lástima que no pueda ver lo que hay en su camino. Se defiende de todo por temor a perder algo, incluso en el caso de que alguien le ofreciera ayuda.

Dolores: ¡Ayuda? . . . ¡Pero quién ofrece ayuda si no es previendo un beneficio?

Doña Luisa: ¡Se analiza a sí misma? Ya ve cómo para conocer la maldad no he necesitado salir de esta casa ni quedar desamparada. Ni tampoco mis sobrinos, que ya empiezan a ver la vida con un sentimiento distinto de la justicia y la bondad del que antes tenían. Han perdido su tranquilidad y miran al porvenir con inquietud.

Dolores: Ya era tiempo de que se enfrentaran con la vida.

Doña Luisa: Ellos no contaban con la lucha dentro de su propia casa a la que creían como el único lugar para refugiarse.

Dolores: También yo creí que podría refugiarme aquí, claro que de diferente manera.

Doña Luisa: Cuando buscamos protección no debemos atacar a quienes nos la dan, porque nunca volverán a brindárnosla.

Dolores: Seguramente porque ya no estarán en condiciones.

Doña Luisa: Usted ya no habla con el más mínimo recato. Al fin ha sacado a relucir quién es. Nos ha engañado. No obstante le aseguro que se arrepentirá.

Dolores: Se equivoca. Hagan lo que hagan, sabré defenderme.

Doña Luisa: (Saliendo.) ¡Siempre sabrá defenderse de todos menos de usted misma!

Dolores: (Deteniéndola.) ¡No pensará decirle a Manuel que me vio con su hijo! A él le molesta mucho. Sería preferible que no lo hiciera. Además, no hay necesidad. . .

Doña Luisa: Claro que ya no tiene caso. Manolo prefiere irse voluntariamente antes de que usted termine por desatar los celos de su padre y hacer que éste lo eche. El mismo hubiera marchado sin necesidad de tanta maquinación para obligarlo a salir.

Dolores: No sin antes reclamar y exigir dinero a su padre, mortificándolo.

Doña Luisa: No deja escapar un detalle.

Dolores: Quizás Manolo se lo pida pronto, pero para entonces ya será tarde. (Sacando de su bolso una moneda de plata.) ¡Yo he venido por los "Aztecas", y los "Aztecas" me he de llevar!

Doña Luisa: Es un mal final para la plata mexicana. (Va hacia la puerta.)

Dolores: Espere. Ahora que usted lo sabe todo. . .

Doña Luisa: No, ahora es cuando me doy cuenta que ignoro todo. ¡Es increíble!

Dolores: De todas formas no le permitiré que hable con mi esposo. (Se miran fijamente.)
¡Sí, mi esposo! ¡Porque es mío, nada más! No crea que he tenido noticias de que cuando murió su hermana, usted intentó aprovecharse de la situación. ¡Aunque sin ningún resultado! . . .

Doña Luisa: ¡Qué despreciable es usted!

Dolores: ¿Acaso porque he logrado lo que usted no pudo?

Doña Luisa: ¡Ya estoy cansada de escucharla! ¡No quiero seguir soportándola!

Dolores: ¡Primero me escucha! No quiero que hable con Manuel, ¿lo oye? Y para nuestra tranquilidad, le conviene más irse a vivir a otro lado.

Doña Luisa: Habla de tranquilidad y mantiene un infierno en su conciencia.

Dolores: ¡Eso no le importa! ¡Atrévase a descubrirme y me conocerá realmente.

Doña Luisa: ¿Quién me prohíbe hacerlo? ¿Usted, la intrusa?

Dolores: (Brusca.) Llámeme como quiera, no me importa. (Doña Luisa le da la espalda y se alejan por el jardín.) Escúcheme, estoy dispuesta a arreglarlo; pero no vaya al negocio a hablar con Manuel.

Doña Luisa: ¿Arreglarlo, cómo? ¿Perdiendo con dolor parte de sus monedas? ¡Yo nunca tengo esa clase de arreglos!

Dolores: ¡Más le vale que no vaya! Si habla con él no dude que soy capaz de todo.

Doña Luisa: No tendrá que molestarse, porque no voy al negocio, sino al cuarto pequeño del fondo del jardín. En un momento recogeré mis cosas y me iré.

Dolores: No le creo. Quiere engañarme.

Doña Luisa: ¡Qué pena me da, no sabe necesitar de nadie!

Dolores: ¡Comasión, no! ¡Lo oye? ¡Todo antes que su maldita ayuda!

Doña Luisa: Desgraciadamente aunque quisiera ya no podría dársela.

Dolores: ¿Qué dice?

Doña Luisa: No tiene que preocuparse. No voy a delatarla porque. . . ¡Ya lo hice!

Dolores: ¿Ha sido capaz? ¡Usted es peor que yo todavía! Debí haberla puesto en la calle desde el principio.

Doña Luisa: ¿De qué se queja, si de cualquier manera usted ganó? ¡Aunque no sea justo!

Dolores: (Irritada.) ¿Se burla?

Doña Luisa: (Indiferente.) Anoche la vi entrar en camisón al cuarto de Manolo, y eso sí ya no pude tolerarlo. Esta mañana no pude soportar más su manera de ser ni sus pretensiones y decidí decírselo todo a su esposo. (Sentida.) ¡Sí, su esposo nada más!

Dolores: ¿Qué quiere decir?

Doña Luisa: Que al fin es solamente suyo.

Dolores: ¡Acabe de una vez!

Doña Luisa: Fui y hablé con él, quise abrirle los ojos, pero fue inútil. Estaba descontrolado y me dijo que era lógico, que era muy lógico que yo, siendo hermana de su primera esposa, sintiera una ciega antipatía por usted que ocupaba un lugar irremplazable para mí.

Dolores: ¡Vaya! De modo que. . .

Doña Luisa: Que sería más conveniente, dijo, que me fuera a vivir lejos de aquí por el bien de todos, y que por los gastos no me preocupara.

Dolores: (Riendo cínicamente.) ¡Tiene suerte, no le faltará con qué vivir!

Doña Luisa: También le expliqué a su esposo que no quería dinero, ni tampoco la mensualidad que me ofrecía. No quiero darle a usted el gusto de que me la quite después —echándome en cara hasta el tiempo que pasé aquí antes de su llegada.

Dolores: (Cesa de reír, pero luego continúa haciéndolo.) ¡Magnífico!

Doña Luisa: (Llorando.) Por eso ahora voy a recoger mis cosas, que no son muchas, unos cuantos vestidos, algunas fotografías, recuerdos inservibles, pero hermosos. Sin embargo, si usted los quiere también, ¡puede quedarse con ellos y con todo! (Se va sollozando y su sombra se pierde en el jardín. Dolores regresa caminando, dando grandes muestras de desprecio. Ríe pausada y cruelmente. Ya calmada, sube la

escalera, y al llegar al mezzanine, estalla riendo estruendosamente. Las luces se desvanecen y el telón baja lentamente.)



SEGUNDO CUADRO

FIN DE OTOÑO

ESCENA I

El reloj de las ocho de la noche. Don Manuel, vestido con una bata de casa, se encuentra mirando hacia el jardín. Dolores que viene de la calle, aparece por la izquierda.

Dolores: ¡Manuel! (Se quita los guantes y los deja junto con su bolsa sobre un sillón.)
¿Por qué has bajado?

Don Manuel: ¡Me sentía tan solo allá arriba! Sé que no te gusta y que el doctor ordenó que no me moviera para nada, pero quise bajar a ver si me distraía aquí en la sala.

Dolores: ¡Vamos! (Acercándose.) No te conviene jugar con tu salud.

Don Manuel: ¡Yo ya no me aliviaré!

Dolores: ¿Por qué dices eso?

Don Manuel: Ustedes procuran curarme con medicinas, y no se dan cuenta que si me siento así es porque he perdido las esperanzas que tenía en mis hijos. ¡Han sido un fracaso! Quizás yo tenga la culpa de haberlos consentido demasiado. ¡No pensé que sólo los hacía interesados!

Dolores: No te pongas triste, Manuel. Así son los muchachos.

Don Manuel: ¡Tanto como yo necesito su compañía! Ya ves, Angélica se casó hace dos meses y nunca ha vuelto a esta casa. Comprendo que tiene que hacer su propia vida, pero al menos debieran acordarse de su padre.

Dolores: Son egoístas. En cuanto vieron que no te necesitaban, se fueron sin que les importaras. Ultimamente les he dicho que estás enfermo, muy enfermo, pero como si no. Hasta la misma Angélica que tanto parecía quererte.

Don Manuel: ¡No, ella no!

Dolores: ¡También! Ni siquiera quiso la fiesta que le prometimos para su boda; todo por no aplazar la fecha. No cabe duda que ella también ansiaba irse.

Don Manuel: ¡Yo tuve la culpa de que ella se fuera!

Dolores: Todavía tienes a Luis. Es muy chico y puede educársele como es debido.

Don Manuel: También se está olvidando de mí. Desde que está internado en Puebla ya no viene los fines de semana.

Dolores: Me gustaría tenerlo en casa; pero esas amistades que tenía lo estaban haciendo como Fernando. A los quince años es una edad muy difícil. Gastaba el dinero a manos llenas, sin tener en cuenta nuestra situación actual. No quería entender que tu enfermedad está acabando con nuestros recursos económicos.

Don Manuel: ¿Y por qué no me lo habías dicho?

Dolores: No quería preocuparte. En el negocio las ventas han disminuido mucho. Hasta he tenido que reducir la servidumbre a dos criadas y al chofer. A mí no me importa si tenemos que vender todo; sólo me interesa que tú te pongas bueno y sano.

Don Manuel: Te sacrificas demasiado por mí, Dolores.

Dolores: Es lo menos que puedo hacer y me gustaría quedarme contigo, acompañándote siempre.

Don Manuel: No, ya te he dicho que prefiero que te distraigas saliendo con tus amigas.

Dolores: Eres muy bueno, Manuel. Tal vez, demasiado.

Don Manuel: Además, me gusta que me cuentes todo lo que pasa por ahí. Y a propósito, no me has dicho nada de lo que sucede últimamente.

Dolores: Pues poca cosa. La colonia organiza una fiesta para la semana próxima. Por cierto que... (Don Manuel contempla absorto la pequeña estatua de la escalera sin prestarle atención.) ¡Manuel! ¿No me estás escuchando?

Don Manuel: ¿Eh? Perdona, yo. . . Pero nada, sigue contándome.

Dolores: Ni siquiera te enteraste de nada de lo que he dicho. ¿Qué tiene esa figura de mármol que tanto miras? Siempre me ha extrañado verla ahí encima. ¿Qué significa?

Don Manuel: Se llama "El incendio de Borgo". Es copia de una escultura muy famosa de Bernini. Angélica la vio en Roma y se empeñó en comprar esta imitación. Representa a un hombre huyendo de un incendio ocurrido en esa ciudad. Lleva a su hijo cogido de la mano y a su anciano padre a cuestas, salvando así a los dos de la catástrofe. Angélica decía que sería un símbolo para ella y sus hermanos.

Dolores: ¡Comprendo! ¡Tus hijos! ¡Siempre ellos! Sin embargo, yo. . .

Don Manuel: Son cariños distintos. Tu estás a mi lado y me haces muy feliz. En cambio, ellos están lejos.

Dolores: No merecen tanta indulgencia de tu parte, son unos desagradecidos. (Camina y se le humedecen los ojos.) ¡Pero, claro, a mí me tienes segura, porque te quiero!

Don Manuel: (Tomándole las manos.) Yo también te quiero Dolores. Y tu cariño es ahora mi mayor consuelo.

Dolores: (Mimosa.) Unicamente me gusta estar contigo. ¡Me siento tan sola por ahí! Oye, Manuel, ¿no te acuerdas de nuestra tierra? Me parece que si volviéramos a España seríamos muy felices. Añoro tanto sus costumbres, sus gentes. . .

Don Manuel: ¡Claro que me acuerdo! Pero ya he perdido las esperanzas de regresar.

Dolores: ¿Por qué? Venderíamos todo aquí y con el dinero compraríamos una finca en el campo, cerca de Madrid. ¡A mí me gusta tanto el aire y los árboles! Con una vida tranquila te repondrías y yo ya no me sentiría tan triste.

Don Manuel: Tienes razón. A mí tampoco me gusta vivir en la ciudad.

Dolores: ¡Ahora es tan fácil viajar! No nos llevaría mucho tiempo llegar a España. Desecha los recuerdos que te retienen aquí, donde no hemos podido ser completamente dichosos.

Don Manuel: No precipites las cosas. ¡Yo ya nunca veré mi tierra! Pero no me entristece, porque también me siento parte de México y he aprendido a quererlo, igualmente.

Dolores: Entonces, ¿no te gusta la idea?

Don Manuel: ¡Cómo no me va a gustar! ¡Pero es que tengo tantos recuerdos aquí! México es un país diferente. Tienes que conocerlo bien y verás que entonces te sentirás como en España.

Dolores: ¡Odio a este pueblo, a sus gentes, a sus calles, a todo!

Don Manuel: ¡Aún así, nos quedamos, porque yo espero a mis hijos! ¡Sé que regresarán!

Dolores: ¡Eso no ocurrirá nunca! ¿Qué es lo que necesitas de ellos? Me tienes a mí. Yo te quiero. (Con coraje se dirige hacia la estatua.) ¡Esa estatua!

Don Manuel: ¿Qué vas a hacer?

Dolores: (Deteniéndose.) Iba a romperla, pero no lo hago por ti. ¡No sé por qué me pasa todo esto!

Don Manuel: ¡Cálmate! ¡Nunca te había visto así!

Dolores: Me desespera que sufras tanto pensando en tus hijos, mientras para mí no tienes más que indiferencia. ¡Qué ironía! Esa figura representa al hijo salvando a su padre, y en la realidad, si ocurriera alguna desgracia, tus hijos nunca se acordarían de ti. Te abandonarían a tu suerte.

Don Manuel: ¡Mira al hombre de la estatua, cómo además de su padre también salva a su hijo llevándolo de la mano! ¡Quién sabe si también mis hijos están necesitando que yo les tienda la mía! (Dolores no se contiene y arroja la estatua al suelo, que se hace pedazos. Luego camina atemorizada de espaldas a don Manuel, que se ha quedado mudo de asombro.) ¡Dolores! ¿Por qué lo hiciste?

Dolores: (Se vuelve anegada en lágrimas.) ¡Porque tengo celos!

Don Manuel: ¿De mis hijos?

Dolores: Sí, porque ellos me han despreciado y te han abandonado por haberte casado conmigo.

Don Manuel: ¡Nunca debiste romperla! (Va hacia la escalera.)

Dolores: ¡Manuel! ¡No, Manuel, no subas sin decirme nada! ¡Perdóname!

Don Manuel: No debías ser tan violenta.

Dolores: ¡Perdóname! (Se agacha a recoger los pedazos.) Podemos pegarla, o si no compraremos otra igual.

Don Manuel: No, déjala. No vale la pena preocuparse más.

Dolores: ¡Manuel! (Al depositar los pedazos sobre una mesita descubre un anillo que llama su atención.) ¡Qué hacía este anillo ahí colgado del brazo del anciano?

Don Manuel: (Se acerca y lo toma.) Era de mi esposa. Se lo regalé hace veinte años, cuando nació Angélica.

Dolores: ¡Qué bonito es! ¡Son brillantes, verdad? No sabía que estaba ahí.

Don Manuel: Ahora pertenece a Angélica. ¡Qué muchacha! Se ve que lo olvidó. Tampoco ha venido a recoger otras cositas que eran de su madre y que le tengo guardadas.

Dolores: ¡Sí? ¡No sabes qué avergonzada estoy contigo!

Don Manuel: ¡Por qué?

Dolores: Por todo lo que te dije hace un momento. Pensarás que yo no quiero a tus hijos.

Don Manuel: No te preocupes, comprendo que ellos no han correspondido.

Dolores: Después de todo, yo también empiezo a quererlos.

Don Manuel: Es muy noble de tu parte.

Dolores: Quisiera tener un recuerdo de ellos. Especialmente de Angélica que es la mejor de todos. Porque sé que únicamente dándoles a ellos un sitio en mi corazón me renovarás tu confianza.

Don Manuel: Mis sentimientos para ti serán siempre los mismos.

Dolores: (Tomando de nuevo el anillo.) ¡Por qué no me das el anillo? Lo quiero como un recuerdo para probarte que en los sucesivos ya no tendré celos de ellos.

Don Manuel: ¡Oh, es una joya muy sencilla!

Dolores: Yo no la pido por lo que valga, tú lo sabes. Es con otra intención.

Don Manuel: No puedo dártelo. Los demás no lo entenderían.

Dolores: No tienen por qué saberlo. Angélica ni siquiera se ha dado cuenta de que lo dejó ahí. Te apuesto que piensa que lo ha perdido. Ya ves, tampoco se ha mostrado interesada en las otras cosas.

Don Manuel: ¡No, ya te he dicho que no puedo!

Dolores: (Cariñosa, le da un beso en la frente.) ¡Sólo este anillito, anda!

Don Manuel: ¡Tú sabes de quién fue!

Dolores: Sí, ya lo sé ¡De ella! ¡Ella separándonos para siempre!

Don Manuel: No digas eso.

Dolores: Nunca debiste casarte conmigo.

Don Manuel: Yo te necesito.

Dolores: Y no eres capaz de darme un gusto.

Don Manuel: Bien sabes que deseo verte feliz, que no sé que haría sin tu cariño. Quiero darte todo lo que pidas, ¡pero eso no!

Dolores: ¡Comprendes que tengo razón? Mi error ha sido quererte demasiado, hasta el grado de olvidarme que tú has vivido otra vida y que entonces fuiste más feliz que ahora conmigo. ¡Yo, en cambio, sólo he conocido la felicidad a tu lado!

Don Manuel: (Enternecido.) ¡Tómalo! Guárdalo y que nadie se entere. Si reclamaran tendrían razón, porque están en su derecho. (Le aprieta las manos y ella toma el anillo.)

Dolores: (Cabizbaja.) No, siendo así, yo prefiero otra cosa. Primero están tus hijos. Sólo era un capricho.

Don Manuel: No, no, quédatelo. ¡Crees que no veo que sufres a mi lado, que no sé lo que dicen de ti los demás? Toma el anillo como el recuerdo que tanto quieres, pues a ti te pertenece tanto como a Angélica. Estoy seguro que si ella lo supiera todo, también te lo daría. (Le pone el anillo.)

Dolores: ¡Gracias Manuel! (Se asoma a la ventana y ve la puerta de la calle abierta.) ¡Dios mío! La puerta de la calle se quedó abierta. ¡Qué descuido! Me regalaron unos pastelitos de pollo y algunas cositas; pero las olvidé en el automóvil.

Don Manuel: No te preocupes, llamaré a la sirvienta para que la cierre enseguida.

Dolores: (Se acerca a la puerta del fondo y la abre.) ¡Pudo haberse metido cualquiera!

Don Manuel: (Precipitadamente se acerca y detiene a Dolores.) No vayas tú, puede ser peligroso. . .

Dolores: (Afuera.) ¡Peligroso! . . . y ¡por qué?

Don Manuel: Espera, ponte algo. Hace mucho frío.

Dolores: ¡Por qué no quieres que salga? (Se oye un ruido en el despacho.) Nada puede pasarme.

Don Manuel: ¡Has oído.

Dolores: (Buscando.) ¡Qué? No, nada, no he oído nada. Déjame ir, vuelvo enseguida. (Se va.)

Don Manuel: ¡Abrígate, no cojas frío! (Cierra la puerta y al volver a la sala encuentra a Fernando que ha entrado por el despacho.) ¡Fernando! . . . ¡Hijo! . . .



ESCENA VI

Fernando: (Se acerca desconfiado.) ¡Papá! . . .

Don Manuel: Ven, acércate, ¡No te imaginas cómo deseaba tu regreso! No, no digas nada, ¡He estado muy solo!

Fernando: Eso no es culpa mía.

Don Manuel: Todos tenemos siempre algo que reprocharnos. Reconocer nuestras culpas es siempre una muestra de valor.

Fernando: ¡Aún sigues igual, papá! ¡Yo no me he arrepentido!

Don Manuel: ¿Qué dices?

Fernando: No vengo a pedirte perdón.

Don Manuel: ¿A qué has venido entonces?

Fernando: Prefiero hablar con mi hermana antes. (Sube la escalera.)

Don Manuel: ¿A dónde vas?

Fernando: A buscarla para que me explique muchas cosas.

Don Manuel: (Deteniéndolo.) Si regresaste para acabar con mi tranquilidad, más vale que salgas de aquí.

Fernando: (Violento.) ¡Déjame pasar!

Don Manuel: Angélica no está. Se casó hace dos meses.

Fernando: (Bajando.) ¿Y mis hermanos? ¿Tampoco están? . . . ¡Qué bien supo hacer las cosas esa mujer!

Don Manuel: (En la escalera.) Estás equivocado. Es una buena mujer y no te permitiré que digas nada de ella.

Fernando: Los padres no deberían casarse más de una vez. Las madrastras no quieren a los hijos ajenos. Los echan para que dejen sitio a los suyos.

Don Manuel: Ustedes siempre han tenido aquí su sitio, pero no han sabido apreciar nuestro cariño.

Fernando: ¿Cariño? Yo sí lo he sentido por ti sin ningún interés, y no quiero que lo compartas con nadie. ¿Acaso tú por el mismo cariño metiste en esta casa a esa. . .? Si ahora has escogido, no nosotros.

Don Manuel: Con qué derecho pretendes convertirte en juez injusto de mis actos? Todos podemos equivocarnos. ¡Pero tú no tienes razón en lo que has dicho!

Fernando: Sólo quisiera saber si esa vieja duerme bajo este techo por las mismas razones que inducían a mi madre a hacerlo cuando vivía.

Don Manuel: ¡No menciones a tu madre! Al menos su recuerdo debiera ser intocable para ti.

Fernando: Tienes razón. Pronunciar aquí su nombre mientras esté esa señora es empañar su memoria.

Don Manuel: ¡Cállate, Fernando! Cuando entraste pensé que volvías avergonzado, pero me equivoqué.

Fernando: No tengo de qué avergonzarme.

Don Manuel: ¡Vete!

Fernando: No sin antes arreglar el motivo que me trajo.

Don Manuel: ¿Piensas que tenemos algo que arreglar?

Fernando: Contigo sí, con nadie más.

Don Manuel: ¡Jamás pensé que un hijo mío llegara a tratarme así! ¡Para mí es como si hubieras muerto!

Fernando: ¡Lástima que todavía no puedas darle esa sorpresa a tu mujer! Hace seis meses me echaste como no lo hacen ni con un perro. ¿Cómo quieres que te trate ahora? (Pausa triste.)

Don Manuel: ¿A qué has venido Fernando? ¡Habla!

Fernando: (Acercándose.) A reclamar lo que me corresponde.

Don Manuel: ¿Qué te corresponde?

Fernando: ¡Tuyo, nada!

Don Manuel: ¡Entonces!

Fernando: (Exigente.) La parte que me tocó de la herencia de mi madre.

Don Manuel: ¿Qué?

Fernando: ¡Tengo derecho sobre ese dinero!

Don Manuel: ¿Cómo has podido? ¡Miserable! (Le da una cachetada.) ¡Mal hijo! (Tembloroso, no pudiendo decir más, trata de bajar la escalera y torpemente, resbala con la alfombra y rueda hasta quedar sin sentido.)

Fernando: (Desesperado.) ¡Papá!

Dolores: (Entrando.) ¡Qué ocurre Manuel! (Al ver a Fernando.) ¿Tú? Descubriendo a su esposo en el suelo corre hacia él. Sacudiéndolo.) ¡Manuel! . . . ¡Manuel! . . .

Fernando: ¡Intentó bajar y. . .! ¡No sé cómo pasó! . . .

Dolores: (Excitada.) ¿A qué vienes? ¿A asesinar a tu padre enfermo?

Fernando: ¿Yo? ¡Dios mío!

Dolores: ¡Fuera! . . . (Levantándose.) ¡Largo de aquí! (Fernando la mira fijamente y descubre puesto en su mano el anillo de su madre. Trata de acercarse, pero opta por salir precipitadamente, dando un portazo. La luz se apaga de golpe y se va cerrando el telón.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO





pièds poudreux
1977

ACTO TERCERO

ESCENA I

Por la derecha, en primer término, aparecen don Manuel ayudado por Angélica y doña Luisa. Viste él ropa de casa y ellas sencilla ropa de invierno. En el semblante de don Manuel se notan los estragos que hace el avance de la enfermedad.

Angélica: Papá, ¿ya ves? Te dije que no te levantarás.

Don Manuel: No me explico qué habrá hecho Dolores con tus cosas. (Se sienta ayudado por Angélica.)

Luisa: Esperaremos hasta que regrese.

Angélica: No te preocupes, papá. A mí no me urge que me las des.

Don Manuel: No son muchas. A tu madre le gustaba que fueran sencillas. Te las he estado guardando, por eso no me explico que no estén en su lugar.

Angélica: Me las darás en otra ocasión. ¿No quieres que te ayudemos a subir a tu recámara?

Don Manuel: ¡Sólo eso me faltaba, que el primer día que me visitas me encuentres metido en la cama!

Doña Luisa: Es mejor que se cuide, don Manuel.

Don Manuel: ¡Vaya! Nunca vienen, y cuando lo hacen es para regañarme.

Angélica: (Triste.) Perdóname que no hubiera vuelto antes, papá. Pero es que yo creía que ya no me necesitabas. Y habrás pensado que me había olvidado de ti.

Don Manuel: De ningún modo, hijita. Yo sé que una mujer casada tiene sus ocupaciones y no dispone siempre de su tiempo. Aunque la Noche Buena sí te extrañé mucho. Pero me conformé con saber que eres feliz con tu marido. Enseguida supuse que ese día no quisieron salir a ningún lado y la pasaron juntos.

Angélica: Desde hoy te visitaré todos los días; pero tú también debes ir a verme a menudo. (Con tristeza cambia una mirada con su tía Luisa.)

Don Manuel: ¡Si vieras cómo tengo ganas de conocer tu casa! Dolores me dijo que es un departamento muy bonito. Platicame cómo es y si estás contenta. . .

Angélica: Pues. . . tiene tres recámaras y una cocina llená de luz. Tiene también un ventanal muy grande, que es lo más bonito de todo. Desde allí se ve la ciudad y hasta esta casa, inclusive.

Don Manuel: ¡Un ventanal desde donde se ve la ciudad! Dolores no me dijo nada de eso.

Angélica: Cuando ella fue sólo estuvo un momento, mientras firmaba el contrato. Usdes son nuestros fiadores.

Don Manuel: ¿Por qué no vino tu esposo con ustedes?

Angélica: No le dije que iba a venir, ¿verdad tía?

Doña Luisa: Es que tiene muy poco tiempo libre y lo dedica a descansar.

Don Manuel: ¿Está usted viviendo con ellos, doña Luisa?

Angélica: Sí, mi tía es muy buena conmigo. También Manolo está ahora con nosotros en la casa.

Don Manuel: (Pausa.) ¿Y ya no has vuelto a pintar nada, Angélica? Antes pintabas todo el tiempo. Me acuerdo que lo hacías muy bien.

Angélica: Ahora ya no hago nada. Ni siquiera he podido terminar tu retrato, y eso que siempre anhelé darte una sorpresa. Me acuerdo que una vez te esperé toda la maña-

na para que lo vieras, pero cuando llegaste a comer no tuviste tiempo de verlo.

Don Manuel: Todo es tan diferente ahora. . .

Angélica: Ya lo terminaré cuando te alivies. Nos veremos allí en casa muy seguido y de nuevo me verás pintar. Y todo volverá a ser como antes. (Cruza nuevamente la mirada con doña Luisa y a sus ojos asoman las lágrimas.)

Don Manuel: (Sorprendiendo las miradas.) ¿A qué viene tanta tristeza? ¡Ni que me fuera a morir!

Doña Luisa: ¡Por Dios, don Manuel, qué cosas dice!

Don Manuel: Estoy bastante mal. Por eso he pensado en todo, sólo para estar más tranquilo. ¡Se planean tantas cosas cuando uno se siente enfermo!

Angélica: ¡Y qué es lo que planeas, papá? No debes preocuparte por nada, solamente por sanar.

Don Manuel: De todos modos conviene que deje todo arreglado, por si algo ocurriera. Uno nunca sabe. . . Pensé en lo que ustedes necesitarán y no los he olvidado. La que me preocupa es Dolores, porque sin mí se va a sentir muy sola. A ti, a Manolo, a Luis y. . . a Fernando, les corresponderá por partes iguales todo lo que tengo con excepción de esta casa y el negocio, que son para Dolores. Ya es una ventaja que ella sepa manejarlo, pues así podrá mantenerse.

Angélica: (Abrazándolo.) ¡Papá, porqué has pensado en eso!

Don Manuel: ¡Angélica, hija! Si mi testamento no es mi sentencia de muerte!

Doña Luisa: Desde luego, tu padre tiene razón. Con esas lágrimas nos vas a hacer llorar a todos.

Angélica: (Separándose.) Es cierto, parezco una niña.

Don Manuel: (Sonriendo un poco.) Ahora ven acá. Tienes que hacerme una promesa.

Angélica: Sí, papá.

Don Manuel: (Respirando precipitadamente.) Si Dios decidiera otra cosa tienes que jurarme que todos ustedes regresarán a vivir juntos en esta casa y le harán compañía a Dolores.

Angélica: (Turbada, camina hacia adelante sin saber qué contestar.) ¡Yo no sé mentir, papá!

Doña Luisa: ¡Don Manuel! ¿Qué pasa? (Don Manuel ha sufrido un desmayo.)

Angélica: ¡Papá!

Doña Luisa: Esta enfermedad es terrible. A veces deja de latirle el corazón por momentos.

Angélica: (Muy afligida.) ¡Está respirando, tía!

Doña Luisa: Ni siquiera te oyó. Está más grave de lo que pensamos.

Don Manuel: (Débilmente.) ¡Perdónenme que esté tan cansado, me estoy queriendo dormir.

Doña Luisa: ¿No prefiere que mejor subamos a su cuarto, don Manuel? Allí podrá platicar más tranquilo.

Don Manuel: Soy muy necio, no debí haber bajado. Dame la mano hija.

Angélica: (Ayudándolo.) Tienes que estar en calma. Si no lo haces no volveré a visitarte.

Don Manuel: (Subiendo la escalera.) Ya no me preocupa, porque yo iré a verte cuantas veces quiera. Tendrás que terminar mi retrato.

A- (Conteniendo el llanto.) Si papá, pero voy a tardar mucho en pintarlo para que
; muchas veces. (En silencio le besa la mejilla.)





ESCENA II

Dolores: (Aparece por la puerta de la calle y va hacia el teléfono. Deja sus cosas a un lado, busca entre unas tarjetas y marca un número.) ¡Sí? Con el administrador, por favor. (Mira alrededor comprobando que no hay nadie en la sala.) ¡Señor Press? Habla la señora de Madrigal. Recibió su recado. Seguramente los muchachos han retrasado involuntariamente el dinero de esos dos meses de renta. Ya sé que usted nos tiene confianza, no se preocupe; comprendo muy bien. Mire usted: yo, como fiadora de esa familia, estoy dispuesta hasta a pagar por adelantado el resto de las mensualidades que señala el contrato, pero sólo bajo condición de que les quite el departamento. De otro modo, no consentiré ni en pagarle a usted los dos meses que deben. En cuanto a otras cosas, preferiría que no se enteraran los muchachos. Se trata de una especie de ardid de mi esposo para que su hija viva con nosotros. Me alegra que lo entienda. Sí, ya le enviaré el cheque, no mande a nadie de la casa porque tal vez hagamos un viajecito. Hasta luego. (Cuelga, y se dispone a hacer otra llamada, pero descubre la presencia de Manolo en la puerta.)

Manolo: (Con cierta amarga ironía.) ¡Perdone que la haya interrumpido! ; pero, siga.

Dolores: (Desconcertada, cuelga la bocina.) Yo creía que no había nadie en la casa, por un momento me asusté. Pensaba que ya nunca regresarías, Manolo.

Manolo: Acabo de llegar, Angélica me dijo que viniera aquí a buscarla.

Dolores: ¡Angélica está aquí?

Manolo: No sé si ya habrá llegado.

Dolores: (Inquieta.) Y, ¿hace mucho tiempo que tú entraste? Las criadas no me avisaron.

Manolo: Aún tengo la llave de la casa. Acabo de llegar.

Dolores: ¡Ah, menos mal! Estaba dudando si las criadas dejan con frecuencia la puerta de la calle abierta.

Manolo: ¡Es usted una hipócrita! ¿Qué mal le hemos hecho nosotros?

Dolores: ¿Qué? ¿Por qué dices eso?

Manolo: ¿Quiere que le repita textualmente sus palabras cuando hablaba por teléfono?

Dolores: ¡Manolo! ¡No sé de qué hablas!

Manolo: ¡Cállese! Esto ya no tiene nombre; es una infamia. ¿Y todo por qué? ¿Por cometer el delito de que usted nos envidie?

Dolores: (Sentándose indiferente.) No me importa lo que digas. No pienso contestarte.

Manolo: ¡Hablaré con mi padre!

Dolores: (Deteniéndolo.) Espera. . . El está muy grave y. . .

Manolo: Ese pretexto no le servirá. Sé muy bien que a quien menos le interesa su salud es a usted.

Angélica: (Sale por el mezzanine.) ¡Manolo!

Manolo: (Sube un poco a su encuentro.) ¿Has podido hablar con él?

Dolores: ¿De modo que es un plan en contra mía?

Angélica: (Bajando hacia ella.) No hable tan fuerte; su voz se oye allá arriba.

Dolores: ¿Tienes miedo de que tu padre me haga más caso a mí?

Manolo: Únicamente hemos venido a recoger las cosas de Angélica.

Dolores: Ya sabía yo que si volvían no lo harían para ver a su padre, que tanto los ha esperado; sino a exigir, a llevarse algo. No tienen derecho, su padre no les dará nada, ni siquiera esas cosas.

Fernando: (Entrando de la calle.) ¿No les dará nada. . . porque usted también las quiere?

Manolo: ¡Fernando, te dije que no entraras!

Dolores: ¿Tú también? Todos son de la misma madera.

Angélica: ¡Fernando! (Lo abraza.)

Manolo: Es mejor que mi padre no sepa que has vuelto.

Dolores: ¡No lo engañarán! ¡Subiré a decirle a qué han venido!

Manolo: Ahora ya no le importa molestarlo, ¿verdad?

Angélica: (Deteniendo a Dolores en la escalera.) ¡No la dejaré pasar! Ya nos ha hecho mucho daño para que todavía quiera destruir el recuerdo que mi padre tiene de nosotros. (Triste.) El está muy acabado y tengo miedo de que. . .

Dolores: ¡Por eso están aquí! ¡Quieren sacarle el testamento antes de que se muera y los deje sin nada!

Manolo: ¡Yo no sabía que estuviera tan enfermo!

Dolores: ¿Qué vas a saber? ¡Ni siquiera que tú, Fernando! ¡Sí, tú, tú eres el causante!

Fernando: ¡Yo no tengo la culpa!

Dolores: ¿Vas a negarme que hace unos días tú viniste aquí, y que tu padre...?

Manolo: Fernando me lo ha contado ya.

Dolores: ¿Y aún así lo defiendes? ¡Les habrá mentido, entonces!

Manolo: ¡Estamos dispuestos a defenderlo y a protegernos!

Angélica: ¡Queremos saber lo que pasó con el dinero de nuestra madre!

Dolores: Eso no es nada nuevo. Lo que haya robado Fernando...

Fernando: (Con rencor.) Hasta que la oigo acusarme frente a frente.

Dolores: ¡Cómo te atreves! (Retrocede.)

Fernando: Ahora yo voy a gritar lo que no pude decirle a mi padre. Me quitaré esta obsesión.

Angélica: (Calmándolo.) ¡Fernando!

Fernando: Quiero decir hasta qué punto soy culpable y que me crean.

Dolores: Puedes gritarlo donde te dé la gana, menos aquí.

Fernando: Es a usted a quien quiero recordárselo delante de los demás, es verdad que yo robé. ¡Si no lo niego! Usted me enseñó un día la combinación de la caja fuerte. Hasta el pretexto era tonto. ¡Que yo la recordara por si a usted se le olvidaba! ¡Y que yo debía conocerla porque era el de más confianza, sabiendo de sobra que no lo he sido jamás. Yo gastaba mucho y cuando usted llegó comenzó a escasear el dinero... y ya todo fueron problemas para mí. Por eso saqué dinero de la caja varias veces y lo reponía cuando podía hacerlo. Aunque usted lo sabía, no se lo comunicó a mi padre, sino hasta que ya no pude reponerlo. Entonces no se hizo esperar. ¡Sí, robé! Pero sólo trescientos pesos, porque en esa caja nunca hubo más de mil. Yo ni siquiera sabía que ese dinero era nuestro como tampoco sé por qué conocía usted la combinación.

Dolores: No pensarás que porque yo quería tomar esos mil pesos.

Manolo: Mi madre nos dejó mucho dinero, mucho más.

Dolores: ¿Ven entonces cómo Fernando miente?

Fernando: ¡Usted no sólo sería capaz de coger esos mil pesos, sino también de quitarle la limosna a un desdichado y la comida a un perro!

Angélica: ¡Si todo eso se lo hubiera dicho a mi papá!

Fernando: Yo sentí que me echaba sin remedio. Llevaba los trescientos pesos para devolvérselos, y él los arrojó al suelo y me preguntó que si yo creía que eso era suficiente. (Cabizbajo le ruedan las lágrimas. Luego se contiene.)

Dolores: Todo esto no es más que un complot de ustedes para eliminarme. ¡A ver a quién creen más! ¡Defenderé mis intereses!

Angélica: Sí, en particular sus intereses. Hasta ahora me doy cuenta de todo. No había descubierto antes esa chispa de codicia que brilla en sus ojos y que nunca estará satisfecha. Eso es todo lo que la mueve.

Dolores: ¿Y qué otra cosa les mueve a ustedes?

Manolo: ¿No se da cuenta que para nosotros vale más una verdad, una demostración?

Dolores: No creo que les baste con eso.

Fernando: ¿Por qué se empeña en reflejar sobre nosotros sus propios sentimientos. ¡No somos iguales!

Dolores: (Se vuelve de espaldas a ellos y camina un poco.) Por lo visto son verdades lo que ustedes quieren.

Angélica: Pero no las suyas.

Dolores: (Volviéndose hacia ellos con cierta sonrisa.) ¡Quieren verdades y viven engañados! ¡Engañados piadosamente! Tal vez ustedes duden porque ya conocen la verdad a medias, o porque nunca les han dado una respuesta que les satisfaga.

Angélica: Si es algo que nadie ha sabido respondernos, es usted la menos indicada para hacerlo ahora.

Dolores: ¡Cuando es verdad, qué importa quién la diga!

Fernando: Diga lo que quiera, ya no nos preocupa.

Dolores: Ahora ya no me extraña esa despótica indiferencia con que ustedes me tratan, porque ya sé de quién la heredaron y cómo era esa persona. ¡Conozco su vergon-

zosa existencia!

Manolo: ¡No siga! . . .

Dolores: (Se acerca a ellos desconcertándolos.) No quieren saberlo, ¿verdad? Les ha tocado en carne propia y no aceptarán nada que los lastime. Mas no por eso, ni porque el hecho haya sido ya juzgado por Dios, deja de ser una verdad. ¿Se han preguntado por qué su madre tuvo que irse de esta casa antes de que muriera?

Fernando: ¿Qué es lo que tiene que decir de ella? ¡Acabe de una vez!

Dolores: Y lo voy a decir. Vale la pena que lo sepan.

Angélica: ¡Usted es todavía peor que lo más malo que podemos pensar!

Dolores: Pero no más que la persona a quien me refiero. Yo no tengo por qué quererlos a ustedes, no soy su madre. Me estorbaban y los he eliminado, pero cuando a una mujer le estorban sus propios hijos y prefiere eliminarse a sí misma huyendo cobardemente, no tiene nombre.

Manolo: ¿Qué está diciendo?

Dolores: Por lo menos tú, por ser el más grande, debías de saber quién fue tu madre.

Angélica: (Excitada.) ¡No es cierto!

Dolores: Les dije que no lo aceptarían. ¡Qué desencanto para ustedes! (A Angélica.) Tu madre los dejó porque nunca los quiso, ni jamás quiso a nadie. Se fue con otro, y después con otros, abandonando a tu padre y dejándolos a ustedes para siempre. (Fernando y Manolo quedan inmóviles en un amargo silencio.) ¿Por qué pensaban que eran mejores que los demás? ¿En qué basaban su confianza? ¿En los recuerdos admirables que ella les legó? ¡Bien pudieron sacarlos de un basurero! ¡Por eso me daba risa! ¡Y ahora más, porque veo que ha caído del aire su ídolo, derrumbando todas sus ilusiones!

Fernando: ¡Basta! . . . (Le da una bofetada a Dolores.) No nos importa quien haya sido en realidad, nos basta la idea ejemplar que tenemos de ella. (Queda muy deprimido y Dolores se toma la cara llena de ira.)



ESCENA III

En el mezzanine. Se abre la puerta extrema izquierda y aparece doña Luisa llamando la atención de todos.

Doña Luisa: (Muy afligida.) ¡Angélica! . . .

Angélica: (Conteniendo el llanto.) ¡Tía! . . . ¡Tía! . . . ¡Tía! (Sube la escalera y coge la mano de doña Luisa, que se acerca.) ¡Sólo tú puedes decirnos la verdad!

Dolores: (Cast gritando.) ¡No les dirá nada! ¡Era su hermana!

Angélica: ¿Verdad que nuestra madre no nos abandonó. . ., que no se fue con otro hombre dejando a mi papá? (Estalla en llanto y se desliza hasta quedar en el escalón junto a su tía que le acaricia el pelo.) ¡Dinos lo que haya sido, para nuestra seguridad, para nuestro convencimiento!

Doña Luisa: (Su expresión ha cambiado totalmente, ahora se ve poseída de rabia.) ¿Qué clase de hijos son que pueden dudar de su madre sólo porque una mujer indigna lo dice? Indigna, no por su manera de ser nada más, sino por haber tenido la vileza de levantar tal calumnia. (No ha subido mucho la voz, pero ahora, bajándola aún más, seguirá hablando.) Como en muchas de las cosas que ignoramos, también en este caso hay una cruel verdad. Todos los que supusimos lo que pasó, prometimos no decírselo a nadie; por eso es imposible que esa mujer pretenda saberlo. Yo no hubiera querido que ustedes se enteraran.

Fernando: No queremos juzgar, pero tenemos derecho a saber.

Manolo: Habla, tía. Era nuestra madre. Es mejor que no ignoremos lo que pasó.

Doña Luisa: Ya nació en ustedes la duda y ahora necesitan aclararla.

Angélica: No sé si yo debo conocer lo ocurrido, pues los demás no han querido que lo supiese. Pero era mi madre y no por eso voy a dejar de adorar su memoria.

Doña Luisa: Pues si el quebrantar una promesa representa la tranquilidad de seres inocentes, no seré yo quien la respete. (Baja y camina hacia Dolores.)

Dolores: No tiene más remedio.

Doña Luisa: Hace cinco años, mi hermana tuvo que salir de esta casa, pero no como piensa esta mujer. (A Angélica.) Lo hizo con ayuda de tu padre. Mientras ustedes dormían.

Manolo: ¿Y por qué se fue sin avisarnos?

Doña Luisa: Fue a la finca de San Angel. Ahí el clima es mejor, más puro.

Angélica: Mi papá me dijo que la había vendido, y no quería que fuéramos.

Doña Luisa: Porque tu madre estaba enferma y necesitaba reposo.

Fernando: Aun así, nosotros éramos muy chicos, necesitábamos su cariño. Yo tenía doce años, siempre la esperé. El día de su santo estuve toda la noche sentado junto a la puerta con un regalo, porque creía que iba a venir.

Doña Luisa: Padecía un mal incurable; y aunque sufría mucho por ustedes, prefirió quedarse sola para no contagiarlos.

Angélica: ¿Contagiarnos?

Doña Luisa: Ella era débil y con frecuencia estaba enferma. Una noche durante el invierno, hacía un frío intenso y tu perro, Manolo, ladraba mucho. Entonces mi hermana Angeles abrió la puerta y salió al jardín sin ponerse ningún abrigo, para guardar el perro. Cuando volvió venía temblando y con mal semblante. Desde aquel día cayó enferma. La convalecencia fue larga y parecía ya estar aliviada, pero luego, el médico dijo que ya no había remedio y que debía aislarse porque era peligroso para ustedes.

Dolores: (Inquieta.) ¡Tísica!

Doña Luisa: Nunca dejó de quererlos.

Angélica: Si lo hubiera sabido entonces, habría preferido contagiarme y morirme con ella; pero ahora me doy cuenta de lo que vale su sacrificio. . . (Un ambiente de tristeza domina la escena. Manolo se ha acercado a la puerta del fondo y la abre de golpe.)

Fernando: ¡Manolo! . . . (Lo toma de un brazo.)

Manolo: ¡Déjame. . . ¡Déjame salir!

Dolores: (Abrigándose muy preocupada.) ¡Cierren esa puerta! (Va y la cierra.) Ya es bastante tarde.

Angélica: No nos iremos todavía.

Fernando: ¡Vamos a luchar por lo que nos pertenece!

Dolores: ¿Contra quién van a luchar?

Manolo: ¡Contra usted!

Dolores: Imposible, yo salgo mañana para España.

Fernando: No me haga creer que va a dejar esto. . .

Dolores: ¡Claro que no! He rematado la casa y el negocio. Manuel estuvo de acuerdo conmigo y nos embarcaremos cuanto antes.

Angélica: Mi padre no puede viajar, su corazón no resistirá. Subiré a decirle todo.

Doña Luisa: ¡Espera! . . .

Dolores: Nadie podrá impedirme que me regrese a mi patria, a mi casa, con los míos.

Manolo: ¡Por eso arregló que nos echaran del departamento! ¡Se pensaba ir!

Fernando: No puede despojarnos de lo nuestro e irse tan tranquila.

Angélica: Despertaremos a mi papá ahora mismo y la que va a quedar en la calle es usted.

Dolores: No cambiarán mis planes.

Doña Luisa: ¡Usted no irá a ninguna parte!

Dolores: ¿Va a impedírmelo? ¡Ande, despierten a su padre!

Doña Luisa: Ya no pueden despertarlo.

Manolo: ¿Por qué?

Doña Luisa: ¡Su padre está muerto! (Pausa.) Hace un instante cuando salí, dejó de vivir.

Angélica: (Inmediatamente corre hasta la recámara, abre poco a poco, avanza en la habitación gritando con voz apagada.) ¡Papá! . . .

Dolores: ¡Ahora no! ¡No puede morirse ahora!

Fernando: (Cabizbajo, da la espalda y se cubre el rostro con las manos.) Y nosotros hemos estado todo el tiempo peleándonos por su dinero.

Manolo: ¡Yo vine a verlo! ¡Y en cambio! . . . (Comienza a subir lentamente.)

Dolores: (Intenta subir también, pero se detiene al mirar a doña Luisa.) ¿Por qué no lo dijo antes?

Doña Luisa: Porque entonces fue necesario aclarar las dudas que usted creó con su mala fe.

Dolores: Yo. . . (En silencio camina a sentarse frente a la chimenea. El fuego alumbra su cara.) ¿No me va a decir nada?

Doña Luisa: Es usted quien tiene que reprocharse, no los demás.

Dolores: ¿Entonces, cree que haya algo que tenga que reprocharme?

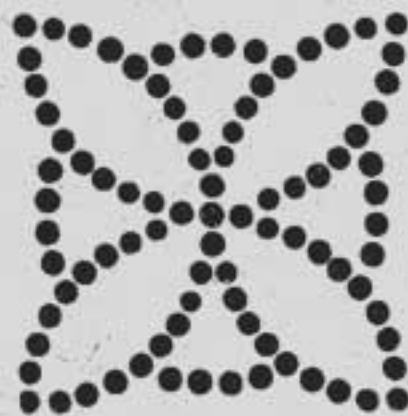
Doña Luisa: ¡Eso es lo que debe saber usted misma! (La luz disminuye. Doña Luisa empieza a volverse a salir.)

Dolores: ¿Se va también? No quiero quedarme sola.

Doña Luisa: Lo siento, pero es lo que ha querido siempre.

Dolores: ¿Se pueden remediar las cosas.

Doña Luisa: No, usted ha sido una especie de planta parásita, como las lianas que crean a la sombra de los árboles y se enredan a éstos hasta secarlos. No se dan cuenta que entonces ellas mueren también, quedando convertidas en nido de reptiles. (Se apaga la luz y sólo se ve la de la chimenea, la de las puertas de abajo y de la recámara.)



ESCENA IV

En el mezzanine se ven las sombras de Angélica y de Manolo que salen de la recámara y cierran la puerta. Bajan por la escalera. Salen junto con Luisa por el jardín donde se encuentra Fernando. Todos ellos se van cabizbajos y sus sombras se pierden en el jardín. Ahora la única luz que ha quedado es la del fuego de la chimenea que ilumina a Dolores, mientras permanece inmóvil como si estuviera petrificada.

Dolores: ¡Como las lianas! . . .

TELON

FIN DE LA OBRA



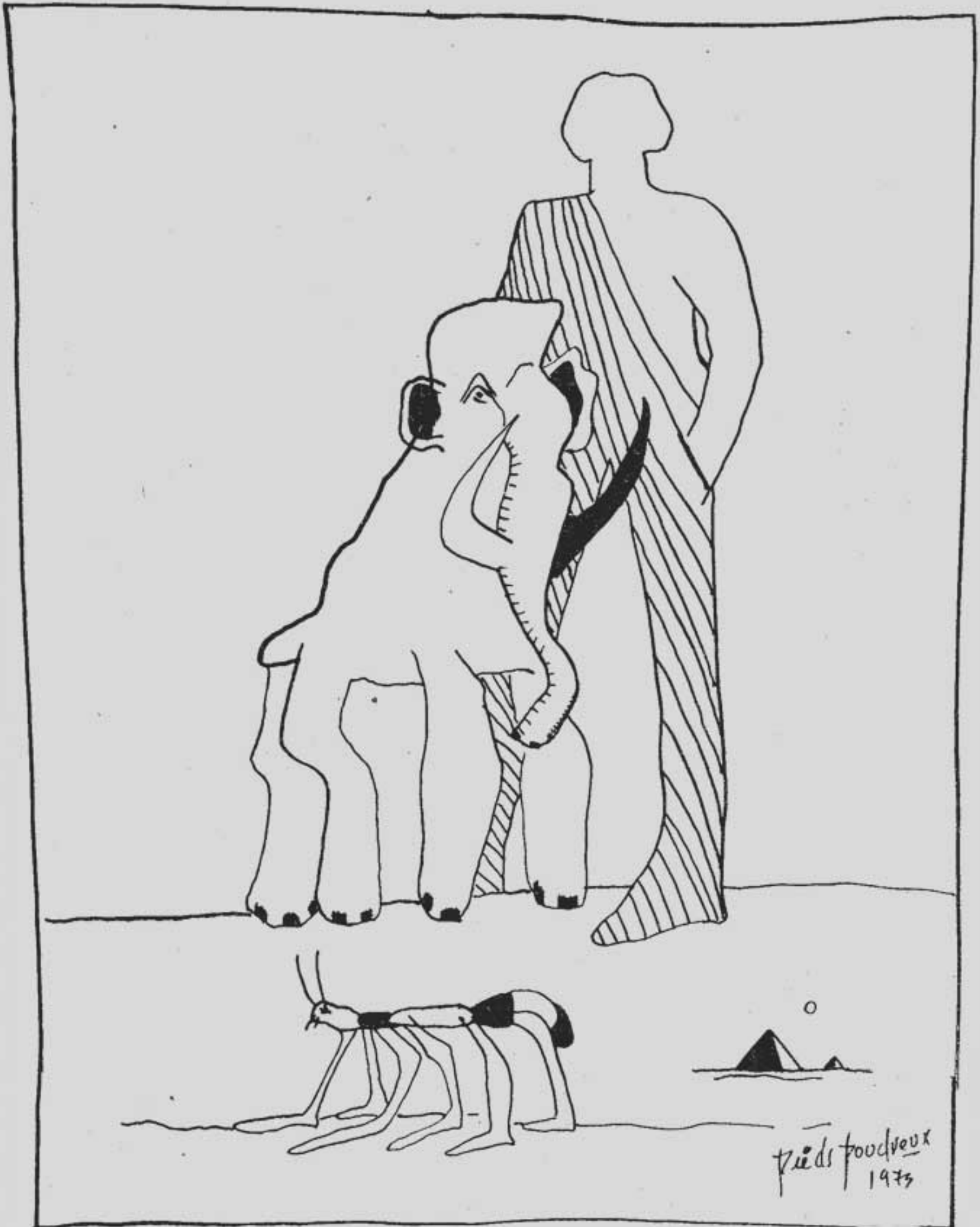
CURRICULUM

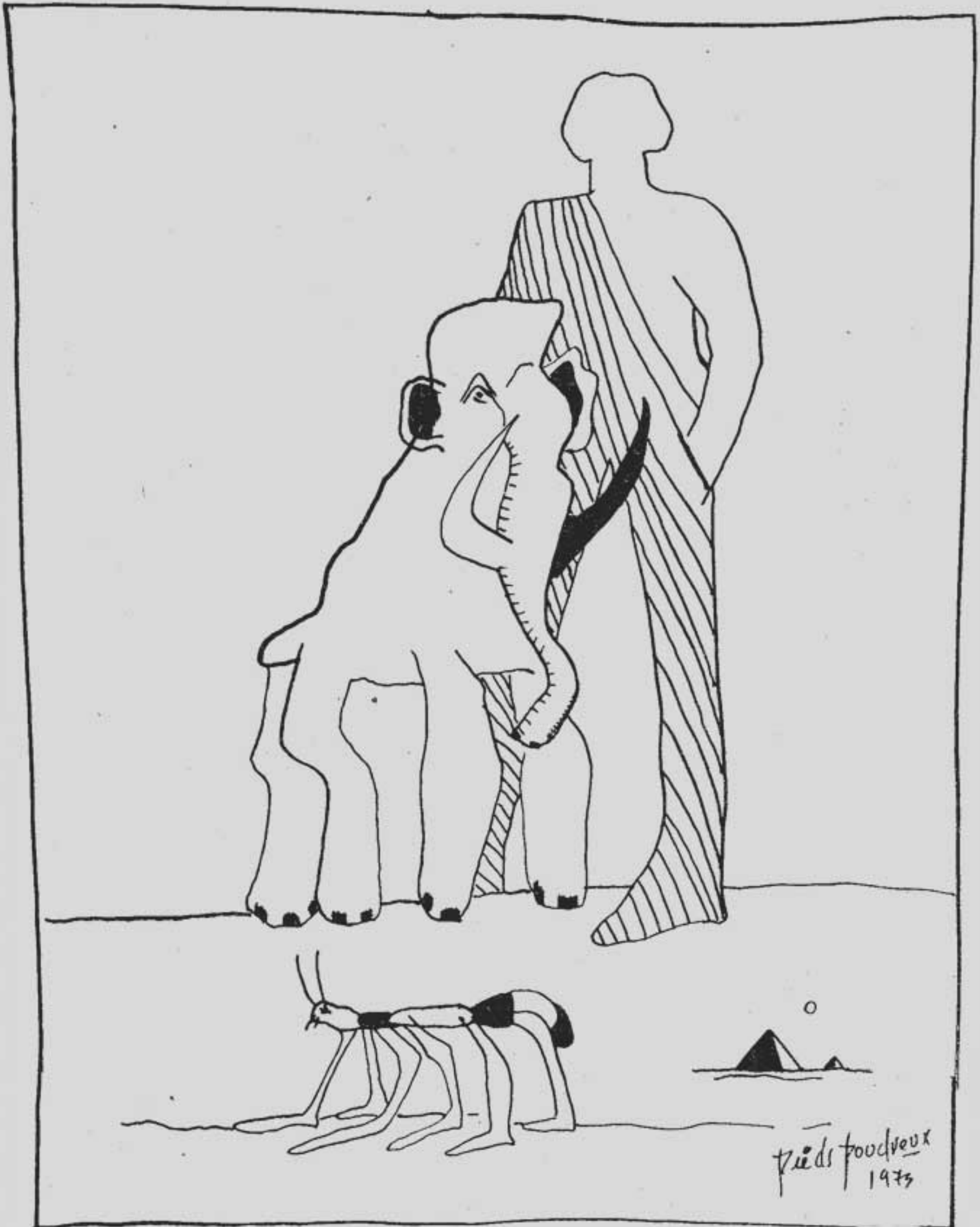
Ignacio Cristóbal Merino Lanzilotti nace en 1942 en la ciudad de México. Escribe sus primeras obras a partir de 1955, inicia su trabajo como Director de Teatro en 1959: *Qué esperas para salirte vecina* y *Luchy millones*, al mismo tiempo escribe para la televisión. En 1961 publica *Relatos*, y en la clase de Iniciación a las Investigaciones Literarias, bajo la orientación de la doctora Ma. del Carmen Millán es leído su melodrama *Como las lianas*.

En 1966 dirige su primera película basada en el *Lobo estepario* de Hermann Hesse. En 1972 inicia los Talleres de Crítica Teatral, Cine y Televisión de la Facultad de Filosofía y Letras.

Hasta la fecha ha escrito veinticinco obras dramáticas de diversos géneros, ha dirigido quince puestas en escena a título de ensayo y ha realizado cuatro películas experimentales. Al mismo tiempo ha publicado tres libros y posee dos premios literarios.







“1925”

OBRA GANADORA DE LA
MOLA DE ORO EN EL
TERCER FESTIVAL
NACIONAL DE TEATRO

CELEBRADA EN PANAMA EN 1973

ACTORES

Actores:
Manuel de la Rosa
Segundo Gutiérrez
Romy Lombardo
Libertad Ponce
Iliana Solís
Alberto Vergara

Autor y Dir. Manuel de la Rosa

La sala a oscuras, luces de persecución a colores bañan a los espectadores. Un agente penetra armado y busca entre ellos. . . encuentra al huelguista, lo arresta. Durante el momento en que el agente busca al huelguista, los haces de luz no corren paralelos al agente. El huelguista es llevado, trata por un momento de resistirse, el agente lo empuja, cae. . . lo golpea en el suelo, le hace levantarse y continúan hacia el escenario.

Las cortinas comienzan a correrse, presentando al espectador una casa de vecindad de dos plantas, con la característica de que la escalera da al patio.

De uno de los cuartos de la planta baja, sale una niña con una muñeca. Se limpia las legañas. . . observa a los dos hombres que atraviesan el patio mojado, perdiéndose por uno de los callejones laterales. La niña juega con la muñeca y canturrea algo imperceptible.

En el piso superior una mujer sale con la bacinilla rumbo al baño, cerrando cuidadosamente la puerta. . . al momento sale el esposo hacia el trabajo, llevando consigo tres niños uniformados. Al salir dejan la puerta desparramada. . . del mismo cuarto una niña con un pedazo de pan en cada mano. . . el padre y los hermanos bajan las escaleras, ella se acerca al balcón enrejillado. Observa a la otra niña que juega. Un mordisco al trozo de pan, tira el otro pedazo al piso. Se decide, baja las escaleras. Del mismo cuarto que ha salido la niña de la muñeca sale una mujer de edad madura a comprar el desayuno. La niña del pan termina de bajar las escaleras, observa a la niña de la muñeca que juega y canta.

Se acerca, sonríen. . . intercambian pan por muñeca, felices comienzan a cantar con diferentes registros.

- *pan pan pan pan*
- *pan pararam pararam pan pan*
- *pan pan pan pan*
- *(feliz) Pan*
- *(angustiada) Pan*
- *(autoritario) Pan*
- *(mendiga) Pan*

Ahora una pide pan con los tonos anteriores, y la otra como los agentes en acción de represalia.

- *(Mendiga) Pan*
- *Pan!*
- *(Feliz) Pan -*
- *(Pan!*
- *(como un juez) Pan*
- *Pan!*
- *(como un conductor) Pan*
- *Pan!*
- *Pan*
- *Pan!*

Penetra un hombre de mediana estatura, semicalvo, con un pequeño bolso en la mano izquierda y un manojo de papeles en la derecha. Se detiene frente a la puerta, rebusca entre los papeles —va a la próxima puerta—, deposita el

bolso en el suelo —saca de allí un pequeño martillo y tachuelas— clava en la puerta un edicto. La misma acción se repite en el cuarto contiguo —ésta se abre por la acción de los golpes—, penetrá, no encuentra a ninguna persona —sale—, regresa con dos hombres robustos —les ordena sacar los enseres que allí se encuentran. La mujer del segundo sitio regresa del baño —observa la acción, toca a la puerta del cuarto cercano a ella—, halla a la vecina —ésta hace señas de comprender—, cierra la puerta. La mujer de la bacinilla se dirige a su cuarto —recoge el pedazo de pan tirado en el balcón—, cierra la puerta. Esta puerta tendrá algo peculiar —estará dividida— de modo que la mujer cierra la puerta —luego abre la parte posterior de modo que escucha y ve todo el incidente desde dentro de su casa sin tener que salir.

El cobrador sube las escaleras tan sólo con edicto —martillo y tachuelas— ubica la puerta y comienza a martillar. . . la puerta se abre, bruscamente asestando fuerte golpe en el rostro del cobrador, que cae de nalgas. La puerta vuelve a cerrarse. El cobrador asustado abandona todo y baja rápidamente las escaleras. Del cuarto sale un hombre que desprende el edicto —lo aja y tira al patio. Regresa la mujer de comprar el desayuno —un hombre pasa hacia el retrete—, otro pasa con el cepillo de dientes en la mano —toalla al hombro—, la mujer al ver sus enseres amontonados en el patio rompe a llorar.



Vecino: No es hasta diciembre que está autorizado el aumento! Dígale al dueño que venga él mismo a cobrar!

(La niña de la muñeca corre hacia la mujer que llora. El cobrador recoge sus cosas. Los cargadores con algunos enseres en las manos se notan asustados. Desde el balcón, el hombre grita, gesticula —comienza a bajar.)

Vecino: Uno de ustedes, ayude a esa mujer (a la esposa) pasa una camisa. . .

(Los hombres que iban hacia el retrete y el lavabo se detienen, los cargadores abandonan todo y huyen, el cobrador hace otro tanto —mas al hacerlo penetra el huelguista que llevaron arrestado—, se atropellan —caen—, el cobrador más rápido que ligero se recupera y huye.)

Vecina: Sube! (la niña no atiende)

(La acción de las tropas yanquis se realiza en el mismo escenario)





EL PROBLEMA DEL INQUILINATO

Huelguista: Durante siglos... para ser exactos... 5 siglos, a partir de 1492... son 480 años. El indio hombre americano, ha tenido que vivir proscrito en su tierra, y han muerto perseguidos... encarcelados y fusilados...

Vecinos: Urraca... Victoriano Lorenzo...!

Huelguista: Los negros cimarrones escaparon a las selvas y a las costas...

Vecinos: FELIPILLO... BAYANO!

Huelguista: Y debido que a partir del mes de enero de 1925 caseros inescrupulosos llegaron al común acuerdo de aumentar los alquileres... El aumento de los alquileres por el mes de octubre de 1925 ascendía a un 40% sobre el valor original. La condición precaria de las masas en la que se contaban por miles los desocupados, agravan y combustionan la situación... Hacia la ciudad fluían en gran cantidad ciudadanos del interior desposeídos de la tierra; y de implementos con que trabajarla. En la ciudad, el obrero trabajaba por un jornal inferior a un balboa diario... todas estas situaciones hicieron que los obreros... los precaristas... los campesinos unieran sus fuerzas y formaran "La Liga Inquilinaria" para hacer frente al abuso de los caseros. Con tal fin se apersonaron en la presidencia de la República solicitando al señor Presidente, Rodolfo Chiari su intervención; como quiera que el gobierno no contaba con la legislación adecuada con que encarar la crisis y resolver el problema, tan sólo intervino como mediador entre las oprimidas masas de obreros, campesinos y precaristas y los abusivos dueños de casas.

Mas, al notar los líderes del movimiento inquilinario la demora en la solicitud a sus justas demandas solicitaron al alcalde Mario Galindo permiso para realizar un mitin en el Parque de Santa Ana, siendo negado el permiso por orden del Presidente Rodolfo Chiari, bajo la excusa de causar molestias a un vecindario pacífico... todo esto ha sucedido... es cierto.

P I: Adelante...!!!!!!!

Huelguista: !!!!!!!!! / ????????

(Se incorpora a la columna que ha comenzado a penetrar.)

P I: Con vigor, vamos a terminar para volver a descansar a nuestros cuarteles! up! up! marchhhh... .

(Penetran, suben por las escaleras, hacen arrestos, persiguen a los inquilinos.)

Columna alto. . .! AAAA Laaaa deeee-reee! Columna, alinearse por la derecha!

Columna - 1. . . 2. . . 3. . . 4. . . 5. 16 unidades señor!

P I: Recuerden perfectamente la misión. . . no pueden existir sentimentalismos. Ese grupo de revoltosos está siendo asesorado por extranjeros extremistas. La orden es imponer la Paz! . . . ya ¡que no debe existir problema alguno que obstaculice el cruce de barcos por el canal. Además, si a estos próceres no les importa con sus compatriotas y nos llaman para reprimirlos, nada tiene por qué importarnos a nosotros. . . Somos el ejército más fuerte del mundo. . . hemos robado tierra a Méjico. . . A España le hemos quitado Cuba. . . Puerto Rico. . . Las Filipinas. . . así que estos panameñitos serán cosa de dos vueltas y manos a la presa!

Además tengan presente siempre esto: No es cierto que piden rebajas de alquileres, ni trabajo; lo que sucede es que son unos grandes haraganes asesorados por agentes extremistas y lo que quieren es hacer bulla! ! . . . Vuelva a su sitio Columna, marcar el paso en su sitiooooo. . . march. . . alto. . .! ! !

Col.: Panamá, República de Panamá, lunes, octubre 5 de 1925, "se anuncia a esta ciudad la llegada de una pareja de norteamericanos, Wallace Reid y Lila Lee con una enorme carpa que podría ayudar a acomodar a más de 7 000 personas para ayudar a resolver el problema del inquilinato. Los cupones se venderán en el Teatro Amador, a los precios de 15. . . 25. . . y 30 centavos. . ."

P I: Descanso!

Col.: Panamá, República de Panamá, jueves 8 de octubre de 1925. El diario La Estrella de Panamá publica en contra de los panameños sin hogar que en vez de andar gritando por las calles "NO SE PAGUEN ALQUILERES" debieran irse a trabajar a las bananeras!

P I: Firmmmm! a la deeeereee, hay que estar en formas para acabar con estos cabrones huelguistas. . . marchhhh. . . por la izquier. . . a la dere. . .

Col.: Panamá, República de Panamá, sábado 10 de octubre de 1925. "Graves disturbios en la ciudad. 13 heridos y un muerto, cerca de 30 manifestantes detenidos. Ante la negación de permitírsele a la Liga Inquilinaria un mitin bajo la excusa de causar molestias a un vecindario pacífico" los huelguistas decidieron realizar el mitin. Ante esta situación, el alcalde del Distrito capital, Mario Galindo, acompañado de la fuerza pública trataron de imponer el orden. . .

RESULTADO: 13 heridos, 2 muertos: Ferdín Jaén y Marciano Mirones; y cerca de 30 manifestantes detenidos.

P I: Allá va un bullero de esos. . . formen un cordón para que no pase. . . CORDON!

Col.: Un pelotón de tropas norteamericanas vino a la ciudad con el objeto de ponerse a disposición del gobierno, pero al ver que éste tenía dominada por completo la situación, se retiraron inmediatamente.

P I: Diagonal!

Col.: Un bullero! ! !

P I: Cuando se dice diagonal, es para que nadie pase. . .

Col.: Panamá, República de Panamá, lunes, octubre 12 de 1925. El Secretario de Gobierno y Justicia, Carlos L. López, nombró a JULIO QUIJANO jefe del primer batallón de ciudadanos voluntarios con autorización y autoridad para detener a cualquier individuo que según su juicio deba ser arrestado.

P I: Al trote. . . Al trote. . . Hay que mantenerse en forma. . . Hay que detener a esos condenados. . . Alto! . . . Firmes!

Col.: Panamá, República de Panamá, martes, octubre 13 de 1925. Al ser llamados los bomberos para someter a los manifestantes, 40 de ellos renuncian de sus puestos, incluso Moisés Brower de la compañía N^o 1. Los soldados de la independencia, en vez de hacer suya la justa causa de los huelguistas, ofrecen sus contingentes con el fin de aplastar a los inquilinos obreros. . .

P I: Cuña. . .!!!

Col.: Leónidas Pretel: Comandante Primer Jefe, convoca a todos los ciudadanos amantes del orden, en el Concejo Municipal para formar una fuerza de 300 voluntarios con el fin de detener las justas aspiraciones de los inquilinos.

P I: Apoyos laterales. . . que nadie pase. . .!!!

Col.: La represión llega al máximo. El Presidente de la República Rodolfo Chiari solicita la intervención norteamericana. 3 batallones de las fuerzas norteamericanas al mando del Mayor O.H. Martin del ejército de los Estados Unidos, ha recibido instrucciones de emplear las fuerzas armadas a su mando para "mantener la Paz y el Orden Público en la ciudad y sus puertos". La Fuerza Pública panameña queda relegada a la protección de las cárceles.

Col.: Los dueños de las casas de alquiler pagan la repartición gratuita del periódico La estrella de Panamá, diario que ha venido atacando de manera sistemática a los inquilinos que luchan por sus derechos. Ante aquella situación reaccionaria, obreros indignados atacaron a aquellos que repartían los periódicos, destruyéndolos después. Acto seguido, al querer llegar a las oficinas de la Liga Inquilinaria fueron detenidos en su intento por las tropas norteamericanas que se encontraban en la ciudad y acampaban en el parque de Santa Ana a pedidos del gobierno nacional. Resultado: dos muertos: Ferdín Jaén y Marciano Mirones; cientos de heridos, 50 detenidos.

(Uno de los soldados" se convierte en silla, otro en interrogado y otra pareja en "interrogadora". El resto de la tropa se organiza y se marcha llevándose a algunos inquilinos y niños detenidos.)

(INTERROGATORIO)

Col.: Este es!

Col.: nombre?

Inq.: obrero

Col.: nombre?

Inq.: campesino

Col.: nombre?

Inq.: explotado. . . precarista. . .

Relator: Continuando la búsqueda de información acudimos al señor Eliseo Echávez, residente en el Distrito Especial de San Miguelito, 19B, 3C. El señor Echávez, dirigente de la Liga Inquilinaria del año 1925 nos ahonda en conocimientos:

su testimonio dice:

Echávez: "Yo residía entonces en el barrio del Marañón, en Calle 18 y 3 de Noviembre. El abuso de que éramos objeto, y ante el cual hubimos de enfrentarnos se debió a la debilidad del gobierno del Presidente Ro-

dolfo Chiari, quien no se atrevía a congelar los precios de los alquileres. A los caseros se les había aumentado el impuesto de 5/1000, o sea 5 centavos por cada mil balboas. En consecuencia, los caseros aumentaron los alquileres hasta en un 50%. Utilizaron todos los recursos legales, edictos, lanzamientos, cuando encontraban un inquilino moroso. Desde el momento en que comenzaron a aumentar los alquileres cometían abuso ya que ese aumento no debía efectuarse sino hasta fines de ese año. . . pero lo hicieron, y entre los caseros algunos de ellos eran firmantes del acta de independencia. . .; pero si los oligarcas mandaban en la presidencia, el pueblo mandaba en las calles! ” (mimo de golpes, lo llevan).

Col.: Prevención (Penetran unos obreros y colocan un enorme rótulo).

Col.: “Se hace saber al público que está prohibido formar reuniones o procesiones en las calles o plazas públicas sin licencia escrita del suscrito. Los actos contrarios serán considerados como desobediencia a la autoridad, tendientes a turbar el orden público y en consecuencia reprimidos por la policía, haciendo para ello uso de la fuerza si fuera necesario. A los que formen, promuevan, o inciten tales actos, o participen en ellos en cualquier forma, se les aplicará las sanciones de Ley (Artículos 1344, 1349, 899, 900, 901, 902, 905, y 906 del Código Administrativo.”

(Uno de la Columna que interroga se acerca al Alcalde y le enseña algo que ha olvidado.)

Alcalde: Se aplicarán también los artículos 903, 904, ibidem si fuese el caso:
(Se reparten volantes)

Inquilinos: Sí hay mitin! “La Liga de Inquilinos invitamos a nuestro propio nombre a los compañeros, hombres y mujeres al mitin que por iniciativa nuestra, se celebra esta noche a las ocho en el parque de Santa Ana. Venid todos si tenéis el valor necesario, para ejercer el derecho constitucional de reunión libre.”

(Despacho del Alcalde)

Alcalde: El alcalde cede, pero cede a medias. Les voy a permitir celebrar el mitin pero no el sábado 10, porque de otra manera restaría autoridad a mi persona, de modo que pueden celebrarlo el día catorce o sea, el miércoles.

Samuel Casís: Esta decisión pone en dificultad a los dirigentes, a estas horas es prácticamente imposible impedir que se reúnan.

(El alcalde se encoge de hombros.)

Inquilino: Nosotros hemos conversado y habíamos llegado a un arreglo.

Alcalde: Habíamos llegado a un arreglo. . . cierto, pero. . .

Inquilino: Somos gente pobre,

Alcalde: Lo sé. . .

Inquilino: Permítanos por lo menos realizar el mitin.

Alcalde: Y mi autoridad?

Inquilino: 4 o 5 palabras y los dispersamos.

Alcalde: No seas estúpido! si te permito el mitin, ganas en autoridad. . . no tengo culpa de tu pobreza.

Inquilino: Se construye muy poco para la clase obrera, que es la que más sufre con bajos salarios, el desempleo y el elevado alquiler de las habitaciones, deficientes en higiene, comodidad, luz, aire.

Alcalde: Cierto, pero el problema no es sólo de aquí. Desde Chile, España y México nos llegan noticias de que por allá también se vive mal. . . además aquí los propietarios creen que se trata de una agrupación con miras a derrumbar el actual gobierno, y con él, nuestro sistema económico. . . y no tan sólo son los propietarios y el gobierno los únicos

preocupados. . . muchos funcionarios públicos que en un principio se ofrecieron como mediadores, juzgan que se enfrentan a una sociedad política hostil, se muestran cautos. . . y algunos se encuentran dispuestos a combatirlos. . . y ustedes no pueden juzgarlos, ellos tienen intereses, familias y un empleo seguro. . .

Inq.: Son afirmaciones aceleradas.

Inq.: Lo ideal es organizar una Junta mixta de arrendadores y arrendatarios. . .

Alcalde: Ya está resuelto, el gobierno ha organizado una junta mixta de arrendadores y arrendatarios, que va a estudiar y resolver el problema.

Inq.: Con quiénes?

(Alcalde le extiende un papel con nombres)

Inq.: Lo que sucede es anormal.

Alcalde: Por supuesto que lo es.

Inq.: El aumento de los alquileres no debe realizarse sino hasta diciembre.

Alcalde: Lo sé. . .

Inq.: Esta oficina ha dictado edictos y lanzamientos en contra de cientos de inquilinos morosos.

Alcalde: Debían el alquiler.

Inq.: Están sin trabajo.

Alcalde: Ese es un negocio, como cualquier otro, y hay gastos.

Inq.: Esto es una bofetada.

Inq.: La acción es arbitraria, es injusta.

Inq.: Estas personas que han sido nombradas no son miembros del Sindicato General de Trabajadores, pertenecen a un seudo Sindicato llamado Federación Obrera de la República, es con nosotros con quienes debe tratar!

Inq.: El gobierno. . . con esto, quieren decir que no nos reconocen.

Alcalde: Tampoco van a permitirse más reuniones tumultuarias.

Inq.: Solicitamos permiso.

Inq.: La Constitución. . .

Alcalde: Lo sé, lo sé, la constitución lo autoriza, solicitan mi permiso, pero obstruyen el libre tránsito de los peatones. . . además en lo ardiente que está la situación. . .

Inq.: No va a suceder nada. . . es un mitin que ya tenemos convocado.

Alcalde: Ustedes no quieren comprender, si esa gente se les sale de las manos, qué pasa?

Inq.: No va a suceder.

Alcalde: Claro que no va a suceder, no habrá reunión y déjense de andar enviando cables por allá arriba, con el comandante, el Presidente. . . y no quiero verlos en el mitin, especialmente a ti. . .

Inq.: Piensa debilitarnos. . .

Inq.: Somos mayoría y tenemos razón.

Alcalde: Lo sé y sé que ser negro, ser pobre y perseguido, está de moda. . . no basta motivar al pueblo con una necesidad y endiosarlo, hay que mostrarle sus contradicciones, hay que organizarlo, darle dirección y una, una sola dirección. . . si ustedes ganaran hoy, qué logran? Reivindicaciones. . . Rebajas de alquiler. . . Destitución de algunos funcionarios. Y llegan al poder? No! ! ! . . . pero les conviene más explotar la emoción que la razón. . .

Inq.: Nosotros! !

Alcalde: Ustedes. . . quién es nosotros? . . y ellos? (Señalando al papel). Comunista, anarquista, socialista, español, Blázquez de Pedro, peruano, éstos son los líderes.

Inq.: Déjalo, no tiene entrañas.

Inq.: De alguna manera tiene que entender. . . también tiene intereses y no va a querer que todo esto ruede abajo.

Alcalde: También tengo intereses, y también tengo familia, y también amo este cielo y asistiré puntual este domingo como todos los domingos a misa. Comulgaré, me confesaré, y obtendré por unas limosnas la absolución por no haberles permitido hacer uso del derecho constitucional de reunirse. . . si hoy me mostrase débil y les permitiese hacer lo que quieren, mañana ustedes se jactarían de haberme doblegado, me llamarían débil y se mofarían de que poseyendo el poder no me atreví a utilizarlo. . . además. . . que siga la función!

(El pueblo se va gradualmente agrupando)

Inquilinos: (comentado) Jorge Brower. . . Manuel Céspedes han sido arrestados. . . y un tal Sánchez. . .

Inq.: Quién es?

Inq.: No se sabe quién es. . . pero fue golpeado por la policía.

(Un Jefe de la Liga Inquilinaria suena un pito para llamar al orden a los miembros de la Liga, y pueblo que ha asistido a la cita.) (Uno de ellos sube a una silla, agrega dos pitazos largos): (El de la Junta Inquilinaria)

"Permítanme hablarles. . . escuchen. . . escuchen. . . dejen explicar la situación. Es necesario ser reflexivos, nuestra intención o fin no es el de ir a luchar contra la policía, ni contra el gobierno legalmente constituido, sino para hacer valer nuestros derechos vulnerados por el elemento burgués que nos extorsiona con el alza de alquileres y artículos de primera necesidad, debemos ser disciplinados y guardar toda la compostura que el momento exige, deben recordar que se ha aconsejado asistir sin armas de ninguna clase! Y en este estado es una imprudencia exponerse a luchar, máxime cuando no es nuestra finalidad. También quiero agregarles. . . también quiero agregarles. . . escuchen. . . !!!

Inquilinos: Sabemos que hay varios detenidos: que los suelten!

El de la Junta Inquilinaria: Escuchen. . . escuchen, no perdamos la calma.

Gabiño Sierra Gutiérrez: Carajo! hay que obedecer, porque se impone la disciplina. . .

Inquilinos (indignados): Traidores. . . vamos a lincharlos.

Manuel Lucio Rodríguez: "Viendo yo que me era imposible convencer a la multitud, no me queda otro recurso que el de salir con ella a la cabeza, a fin de dar un recorrido por ciertas partes alejadas del parque, y efectivamente, recorrí con ella un tramo de la calle B, la Calle 19 Oeste, las anexas a ellas, y al llegar a la Avenida Ancón, la muchedumbre trató de subir esa calle, consiguiendo desviarla con engaños, subiendo por la Calle "B" hasta llegar a la esquina de la calle 13 Oeste, donde ya me fue imposible contenerla, viéndome obligado a seguir con ella rumbo al Parque de Santa Ana.

Sierra Gutiérrez: De allí empecé a hablar al pueblo en forma que refrenara sus posiciones y no fuera a ir contra la policía. Era nuestra idea pronunciar dos o tres discursos, luego hacerlos disolver.

Alcalde: Hijo de puta! Tú estás aquí? No querían al Alcalde? Aquí está el Alcalde, pues. . .!

Casís: Usted qué me dice con eso?

Alcalde: Cabrón.

Casís: Con ese vocabulario tan sucio y tan vulgar comprendí que el Alcalde no estaba en su estado normal y por el tufo que despedía de su boca mal oliente, me parecía un mosto de alambique. . .

Alcalde: Hijo de mierda. . . cabrón. . .

Casís: Qué quiere usted?

Alcalde: Mandarte a la otra vida.

(Los inquilinos huyen)

Mirones: No se acobarden. . . no huyan. . . enfrentémonos a éstos. . .

Coronel Arango: Negros. Miserables. Váyanse.

Mirones: Somos el pueblo. . . somos mayoría. . . no huyan. . . nos asiste el derecho.

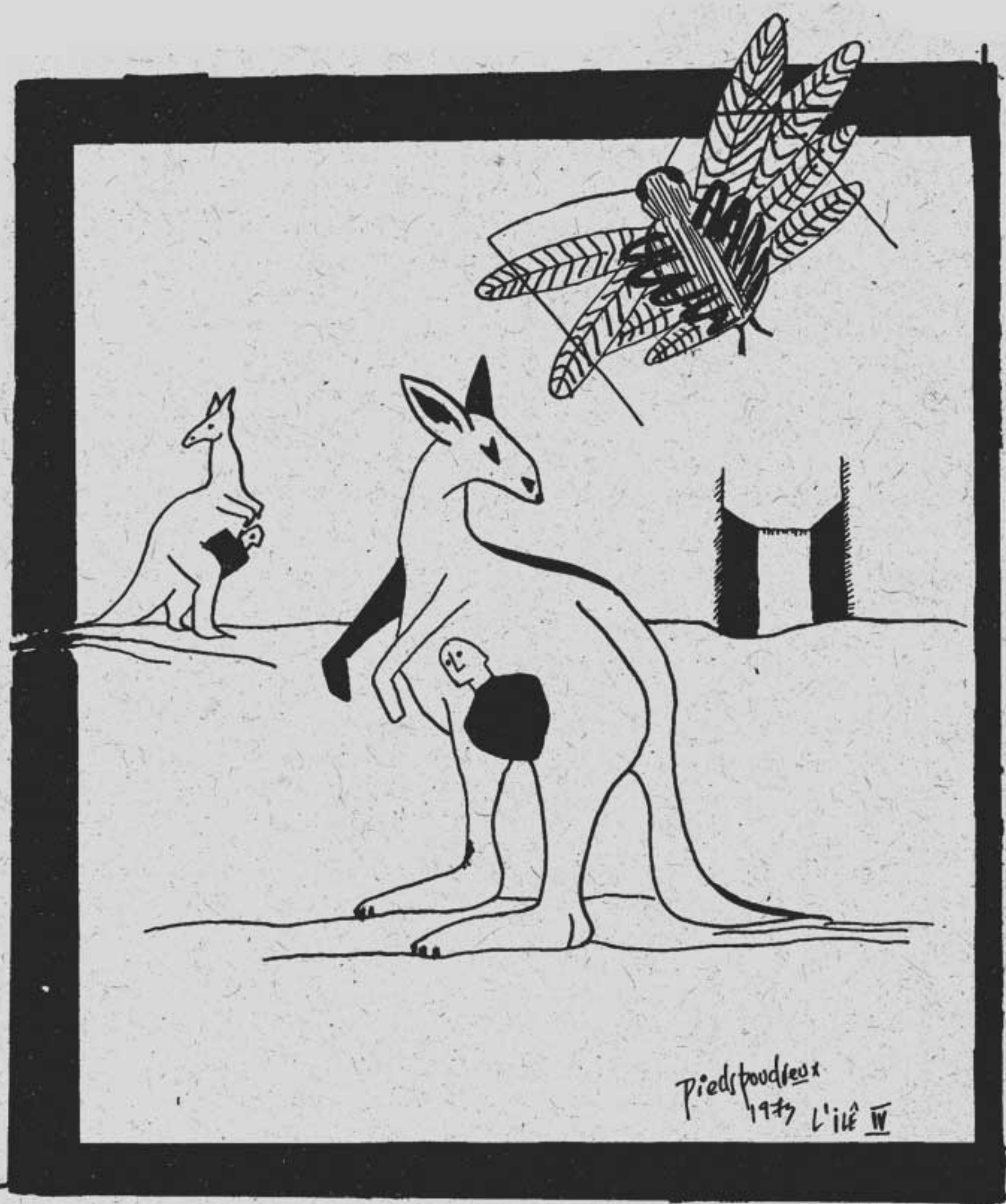
Coronel Arango: Negros miserables! ! ! (Dispara, cae Mirones)

Carlos Sucre C.: Yo creo que los que cayeron muertos y heridos fueron agredidos por disparos de revólveres, que sólo usaban entonces los altos oficiales y jefes de la fuerza, fuerza pública, ya que los policías esa noche disparaban con rifles, yo creo que al aire. . .

(Salen bomberos a limpiar las calles y a borrar la sangre)

Alcalde: Esa manchita que se ve allá. Negros para gritones. . . no querían al Alcalde? aquí está el Alcalde, pues! bueno, a acabar. . . ya! Antes que aparezcan los primeros beatos para la misa, y se asusten con la sangre.





1973

(A medida que se van relatando los hechos, se levanta una barriada bruja)

H. Barsallo: No había nada por aquí entonces. Nada. Ni buses, ni agua. Los buses lo dejaban a uno por allá, en la entrada de Río Abajo y había que venir caminando por todos esos páramos. El agua, la tomábamos de una pluma que había en el cementerio. . .

Goyín: Después los buses llegaban hasta la Piedra del Sacrificio, y nosotros, a punta de machete, ampliamos una trocha que ya existía para que las chivas, porque entonces no habían buses, llegaran hasta aquí. Porque, hermano, esto en las noches era un matadero. . . Sembrábamos, hacíamos monte. . . sí, señor, esto era selva, sacábamos unas yucas enormes que sabían a cangrejo. . . no ve que toda esa parte donde ahora viven Dora Ruiz y Capitán, eran manglares. . . sí señor, mangle con cangrejos y mosquitos que había que ahuyentarlos a planazos. Y por allá atrás cazábamos conejos y torcazas, y eso sí, cuidándonos de las culebras, no ve que allá donde queda el. . . las oficinas del M.A.G. había un zoológico, y cuando se fueron soltamos todos esos bichos. Pero uno, sin trabajo, tiene que rifárselas, y cuando ya tiene 5 come arroz. . .

R.: El señor Gregorio Bernal es oriundo de la Provincia de Los Santos, tiene 24 años de residir en Panamá Viejo y 37 años de haber emigrado de su pueblo.

R.: Una mañana de enero del año de 1973 visité al señor Ignacio Torres, quien vive en la calle del Caimito, casa número 94 en la barriada de Panamá Viejo antigua ciudad colonial fundada a orillas del Océano Pacífico por Pedrarias Dávila en el año de 1519 luego del decapitamiento de Balboa en Acal. Actualmente la barriada de Panamá Viejo cuenta con una población de 11 000 habitantes que en su gran mayoría viven precariamente, a pesar de ser una de las barriadas más politizadas y de poseer un gran pasado de luchas por la estabilidad de sus moradores en estas tierras.

El señor Ignacio Torres, trabaja actualmente en el Ministerio de Obras Públicas donde ocupa el cargo de Administrador 3; por los años de 1960 y 1969 ocupaba el cargo de Presidente de la Gran Confederación Nacional de Pueblos.

I. Torres: La creación de la Gran Confederación Nacional de Pueblos, se debió a la necesidad de formar un frente común, todas aquellas personas que residíamos en estas barriadas marginadas para luchar por la estabilidad y la no expulsión de ellas.

H. Basallo: (Tomando la muñeca que ha quedado en el escenario, meciéndola como un niño y mirando con malos ojos a I. Torres.)

La integraban Curundu, Boca de la Caja, Veranillos y Panamá Viejo.

I. Torres: Para poder conseguir estabilidad y algunas mejoras, hubo que

politiquear, hacer política, decirles líderes, que iban a ganar. Era el momento que se vivía; y la única manera de ser escuchado y conseguir que por lo menos mandaran un tractor y cortaran las calles. Hubo que politiquear para que instalaran una pluma y no tener que ir hasta Morelos, donde la Viudita de México. Esa era la realidad que se vivía no sólo aquí, sino en todo lugar como éste.

H. Barsallo: Llegué a esta barriada el 23 de octubre de 1949. Venía trasladada desde Veranillo ya que esos terrenos pertenecían a la Universidad quien los reclamaba para hacer ampliaciones. Fui trasladada hasta aquí en camiones facilitados por la Alcaldía. No tenía marido, pero sí tres chiquillas y como tampoco tenía medios para comprar madera y zinc, conseguí un permiso para recoger lo que necesitara en el crematorio de Diablo Heights, en la Zona del Canal de Panamá. Al llegar a esta barriada tan sólo habían entre 40 y 50 casas, y lo que comprendía Panamá Viejo era hasta donde el señor Sánchez, ahí atrás donde tú vives. A raíz de nuestra llegada y la de los otros compañeros se organizó un comité para luchar por la consecución de estas tierras y que se adjudicaran otras más. Entonces no hubo problema para que nos quedáramos aquí; de seguro pensaron que nos aburriríamos de estar tratando con bicho malo. . . Pero decidimos quedarnos y convertir este manglar y toda esa selva a punta de rellenos en un lugar donde poder vivir. A raíz de nuestra llegada como te comentaba, se organizó un comité; la secretaria general de este primer comité de Moradores de Panamá Viejo fue Josefina Vásquez; entonces nos reuníamos bajo las barracas, bajo los árboles a realizar las sesiones. La ley del Primero de enero 1949 propuesta por Jorge Illueca nos confería estabilidad al igual que estipulaba la concesión de terrenos no menores de 400 metros, ni mayores de 700 metros cuadrados. En las luchas por las tierras se logró que se adjudicaran 16 hectáreas más de terrenos, que sumadas a las otras dieron un total de 31 hectáreas. Para entonces las dos sociedades que aquí existían notando que lo que las unía era un fin común decidieron unirse, la Sociedad La Aurora que dirigía Andrea Ureña y el Comité de Moradores que dirigía Josefina Vásquez. Unidad que se vio empañada cuando personas de esta comunidad pertenecientes a diferentes partidos políticos introdujeron la lucha de partidos.

Nos encontrábamos con que cada candidato ofrecía que desde la diputación y el Consejo, o desde la Presidencia, haría. . . y haría.

I. Torres: Era la realidad que se vivía, no sólo aquí, sino en todo lugar como éste.

H. Barsallo: Pero Tita, sé que es lo que digo, lo del chiquillo. . . a quién le gusta estar sucio? Tremenda bañada compadre que usted se ha dado. . .

(Tita pasa nuevamente sin hacer caso)

Vecina: (Sentada a su lado) Y qué hay de bueno?

H. Barsallo: Los otros días me quedé esperando. . .

Vecina: Es que no cogieron nada, el pescado está duro.

H. Barsallo: (En voz baja) La mamá está purgada. ¡Uno de ustedes que agarre este chiquillo para que lo limpien. . .! No había calles, sino trillos, ni poste de luz sino lámparas y guarichas; el agua había que ir a buscarla al cuartel de la guardia, o al cementerio. Para hacer las calles colectábamos de casa en casa 10 centavos para pagar a una cuadrilla de trabajadores y a los choferes ya que estos eran trabajadores del Ministerio de Obras Públicas quien aportaba maquinaria para remover la tierra, camiones para traer tosca, gasolina y hombres; con lo que se recogía se le pagaba al hombre que aceitaba, al chofer de los camiones, al que manejaba la

cuchilla, y se hacía un sancocho. . . y chicha. Como verás De la Rosa, esto ha sido difícil. . . duro, con el agua hasta las rodillas por estos Changuatales; ahora se puede vivir, pero todavía con eso de que no nos vamos, y de que nos vamos. . . y lo de las peleas aquí entre nosotros mismos. . . está jodido eso. . .

R.: La señora de Barsallo vive en el 540 de la barriada de Morelos, con su esposo y 10 hijos. Participa activamente en la superación de su sector, y acude como delegada principal ante el Consejo de delegados, Gobierno de la Comunidad de Panamá Viejo.

Actores: Yo creo. . .

Actores: Efectivamente, secundo la proposición del compañero.

Actores: Me parece muy acertada, pero. . .

Actores: Yo de ninguna manera aceptaré eso porque. . .

Actores: Orden. . . orden. . . tiene la palabra el compañero.

Actores: Yo creo en primera instancia. . . que si nosotros nos unimos. . . y luego. . . porque yo. . . yo. . . yo. . . yo. . . yo. . . yo. . . yo. . . yo. . . yo. . . yo. . . yo. . . yo. . . la luna. . . el sol. . . las estrellas. . . blablabla

Actores: El compañero está tratando temas que no se encuentran en la orden del día. . . yo. . .

Actores: Yo. . .

Actores: Yo. . .

Actores: Yo.

Actores: Orden, orden. . . el compañero ha pedido la palabra para una cuestión de orden. . .

Actores: Gracias compañero. . . sí. . . sí sí. . . entonces. . . y después. . .

Actores: El compañero pidió la palabra para una cuestión de orden. . .

Actores: Compañero usted pidió la palabra para una cuestión de orden y se está extendiendo. . .

Actores: Sí. . . sí. . . pero es que, por interrumpirme olvidé por dónde iba

Actores: Yo

Actores: Yo

Actores: Yo

(Se marchan en sentido opuesto cada uno del grupo con sus cosas)

Actrices: (Meciendo al niño) Por lo menos estamos cerca de la ciudad. . .

Actrices: Pegan un letrero otra sociedad. Pegan otro letrero nueva sociedad. (Actores que se han marchado quitan el primero. Ahora sólo quedan dos, éstos pegan un nuevo letrero la otra nueva sociedad El actor que se ha quedado solo pega un rótulo la verdadera nueva sociedad.

(Las mujeres se ponen a terminar la casa, en sus rostros hay impotencia y cansancio. . . Actores se introducen en sus casas.)

Actriz: El turista! ! !

(Asoman sus caras y realizan una máscara facial de "sonríete" y siguen con la vista en supuesto recorrido del "turista"). . .

(Actores dentro de las cajas realizan ejercicios de resonancia con excepción de quien dice su parlamento. Las cajas avanzan.)

Actriz I: Fuera se encuentra una comisión de la junta católica. . .

Actriz II: Que pasen. . .

Actriz I: (Sale el H. R. para conversar con los recién llegados) Esas son las vainas, si es un problema de la comunidad que se discuta delante de la comunidad. . .

Actor: Entonces quedamos en que yo les haría los volantes.

Actriz: Y para cuando tendríamos esto?

Actor: Para mañana mismo si usted tiene a la gente.

Actriz: Para mañana es imposible, pero para el miércoles yo podría comuni-

carme con usted. A qué hora será eso factible?

Actor: Yo me encuentro en la oficina desde las 7.30 de la mañana. . . apunte el teléfono por favor. . . ya?

Actriz: Sí.

Actor: Qué diríamos en el volante?

Actriz I: Que el Ministerio de Trabajo a solicitud de la junta comunal dictará dos cursos para las amas de casa, uno de ellos es de flores artificiales. . . de confección de flores artificiales, el otro. . .

Actriz II: Ponga de modistería.

Actriz I: Bien, pueden acudir para mayor información a la casa del señor Ríos en el sector del triángulo, o donde el señor Pitty detrás de la iglesia. . .

Actor: No, pongan mejor frente de la escuela (agrio). Por qué no entran?

H. R. (Sale el agente del ministerio) (penetra el H.R.) Vayan al carajo, esta gente tiene un lío. . . pero vamos a lo que vinimos.

Actriz I: Pero que pasen, alguien que vaya y los invite. . .

H.R.: (El H.R. se levanta y va a invitarlos, volviendo con ellos). Preséntalos tú, Cayas, que los conoces.

Actriz: Los señores que acaban de entrar, son miembros de la junta Católica, y el señor es el párroco de aquí y de San Gerardo Mayela.

H.R.: Sí, entonces dale.

Actor: (Apuntando en el tablero) El costo de maquinarias.

Actor: No, no. eso quítalo; nosotros no tenemos ese gasto: sólo operador, capataz. . .

Actor: Y ayudante

(sin borrarlo)

1. Costo de Maquinaria

2. Costo de Operador

3. Capataz Técnico

4. Ayudante

20.00

17.00

20.00

17.00

10.00

9.00

50.00

43.00

H.R.: Esto es, o sean 43.00 más el 15 al Ministerio, lo acordado por la ayuda mutua. . .

Actriz II: El capataz no es necesario. . .

Actriz I: Es que el capataz no hace nada. . . y se gana 20.00 dólares. . . por mirar.

Actor: Es que realmente los que hacen todo son el operador, y los del ministerio, son magníficos. . .

Actor: Nosotros los adiestramos muy bien. . .

Actor: Nada más son necesarios el operador, y el ayudante que va marcando. . .

Actriz: Además, para la construcción de estas calles. . .

Actor: Entonces quedamos en eso.

H. R.: Y para esta semana cuánto costará?

Actriz: Eso depende de la cantidad de máquinas.

Cura: Ustedes me han hecho pasar para poner en el tapete. . .

H.R. Sí, pero ahora mismo estamos poniendo en tapete el problema de las calles que es insostenible. Usted ha tenido que ver las máquinas el domingo.

Cura: Cierto.

H. R.: Quiénes podrían acudir conmigo al ministerio y así hablar con el encargado de la maquinaria?

Cura: Pero ustedes. . .

H.R.: Bueno, resulta que a veces es malo comprometerse. . . yo les dije esta mañana cuando conversamos que les ayudaría a solucionar este problema, pero. . .

Actriz: Qué problema hay realmente?

H.R. La construcción del anexo de la escuela.

Cura: Sí, pero es que resulta que va a dañar el único parque con que cuenta la comunidad, y esto en el futuro. . . va a convertirse en una área turística. . . y sin un parque en donde los visitantes puedan. . . eh. . . además que resulta antiestético, ya que la construcción de ese anexo taparía la entrada principal de la iglesia. . . y además que durante las procesiones. . .

Actriz: Pero es que ese parque es una inmundicia, oscuro y lleno de gente haciendo cosas de noche. . .

Cura: Señora, nosotros hemos tratado de ponerle un farol. . .

Actriz: Y con los 3 500 dólares que recibió la iglesia de parte del Consejo de delegados no le alcanzó para poner aunque fuera un foquito?

Cura: La verdad es que nuestra preocupación es por la estética del lugar. . . si el anexo que va a construirse, se construyera en otra parte, al final, produciría un balance que armonizaría con la Iglesia y el parque. . .

Actor: Bueno, yo comprendo. . .

Actor: Pero el problema realmente es que hacen falta aulas, los muchachos de Puente del Rey no tienen ahora mismo escuela, se la están construyendo pero para dentro de tres meses. . .

Actor: Eso dijo la constructora, pero lo dudo. . .

Actriz: Hoy mis hijos que les corresponde dar clases en la escuela Juan B. Sosa por vivir enfrente, tuvieron que dar clases en la escuelita vieja que está toda carcomida, sin pintar y sin servicios higiénicos. . . un foco de infección.

Cura: Sí pero es que si construyen la. . . el anexo en ese lugar, la Iglesia de esta comunidad de cristianos perdería belleza, el parque. . . y algo que bien sabemos es que esa será una construcción permanente. . .

Actor: El problema real aquí es, que hay que plantear la construcción de una nueva escuela.

Actor: Eso se contempla en el plan de aspiraciones.

Actor: Para cuando se construya esa. . . esa nueva escuela, tiramos al suelo ésta y construimos un parque que dará mayor relevancia a la belleza de la Iglesia.

Cura: Pero el caso está en que la construcción de ese anexo no solucionará el problema de espacio que necesitan los niños para jugar durante los recreos. Yo paso más tiempo en esa escuela que cualquier maestro y sé las dificultades de los niños para jugar. . . y con este anexo se empeoraría.

Actor: Yo encuentro que la construcción de ese anexo se hace indispensable. . . construir un anexo para luego echarlo al suelo, estimo que sería tirar por los suelos el dinero de los contribuyentes, dinero que no tenemos. Yo estimo que lo que debe plantearse es la construcción de una nueva escuela.

(Voces de aprobación)

Pero en sí, el problema seguiría siendo la necesidad de locales en donde ubicar a los muchachos que ahora mismo no tienen.

Actriz: Si nada más se hace el anexo, se duermen y no hacen nada.

Actriz II: Cómo no hacen nada? Y para que están el representante y los grupos cívicos de este lugar?

Actor: Yo encuentro que éste es un momento en que incluso la Junta Cató-

lica puede participar, ya que se encuentra también afectada. . .

Cura: Nosotros no hemos venido a. . .

Actriz I: No han venido cierto, pero ustedes siempre se han mantenido alejados de la realidad del lugar, a pesar que viven aquí. Y yo encuentro la proposición de ustedes muy cómoda. Eso de que no construyan el anexo, ustedes no tienen niños en la escuela.

Actor: Yo tuve a mis hijos aquí y aún le guardo aprecio y amor a esta escuela.

Actriz I: Pero se oponen a la construcción del anexo!

Cura: No nos oponemos por perturbar, pero es que en una comunidad de cristianos la parte espiritual y la parte educativa son necesarias. . .

Actor: Yo pienso que. . . la erogación para la construcción de un anexo no debiera realizarse, sino que ocupáramos todos aquellos lugares disponibles de la comunidad, como salones de clase. Y que esta noche saliera de aquí un equipo de personas para emprender una campaña por la construcción de una nueva escuela. Al decir lugares disponibles, incluyo entre ellos a la Iglesia de esta comunidad, realizada con el sudor de esta comunidad y por los hombres de esta comunidad. . .

Cura: Eso no es compatible, yo no creo que. . .

Actor: Yo no creo que el señor se moleste porque sus ovejas se guarezcan en su casa.

Cura: Pero es que no, no es posible.

Actriz I: Por qué no, si la Iglesia no hace mucho recibió de esta comunidad tan pobre 3 500 dólares para acondicionarla, y ahora la comunidad necesita espacio por un poco tiempo.

Cura: Y si tuviéramos necesidad de un servicio religioso urgente por ejemplo, un muerto.

Actor: Usted bien sabe que el señor fue el primero en decirlo "yo dejo que los muertos entierren a sus muertos". . . Ahora mismo contamos con cuatro lugares: la escuela vieja, la tienda de Amable, la casa comunal, la Sociedad Progresista. . .

Actor: Yo ofrezco mi casa. (Como en un remate.)

Actor: La casa del señor Pitty. Cinco lugares, faltan dos. . . dónde más sino la iglesia que permanece cerrada haciendo falta espacio. . .

Actor: Yo digo que Lefevre. . . si le solicitaran un pedazo de tierra. . .

Actor: Tu crees?

Actor: Tú crees? Actor: Haz el intento, háblale. Además tenemos espacio aquí enfrente, donde anteriormente se iba a construir la escuela, y si más tarde no hace falta espacio hacemos un relleno y se lo quitamos al mar!

Actor: Yo vuelvo a insistir padre, si la iglesia ofrece espacio tendríamos el problema de la falta de aulas solucionado temporalmente. . . hacen falta siete aulas, cinco personas han. . . existen cinco lugares disponibles, incluyendo la casa del señor Pitty, de modo que realmente faltan dos y la iglesia es el lugar propicio. . . la construcción de la escuela de Puente del Rey va a durar más de lo previsto. . .

Actor: Existe alguna disposición eclesiástica que prohíba la utilización de las iglesias para escuelas?

Cura: Es que la iglesia es sagrada. . . si hubiera sido destinada para iglesia y escuela, como existe en otras áreas. . .

Actor: Cuando este pueblo empezó se hacían reuniones, se daban clases, se oficiaban misas en el mismo lugar. . . hasta servía de parque. . .

Cura: Pero no estamos peleando, entre nosotros mismos por un pedazo de espacio, cuando hay personas que tienen tanto espacio. . .

Actor: Lefevre. . . no poseo los planos que indican hasta donde es Panamá Viejo. . .

- Actriz I: La iglesia debía prestarse a la unidad, no es posible que la Junta Católica y usted se nieguen a ayudar a la comunidad en la que viven. . . pero como no tienen hijos en las escuelas. . .
- Actor: Podríamos hacer una concentración masiva. . .
- Cura: Eso, y de seguro todos unidos podrían invertir algún dinero y hacer temporalmente unas aulas de clase y así no nos matamos por un poco de espacio, ni construye ese anexo antiestético que tape a la iglesia. . .
- Actor: Padre, tenemos que estrangularnos, nuestra realidad es ésa; la ciudad no puede desarrollarse, vivimos prisioneros entre el mar y la cerca que nos han tendido a espaldas nuestros amigos. La ciudad vive estrangulada y se desarrollā longitudinalmente. Todo nos cuesta más, el transporte, el agua, la construcción de las calles. Y nosotros también vivimos aquí estrangulados por estas barriadas que nacen. . . Si ustedes los domingos al llamar a misa llamaran a la unidad, y desde su púlpito hablaran de participar en las mejoras de este lugar. . .
- Cura: Pero es que las gentes de este pueblo ni siquiera asisten a misa, ni a las reuniones que realizan ustedes en este lugar. . .
- Actriz I: Y ahora irán menos cuando se enteren que el representante de la Iglesia se niega a darles un pedazo de espacio para que sus hijos tengan donde dar clases temporalmente. . .
- Alcalde: Esa manchita que se ve allá. Negros para gritones! no querían al alcalde? Aquí está el alcalde pues! bueno a acabar. . . ya! . . . antes que aparezcan las primeras beatas para misa y se asusten con la sangre.
- Tachar: (Obreros colocan un enorme cartel) "Me consta que la herida causada a Marciano Mirones fue hecha con el revólver que portaba el comandante Arango porque en momentos en que se había formado el tumulto y se sucedieron los disparos, vi desde una pequeña plataforma que queda el lado de la escalera del kiosco cuando el Comandante salió por la avenida que desemboca frente a la Metropole, y Mirones que se encontraba parado en la calle —para más, cerca de la acera del parque—, que la del Metropole protestaba por los atropellos de la autoridad, y en ese momento Arango le disparó haciendo blanco en Mirones, quien cayó exánime."
- Actores: (Salen convertidos en soldados y derrumban las casas)
- Pi: A organizarse. . . nos vamos
- Col.: (Col. organizada y formada)
- Pi: Columna linearse por la derechaaaaa
- Col.: Panamá república de Panamá. Viernes octubre 23 de 1925 se retiran las tropas norteamericanas, dejando tras sí muertos y heridos.
- Col.: Fredín Jaén.
- Col.: Julio Camarano
- Col.: Emilio Olivardía
- Col.: Marciano Mirones
- Col.: Antonio Landazo
- Col.: Lorenzo Brown
- Col.: Cuarenta y pico fueron llevados en redil en medio de las bayonetas a la central, entre ellos varios niños menores de 10 años. . .
- P I: Columna March. . . a.a casaaaaa. . . ya! (La columna marcha, mas al hacerlo va dispersándose, cesa la marcha, de la posición perfil pasan a la posición abierta)
- Todos: Pero aquí estamos, a un grito de la ciudad
- Actor: Mal dormidos
- Actor: Mal comidos
- Actor: Mal vestidos

Actor: Mal transportados

Todos: Y sobre todo: mal

mal

mal vistos. . .

Actor: Yo no quiero

Actor: Yo tampoco

Actor: ni yo

Todos: Tan sólo

Pero no quieren

o, no entienden ,

que les llevemos, el horror

por eso digo

a sus puertas

para que entiendan. . .

y quieran.

que les llevemos, el horror

el miedo

la muerte



BIBLIOGRAFIA

Destellos: Art. 1925, Impresora Panamá, S. A.
Distribuido por AIPSA, Panamá, 1971, 48 p.

Cuevas Alexander: *El problema inquilinario*. Tesis, Edit. Universidad de Panamá, 1966.

“La Estrella de Panamá”: abril-noviembre de 1925. Publicada por *The Star & Herald Co.*

Entrevistas a:

Echevéz Eliseo: Distrito Especial de San Miguelito 19B-3C.

Bernal Gregorio: Barriada de Panamá Viejo – Sector del Triángulo.

Torres Ignacio: Barriada de Panamá Viejo – Calle del Caimito 94.

Barsallo H.: Barriada de Panamá Viejo – Calle Once de Octubre. Sector Morelos Núm. 540.

Representante principal ante el Consejo de Delegados.

CURRICULUM

Manuel de la Rosa

1970-1972 Asistente del Director del Teatro Taller Universitario R. Mc. Kay dependiente del Departamento de Expresiones Artísticas de la Universidad de Panamá: en las siguientes obras:

Tartufo de Molière.

El rey se muere de Ionesco.

Segundo asalto de J. de J. Martínez.

Réquiem por un girasol de Jorge Díaz.

1971 Dirige obras:

Háblame como la lluvia y déjame escuchar de Tennessee Williams.

Cargamento de Sueños de Alfonso Sastre.

1972 Nombrado director del Grupo de Teatro “Los Trashumantes” organizado y dirigido inicialmente por R. Mc. Kay.

Escribe y dirige *Alto a la patria boba*, la obra ganadora del II Festival de Experimentación Teatral calificada por el jurado como la obra de mayor interés en el Teatro Panameño.

Ganadora del Premio Universidad en la Sección Teatro.

Mención de Honor en la Sección Poesía.

1973 Dirige y escribe la obra “1925” Ganadora de la Mola de Oro en el III Festival de Teatro.

Nació en Panamá, julio 6 de 1945.